

EL DESPERTAR DE LOS CARISMAS

P. Serafino Falvo



Comunidad María Mediadora

2007

TABLA DE CONTENIDO

1. LOS CARISMAS EN GENERAL.....	5
Ignorancia de los carismas	5
Carismas y santidad	7
Los carismas para todos	8
Necesidad de los carismas	10
a) Fueron necesarios para Cristo.....	10
b) Fueron necesarios para los apóstoles	11
c) Fueron necesarios para la Iglesia primitiva	12
d) Son necesarios para la Iglesia de hoy y de todos los tiempos	13
Algunas objeciones	16
El despertar de los carismas	20
Distribución de los carismas.....	21
Nuestro papel en el uso de los Carismas.....	22
Crítica de los Carismas	24
Número de carismas	25
2. CARISMAS DE LA PALABRA	27
Don de lenguas.....	27
Nació con la misma Iglesia	27
Fue un don común en la Iglesia primitiva	29
¿En qué consiste este don?	29
¿Se trata de lenguas reales en el propio sentido del vocablo?	30
¿Para qué sirven las lenguas?	31
¿Cuándo se recibe el don de lenguas?.....	31
¿Es un don para todos y cada uno?	32
¿Cómo recibir el don de lenguas?	32
¿Cuándo se debe orar en lenguas?	33

¿Se puede perder el don de lenguas?.....	33
Cantar en lenguas.....	34
El don de la interpretación.....	34
El don de la profecía	35
Finalidad de la profecía	36
Autenticidad de la profecía	37
Finalidad de la profecía	39
Los profetas	39
3. CARISMAS DE ACCIÓN	41
Don de sanación o curación	41
Las enfermedades no vienen de Dios	42
Las enfermedades vienen del pecado y de Satanás.....	44
Dios nos libera de las enfermedades	45
¿Cómo se comportó Cristo con los enfermos?.....	47
¿Cómo trató Jesús a los enfermos?.....	48
Algunas objeciones	49
¿Cómo cura Jesús nuestras enfermedades?.....	52
Cómo orar por curación.....	58
Efectos de la oración por sanación	63
Curación de enfermedades psíquicas.....	66
Curación de los malos recuerdos.....	68
El don de milagros	71
El don de la fe	74
La virtud de la fe	75
El carisma de la fe	77
4. LOS CARISMAS DEL CONOCIMIENTO.....	78
El don del discernimiento.....	78
La herejía de hoy.....	78
Cristo y Satanás.....	79
Satanás está todavía vivo	81
El discernimiento de espíritus	84

El guardián de los otros dones.....	84
Síntomas de la posible presencia diabólica	86
a) Fenómenos morbosos de carácter físico	86
b) Disturbios mentales y emotivos	86
c) Aberraciones de carácter moral	87
d) Aberraciones de carácter espiritual	87
e) Anormalidades psíquicas	87
Cómo individualizar la presencia diabólica	88
Modos de la presencia diabólica.....	89
a) La opresión diabólica	90
b) Infecciones diabólicas	90
c) Obsesiones diabólicas	91
d) El dominio diabólico	92
Liberación de la presencia diabólica	94
a) De parte de la víctima	95
b) De parte de los exorcistas	96
Liberación de los ambientes	98
El don de la ciencia	99
El don de la sabiduría	101
5. CONCLUSIÓN	103

1. LOS CARISMAS EN GENERAL

"Y estas señales acompañarán a los que creen: ..." (Marcos 16,17)

Ignorancia de los carismas

"Hermanos, quiero que ustedes sepan algo respecto a los dones espirituales". Así escribía San Pablo a los primeros fieles de Corinto (1Cor 12,1).

Por lo visto siempre hubo ignorancia sobre los dones o carismas, desde el comienzo de la Iglesia.

Aunque los cristianos de Corinto no eran tan cortos en esta materia, como nosotros ahora, nuestras parroquias y comunidades religiosas, están a 2.000 años de los primeros bautizados. Los corintios estaban al tanto de los carismas y no por catecismos o cursos de teología. Los conocían porque vivían, los ejercitaban, los poseían, los experimentaban a diario. Para ellos, vida cristiana era sinónimo de carismática. San Pablo estaba al tanto. En Corinto los carismas se manifestaban pródigamente, aunque el modo de manifestarse no era ordenado. San Pablo no les escribía tanto sobre la existencia, la naturaleza y utilidad de los carismas, sino sobre el correspondiente uso de los mismos y cómo aprovecharlos al máximo, para la utilidad del Cuerpo Místico. De esos escritos sacamos una excelente lección para conocer los efectos de los dones en la iglesia de los corintios.

Esta es la lista que hace San Pablo del uso de tales carismas:

⁴Hay en la iglesia diferentes dones, pero el que los concede es un mismo Espíritu. ⁵Hay diferentes maneras de servir, pero todas por encargo de un mismo Señor. ⁶Y hay diferentes manifestaciones de poder, pero es un mismo Dios, que, con su poder, lo hace todo en todos. ⁷Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos. ⁸Por medio del Espíritu, a unos les concede que hablen con sabiduría; y a otros, por el mismo Espíritu, les concede que hablen con profundo conocimiento. ⁹Unos reciben fe por medio del mismo Espíritu, y otros reciben el don de curar enfermos. ¹⁰Unos reciben poder para hacer milagros, y otros tienen el don de profecía. A unos, Dios les da la capacidad de distinguir entre los espíritus falsos y el Espíritu verdadero, y a otros

la capacidad de hablar en lenguas; y todavía a otros les da la capacidad de interpretar lo que se ha dicho en esas lenguas. ¹¹Pero todas estas cosas las hace con su poder el único y mismo Espíritu, dando a cada persona lo que a él mejor le parece" (1Cor 12, 4-11).

Por lo tanto los fieles de Corinto conocían muy bien los dones, porque estaban dotados de ellos, los practicaban, puesto que los carismas eran el alma de toda la vida comunitaria. ¿Qué diremos de los cristianos de hoy? En Corinto abundaban los carismas y el apóstol interviene para corregir y dirigir el uso de los mismos. ¡Nuestros bautizados de hoy ignoran hasta la existencia de los dones! ¿Qué comentarios harían los feligreses de hoy, si el obispo les mandara una carta sobre el uso ordenado, en las reuniones, del don de lenguas, del don de profecía, del de sanación, milagros, etc.?

Qué cara pondrían los feligreses si el obispo en una de sus visitas les dijera, como San Pablo a los Gálatas: "*Cuando Dios les da su Espíritu y hace milagros entre ustedes, ¿por qué lo hace? No en virtud del cumplimiento de la ley, sino por aceptar el mensaje de la fe" (Gál 3,5).* Obra milagros entre vosotros...

¿Pero, y qué milagros hace Dios entre nosotros?, se preguntarían los fieles.

San Pablo no quería que fueran ignorantes sobre el uso de los carismas los fieles de Corinto; nosotros, es triste confesarlo, somos completamente ignorantes sobre la naturaleza y utilidad de los carismas.

Nosotros hemos reducido el cristianismo a una filosofía bautizada, por eso el Nuevo Testamento es un código de justicia social, nuestra vida religiosa un conjunto de prácticas piadosas, y la santidad de una observancia de leyes y preceptos. Para nosotros hablar de carismas es como hablar de cosas extraterrestres, de otras galaxias, imposibles de alcanzar. Los dones parecen cajas de seguridad irrompibles; parecen fenómenos reservados a poquísimos privilegiados.

La gran masa de nuestros bautizados viven en completo desconocimiento de los carismas. Son pocos los que tienen conocimiento teórico, los ignoran en la práctica; hasta parece que los temen o rechazan. Las personas de vida, así, diríamos santa, creen que los dones son regalos para los bienaventurados y de estos, pocos.

Según nuestra manera de pensar, los dones de sanación y milagros son producidos por la santidad de la persona. ¿Hay alguien por allí que hace tales portentos?... debe ser canonizable. Así pensamos de ordinario. A pesar de todo, San Pablo, escribe a simples fieles, no muy "santos", con vicios y defectos, graves a veces, como se ve, por las cartas. Esto no era obstáculo para que los carismas abundaran entre aquella gente. ¿De dónde nació la idea, o a quién se le ocurrió que los dones son premios a la santidad personal?

Carismas y santidad

Mil veces hemos escuchado, aún de bocas piadosas: hice cuanto pude pero... no puedo hacer milagros. Sin embargo, en Corinto los milagros se daban y con gente menos santa que la que tenemos hoy. "Yo no puedo hacer milagros; eso es cosa de los santos". Es cierto, pero pongámonos de acuerdo sobre qué es un santo.

Durante siglos todo el mundo creyó que eran santos solamente los que aparecen en imagen en la "Gloria de Bernini" y que luego se colocan como estatuas o cuadros en nichos dorados, coronados de flores e iluminados profusamente. Al principio la cosa era distinta.

Para los apóstoles todo bautizado era un santo, por estar lleno de los dones del Espíritu Santo. Así los llaman San Pablo en sus cartas. Luego se llamó santo a todo cristiano de las catacumbas, fuese cual fuese su dignidad. Santo o cristiano, eran sinónimos en esa época.

Pero cuando el cristianismo se convirtió en religión del estado y las conversiones se realizaban en masa, más por conveniencia que por convicción, nació en la Iglesia el desgraciado distingo entre cristianos escogidos que se llamaron "religiosos" y los cristianos comunes llamados "seculares". Para la primera, era obligatoria la santidad; para los segundos bastaba una adhesión al Credo.

Para la mayoría de los fieles, el cristianismo fue más una doctrina que una manera de vivir. La santidad se apartaba de las multitudes y se refugiaba entre anacoretas del desierto y luego entre monjes, monjas y monasterios en general. El santo se convirtió en un sujeto raro, distinto y separado del resto del género humano. Para colmo de males, se fue haciendo carne la idea de que tan sólo esas personas tenían los dones o carismas. Los dones eran el premio a sus virtudes y prueba de su santidad. Al santo se le iluminó con rayos sobrenaturales, ajenos a toda realidad humana; o sea que el santo es un astro solitario y milagroso que atraviesa la tierra como el cometa Halley.

A menudo, se formaron comunidades religiosas para imitar a los santos. Pero luego vino el maldito error, que consistió en publicar prodigios o carismas del fundador, presentándolo como poderoso intercesor y taumaturgo. La masa de los fieles que ya había perdido el concepto de santidad, no sintió necesidad alguna de los carismas, porque los consideraba propiedad del santo bajo cuya protección se cobijaban. De ahí el surgimiento de templos, santuarios, nichos, altares de mármol, sermones, panegíricos, libros, boletines, revistas, estatuas, medallas de todo tipo, tamaño y precio; todo para propagar la memoria y el poder del santo milagroso. De todos modos, de hecho o de palabra se quiso dar a entender que esos eran los únicos medios para acercarse al poder de Dios; que ellos eran el único camino por donde nos llegaban milagros y favores de lo alto.

A decir verdad, no era ésta la intención de la Iglesia, cuando colocó en los altares a esos santos, por practicar en grado heroico las virtudes. La Iglesia los pone ante la mirada de los fieles como intercesores ante Dios y como modelos para imitar.

Pero no se puede negar que muchas veces, en la práctica, por diversas causas, sin excluir muchas veces las económicas, en el culto a los Santos han prevalecido los aspectos devocionales y proteccionistas; gran error y fuerte daño. Son error y daño, pues las infinitas reservas potenciales de los carismas, que deben derramarse sobre la Iglesia, por tantos medios, a través de los cristianos hoy en el mundo, los hemos dejado llegar a la humanidad por cuentagotas. Esto nos trajo pobreza y debilidad, y pensar que disponíamos de tesoros inextinguibles, de infinitas riquezas, de poderes omnipotentes; como para destruir el poder de Satanás y cambiar el mundo.

Hemos vivido como hambrientos sin remedio, con recursos muy limitados. Hemos tratado de quitar la sed al sediento rebaño de Dios, con charquitos de agua. Pongamos las cosas en su lugar. No quiero decir que las devociones y el recurso a los santos hayan sido una desgracia. Lo que quiero recalcar es que fue un error quedarse en eso. Cuando veíamos a alguien encender una vela ante este o aquel santo, para pedir un favor, tendríamos que haberle dicho: Confía en él; pues es muy amigo del Señor y te obtendrá lo que pides.

Pero, mejor aún habríamos obrado si le hubiéramos dicho: *Tú puedes ser tan poderoso como ese santo, y quizás más todavía;* pues Dios no tiene hijos privilegiados; los carismas que el Señor le dio a este santo, te los concedió a ti también. El tema de nuestros sermones debió haber sido: todo cristiano puede obrar las maravillas que se leen en la vida de los santos; que cualquier cristiano puede ser para su familia y comunidad lo que fue ese santo.

Quiero subrayar que se equivoca quien dice que no puede hacer milagros, pues siendo un santo, un miembro del Cuerpo Místico puede tener los carismas que tuvieron otros miembros del Cuerpo Místico.

No olvidar: Dios no tiene hijos preferidos. Todos son iguales a sus ojos, y por lo tanto, tienen el mismo derecho a sus riquezas. El Espíritu Santo ES, el Regalo del Padre para todos y cada uno de los fieles; por lo tanto, lo mismo pasa con los dones, que vienen con el Espíritu Santo.

Los carismas para todos

Esto lo proclamó San Pedro, en su primer sermón, como jefe de la Iglesia el día de Pentecostés.

Ese día se realizaba lo de Joel: *"Porque esta promesa es para ustedes y para sus hijos, y también para todos los que están lejos; es decir, para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar"* (Hechos 2,39). ¿Qué promesa? Pues la del profeta:

28(3.1) "Después de estas cosas derramaré mi espíritu sobre toda la humanidad: los hijos e hijas de ustedes profetizarán, los viejos tendrán sueños y los jóvenes visiones. 29(3.2) También sobre siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días" (Joel 3, 1-2 (2, 28-29))

En realidad, aquel día el Espíritu Santo derramó sus dones espirituales sobre todos y cada uno de los miembros del Cuerpo Místico de todos los tiempos, pues los cristianos debían continuar la obra de Cristo hasta el fin del mundo. Tal misión debía realizarse de tres maneras: Predicación del Evangelio, curación de enfermos, expulsión de demonios. Es que la misión consistía en liberar completamente al hombre; sea de ataduras físicas como espirituales. Igual encargo dio a los Apóstoles, no sólo a los doce presentes ante sus ojos, sino a todos los que les seguirán a través de los siglos, predicando la Buena Nueva hasta el último rincón del planeta.

"Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes". (Juan 20,21).

Si debían desarrollar la misma misión, no podían carecer de los mismos poderes. El más grande de estos, no era tanto el de curar enfermos, como el de perdonar pecados. *"¿Qué es más fácil, decir: 'Tus pecados quedan perdonados', o decir: 'Levántate y anda'?" (Mat. 9,5).* Claro, es más fácil decir unas pocas palabras, que curar un cuerpo humano. Pero si a estas pocas palabras le sigue la resurrección de un alma; este portento es mil veces superior a una curación física. Jesús les confirió a los apóstoles el poder de perdonar los pecados: *"23 A quienes ustedes perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar" (Juan 20,23),* pero también les dio poderes de menor importancia, como los de curación física. Esos tales poderes no fueron tan sólo para los apóstoles, sino para todos los creyentes.

"17 Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; 18 tomarán en las manos serpientes; y si beben algo venenoso, no les hará daño; además pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán" (Marcos 16.17-18)¹.

Estos son algunos ejemplos de que todo creyente puede hacer las mismas maravillas que Cristo: *"Les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago;*

¹ Nota del autor: Hay quienes dicen que los vv. 9-20 no son de Marcos, quizá sean una interpretación tardía de las comunidades, por el hecho de que no se hallan en las copias más antiguas. Pero aún con estas hipótesis tendríamos una prueba de la fe Carismática primitiva y de la rivalidad que vivían a diario. No le habrían hecho decir a Jesús lo que veían y tocaban a diario. En este caso, esos versículos han sido tomados como inspirados por la Iglesia.

y hará otras todavía más grandes, porque yo voy a donde está el Padre" (Juan 14,12).

¿De qué obras se trata? Son las que les mostró a los mensajeros de Juan

²²Luego les contestó: Vayan y díganle a Juan lo que han visto y oído. Cuéntele que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos vuelven a la vida y a los pobres se les anuncia la buena noticia" (Lucas 7,22).

Por lo tanto estas obras, estos prodigios, los pueden llevar a cabo los que crean en Él. No pueden fallar las promesas, para tales acciones no es indispensable ser "santos", según el sentido moderno de esta palabra, o sea haber practicado las virtudes en grado heroico.

Jesús no exige santidad sino fe en Él. No dice: quien sea santo, sino quien crea en mí, hará lo mismo que hago yo, o sea quien crea en su omnipotencia. "Estos son los signos que harán *los que crean...*", y no aquellos que hayan llegado al pináculo de la santidad.

Es que si unimos: santidad y milagro, corremos el peligro de caer en el error de que el milagro lo hace el santo y no el poder de Dios. El genio es el que realiza una obra maestra y no el pincel o el cincel.

Se puede escribir versos maravillosos con un pedazo de carbón o esculpir el Moisés con un simple cortafierro. Los apóstoles y los primeros cristianos fueron normalísimas personas, no seres sobrehumanos. El Espíritu Santo permaneció y obró en ellos, como en vasos de barro.

Los carismas son regalos y no pagos debidos a nuestra virtud. Son dones que se reciben no por mérito sino por la bondad del Donante. Dones para todo creyente y no prerrogativos para santos.

Necesidad de los carismas

¿Los carismas son necesarios para nuestra Iglesia de hoy? La respuesta es ciertamente que sí. Los carismas de siempre son necesarios, como lo fueron para Cristo, los Apóstoles y la Iglesia primitiva.

a) Fueron necesarios para Cristo

Jesús no tuvo en menos los dones del Espíritu Santo. "*Jamás ningún hombre ha hablado así*", decían los policías a los sumos sacerdotes y fariseos (Jn 7,46). Sin embargo, la misión de Cristo no se limitó a la predicación, sino que la apoyó con los milagros. Las multitudes no sólo oían, sino que veían. Escuchaban encantados porque enseñaban como quien tiene autoridad y no como los escribas. (Mc 1,22).

Al mismo tiempo la audiencia quedaba estupefacta por las cosas que veía: *"Todos se quedaron admirados y alabaron a Dios, y llenos de miedo dijeron: Hoy hemos visto cosas maravillosas"* (Lc 5,26).

Dijimos antes que al responder los enviados de Juan, Jesús no habló de su Mesianismo con un sermón teológico, mechado con citas proféticas que venían al caso; tan solo les demostró lo que está sucediendo; las maravillas que estaban a la vista. No prueba su Divinidad o su Mesianismo con palabras sino con hechos. No dice que es el Hijo de Dios, sino que lo muestra con sus obras.

Fariseos y escribas pierden el tiempo en interminables y variadas discusiones sobre la ley, al paso que Jesús les demuestra la evidencia de Dios con los milagros. Vino, dice Juan, para combatir a Satanás, (1Jn 3,5) pero para esto no eran suficientes las palabras.

b) Fueron necesarios para los apóstoles

Cuando los mandó a predicar, Jesús vio la necesidad de dotarles de iguales poderes. *"Jesús llamó a sus doce discípulos, y les dio autoridad para expulsar a los espíritus impuros y para curar toda clase de enfermedades y dolencias"* (Mt 10,1).

Les mandó por lo tanto usar sin miedos los carismas recibidos. *"Vayan y anuncien que el reino de los cielos se ha acercado. ⁸Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien de su enfermedad a los leprosos y expulsen a los demonios. Ustedes recibieron gratis este poder; no cobren tampoco por emplearlo"* (Mt. 10,7-8). Iguales poderes confirió a los 72 discípulos.

¹⁷*Los setenta y dos regresaron muy contentos, diciendo:*

— ¡Señor, hasta los demonios nos obedecen en tu nombre!

¹⁸*Jesús les dijo:*

— Sí, pues yo vi que Satanás caía del cielo como un rayo. ¹⁹Yo les he dado poder a ustedes para caminar sobre serpientes y alacranes, y para vencer toda la fuerza del enemigo, sin sufrir ningún daño. ²⁰Pero no se alegren de que los espíritus los obedezcan, sino de que sus nombres ya están escritos en el cielo (Lc. 10, 17-19).

Luego de Pentecostés, los Apóstoles pusieron en actividad los dones Carismáticos de que fueron inundados ese día, a cada momento.

¿Quién habría prestado oídos a las palabras de unos simples pescadores de Galilea, si esas palabras no tuvieron la fuerza del Espíritu Santo? ¿Quién hubiera creído en la Resurrección de Jesús, si no la hubiera probado con los milagros?

La milagrosa curación del paralítico a las puertas del Templo, que excitó al pueblo y le quitó la tranquilidad al sanedrín. A partir de ese hecho, los milagros fueron sin número.

¹²Por medio de los apóstoles se hacían muchas señales y milagros entre la gente; y todos se reunían en el Pórtico de Salomón. ¹³Ninguno de los otros se atrevía a juntarse con ellos, pero la gente los tenía en alta estima. ¹⁴Y aumentó el número de personas, tanto hombres como mujeres, que creyeron en el Señor. ¹⁵Y sacaban los enfermos a las calles, poniéndolos en camas y camillas para que, al pasar Pedro, por lo menos su sombra cayera sobre alguno de ellos. ¹⁶También de los pueblos vecinos a Jerusalén acudía mucha gente trayendo enfermos y personas atormentadas por espíritus impuros; y todos eran sanados (Hechos 5,12-16).

San Pablo dice que llevó el Evangelio desde Jerusalén hasta Dalmacia: *"porque no me atrevo a hablar de nada, aparte de lo que Cristo mismo ha hecho por medio de mí para llevar a los no judíos a obedecer a Dios. Esto se ha realizado con palabras y hechos, ¹⁹por el poder de señales y milagros y por el poder del Espíritu de Dios". (Rom 15, 18-19).*

En Efeso, Pablo realiza portentos excepcionales, superiores a los que solían acontecer entre los fieles. *"Y Dios hacía grandes milagros por medio de Pablo, ¹²tanto que hasta los pañuelos o las ropas que habían sido tocados por su cuerpo eran llevados a los enfermos, y estos se curaban de sus enfermedades, y los espíritus malignos salían de ellos". (Hechos 19, 11-12).*

Les llovían a los apóstoles dificultades de todos los ángulos, políticos, religiosos, filosóficos, de mentalidad y vicios paganos. Los discípulos no desmayaron, no se dieron por vencidos. Contra esos enemigos al parecer invencibles, los apóstoles marcharon con el armamento del poder del Espíritu Santo. En pocos años el Nombre de Jesús se invocó de un extremo al otro del Imperio.

c) Fueron necesarios para la Iglesia primitiva

Esa fue la Iglesia del Espíritu Santo. Ser cristianos, era sinónimo de una intensa y viva experiencia de los dones del Espíritu Santo.

Para aquellos, el Espíritu Santo no fue tan sólo un artículo del Credo; sino la vida, la fuerza, la alegría de aquellas comunidades. Sabían que lo habían recibido, cuando, cómo y dónde.

Pedro y Juan fueron a Samaria porque los convertidos de aquella ciudad habían sido bautizados, solamente en el nombre del Señor Jesús, pero no habían recibido aún al Espíritu Santo. Les impusieron las manos y recibieron al Espíritu Santo. (Hechos 8, 16-17). Cuando Pablo llegó a Efeso lo primero que les preguntó a los discípulos fue: "¿Han recibido al Espíritu Santo cuando creyeron?". Para responder que sí era necesario la experiencia previa. Pablo no les pidió un acto de fe. Enseguida recibieron al Espíritu Santo tuvieron la experiencia de los dones. *"... y cuando Pablo les impuso*

las manos, también vino sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban en lenguas extrañas, y comunicaban mensajes proféticos". (Hechos 19, 2-6).

La Iglesia apostólica fue carismática ciento por ciento. No se realizaba reunión sin la presencia sensible del Espíritu Santo. Los dones se manifestaban pródigamente, porque los cristianos no tenían miedo de pedirlos. *"Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos que anuncien tu mensaje sin miedo. ³⁰Muestra tu poder sanando a los enfermos y haciendo señales y milagros en el nombre de tu santo siervo Jesús" (Hechos 4, 29-31).* Sus círculos de oración eran sobre todo, reuniones carismáticas. Todos acudían para dar y recibir; para dar sus dones propios y recibir la acción de los dones ajenos.

¹²⁶En resumen, hermanos, cuando ustedes se reúnan, unos pueden cantar salmos, otros pueden enseñar, o comunicar lo que Dios les haya revelado, o hablar en lenguas extrañas, o interpretarlas. Pero que todo sea para edificación mutua. ²⁷Y cuando se hable en lenguas extrañas, que lo hagan dos personas, o tres cuando más, y por turno; además, alguien debe interpretar esas lenguas. ²⁸Pero si no hay nadie que pueda interpretarlas, que estos no hablen en lenguas delante de toda la comunidad, sino en privado y para Dios. ²⁹Igualmente, si hay profetas, que hablen dos o tres, y que los otros examinen lo que se haya dicho. ³⁰Pero si Dios le revela algo a otra persona que está allí sentada, entonces el primero debe dejar de hablar. ³¹De esta manera todos, cada uno en su turno correspondiente, podrán comunicar mensajes proféticos, para que todos aprendan y se animen". (1Cor 14, 26-31).

Por lo que se ve, todos tenían dones para ejercer, en beneficio común; y no en momentos especiales, sino en cualquier reunión; quizá se juntaban semanalmente como nosotros los domingos para la Misa. Esa era la vida ordinaria de aquella Iglesia saturada de lo sobrenatural. Eran cristianos simples y corrientes, más ricos que nosotros en energías espirituales. Quizá no tenían una extensa y profunda formación teológica sobre el Espíritu Santo; pero estaban llenos y penetrados de Él. Carecían de nuestros medios y estructuras humanas pero estaban compenetrados en Dios hasta la última fibra y así se explica que fueran tan fuertes e incontrastables. Como hombres eran poca cosa, pero con el Espíritu Santo lo eran todo.

d) Son necesarios para la Iglesia de hoy y de todos los tiempos

Todos estamos convencidos que la Iglesia en sus orígenes sí fue saturada de vitalidad sobrenatural y fervor carismático. Pero la dificultad reside en otro punto. Y está centrada en una pregunta: si aquella generosa efusión carismática es ahora necesaria para todos y cada uno de los cristianos, o si debemos seguir con la idea de que tales manifestaciones son para cierto grupo de privilegiados.

En otras palabras, la vida carismática de aquella época es un modelo que debió imitarse o simplemente se debe hablar de esa época como de un período especial y breve debido a las especiales circunstancias del momento.

Debemos responder, sin duda alguna, que los carismas son necesarios en toda la vida de la Iglesia. Esos dones le fueron dados a Cristo no como persona individual sino como la cabeza del Cuerpo Místico. Su misión comenzada en el Jordán no acaba con la ascensión. Pocos días después envió al Espíritu Santo para que continuara la obra en su nombre. Esa Misión que arranca con la predicación y los milagros no podrá ser continuada sino con los mismos medios. Cristo es siempre el mismo, ayer, hoy y a través de los siglos. Lo que obró el Cristo histórico, no puede ser distinto de lo que haga el Cristo Místico. Además, Jesús no puso límites a sus promesas. ¹⁷*Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; ¹⁸tomarán en las manos serpientes; y si beben algo venenoso, no les hará daño; además pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán (Mc 16, 17-18).*

Ahora, para recorrer el mundo entero, para predicar a todas las criaturas, harán falta siglos o milenios; por lo tanto, mientras dure ese tiempo los milagros deberán acompañar la predicación. *"Les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago; y hará otras todavía más grandes, porque yo voy a donde está el Padre" (Jn 14,12).* Esta promesa es para los creyentes de todos los tiempos.

En Pentecostés, el Espíritu Santo bajó con la abundancia de sus dones sobre la Iglesia y los creyentes de Cristo de todos los tiempos.

"Sucederá que en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda la humanidad; los hijos e hijas de ustedes comunicarán mensajes proféticos, los jóvenes tendrán visiones, y los viejos tendrán sueños. ¹⁸También sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y comunicarán mensajes proféticos". (Hechos 2, 17-18).

Esta profecía no tendría fin y cumplimiento ese día. San Pedro la realizaba a través de la historia. *"Porque esta promesa es para ustedes y para sus hijos, y también para todos los que están lejos; es decir, para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios quiera llamar". (Hechos 2,39).*

La época de los carismas tan sólo comenzó en Pentecostés, y no hay rastros en las palabras de Cristo a los Apóstoles que limiten la duración o reduzcan su alcance. Jesús mismo, mientras vivió en este mundo no se conformó con hablar, sino que obró maravillas para restaurar el Reino. Cae de su peso [el que] por ahora que está El físicamente ausente, no puede pretender de nosotros que trabajemos para el Reino, con las únicas palabras escritas en un libro. ¿Cómo osaremos evangelizar nuestro mundo de hoy, hostil y pagano como el de la época de Cristo, sin que

nuestro anuncio sea confirmado con los signos prometidos por Él? Si no tuviéramos esos dones, Jesús no estaría exigiendo hacer más de lo que Él y sus apóstoles hicieron. Si nuestra misión es la misión de los apóstoles es natural que tengamos las mismas ayudas que tuvieron ellos. Nuestros tiempos no son mejores que los que ellos vivieron. Estamos en presencia de un mundo pagano y las más de las veces debemos evangelizar comenzando por el abecé. Para esto no son suficientes nuestras palabras; es necesario que nuestra fe se haga visible y que signos extraordinarios nos hagan sensibles a la omnipotencia de Dios. Dice el Evangelio que las multitudes glorificaban a Dios por las maravillas de Jesús. Hoy día esas maravillas arrancarían alabanzas y bendiciones al Señor.

La Iglesia, no siendo carismática, no se distinguiría de cualquier otra organización humana. Cuando los cristianos no obran por el impulso del Espíritu Santo, obran como cualquier miembro de una Institución, filosófica, social o política.

El cristiano no sólo es un creyente de la doctrina de Cristo, sino un portador de Cristo en el mundo, que lo hace presente esté donde esté. No es solamente un profeta que trasmite mensajes de Dios, a los hombres sino un canal por el que Dios trasmite sus riquezas a la humanidad. Todos estamos convencidos de que el nivel de los valores baja pavorosamente día a día. Andamos a tientas, perdidos, en el pasado, ruinas de estructuras, el futuro un horizonte gris, nebuloso, período de incógnitas.

Todas las Iglesias sufren hoy de credibilidad, falta de vida, fuego, fuerza de arranque o de choque capaz de derrumbar el neo - paganismo, como lo hicieron las primitivas comunidades cristianas con el paganismo en Roma. Hemos pretendido mantener en pie estructuras sin vida, cadavéricas, que hoy tenemos a la vista, como Ezequiel un campo abierto de huesos. Esa osamenta no tendrá vida, debido a ásperas polémicas, a nuestro amargo y secante cristianismo, a nuestra fría racionalidad.

Son famosas las palabras que pronunció el Presidente Kennedy cuando tomó posesión de la presidencia en la Casa Blanca: "O nos unimos todos para salvar este planeta, o nos perdemos con él". Un político no podía decir más. Los cristianos tenemos la convicción, que no basta la buena voluntad de los hombres sabiendo, como sabemos, que el planeta está bajo el dominio de Satanás. El es, en última instancia, el causante de las oleadas de odio, violencia, desórdenes, malos hábitos que minan nuestra sociedad. A él se deben las rebeliones inexplicables, los fermentos temerarios de anarquías que se notan en la Iglesia. El Apóstol lo confirma sin equívocos: *"Porque no estamos luchando contra poderes humanos, sino contra malignas fuerzas espirituales del cielo, las cuales tienen mando, autoridad y dominio sobre el mundo de tinieblas que nos rodea"* (Ef 6,12). Contra esa caterva de demonios desparramada por el mundo entero, cuya existencia es objeto de la revelación, no podemos combatir ni con nuestras lindas palabras, ni con nuestra cultura o diplomas.

Al demonio no le asustan esas armas enmohecidas, pues él es astuto y experimentado, es un especialista en confundir las mentes. No le preocupan nuestras

organizaciones, estructuras, planes y planteos pues es muy ducho y sabe cómo desbaratarlos ya en su nacimiento, usando divisiones, chismografía, celos y enfrentamientos. Solamente le da miedo la armadura de Dios, o sea el Espíritu Santo que lo desafía y combate con la omnipotencia divina de sus dones.

Da la impresión de que hoy día, más que nunca anda suelto el demonio y combatiendo al Pueblo de Dios, con toda su furia y la desesperación de quien ve perdida la batalla y con muy poco tiempo para pelear: *"... ¡ay de los que viven en la tierra y en el mar, porque el diablo, sabiendo que le queda poco tiempo, ha bajado contra ustedes lleno de furor!". (Ap 12,12)*. Nunca como hoy, los cristianos están mejor armados para esa guerra y mandarlo al infierno. El armamento está a nuestra disposición. Esas armas están a nuestro alcance y las ha fabricado el Espíritu Santo. Son sus dones, a los que teme tanto como a Dios mismo. Debemos tener el coraje de empuñar tales armas y no dejarlas del todo, para usar las armas humanas que son insuficientes e inoperantes.

Puede ser que en el mundo aparezcan crisis de petróleo y de energía eléctrica, crisis económicas, financieras, etc.; son las acostumbradas crisis humanas. Pero el Reino de Dios no debe sufrir crisis energética alguna, pues el Espíritu Santo posee energías de sobra, como para mover e iluminar al mundo entero. Por lo tanto si hay tantas tinieblas e inmovilidad se debe a la falta de cables de alta tensión. La fuente de energía sobrenatural de alta tensión, funciona a pleno, hay que hallar e instalar la red que transmite tanta luz y calor. Todo cristiano está llamado a ser cable de alta tensión para su imprescindible actividad en el cuerpo de Cristo, en el que no hay miembros privilegiados sino actividades específicas.

Los cristianos de todos los tiempos deben ser conductores de la omnipotencia divina por la humanidad. Esa omnipotencia divina se transmite por medio de los dones del Espíritu Santo.

Algunas objeciones

En los últimos años de mi actividad carismática surgieron en los grupos de oración dificultades y objeciones que quiero resumir y responder aquí.

1) Los carismas fueron necesarios en los primeros tiempos; cuando la Iglesia comenzó a caminar por difíciles caminos. Tuvo necesidad de los dones como un niño de un andador para dar los primeros pasos. Ahora ya en plena adultez no necesita andadores.

R.- La Iglesia como Institución es madura, pero los cristianos son los niños que necesitan de andadores.

A vuelo de pájaro tenemos una vista panorámica católica, pero cuando bajamos a la superficie nos encontramos con extensos desiertos de ignorancia religiosa o lagunas de ateísmo, superstición o simplemente antirreligión. Hoy la evangelización debe

comenzar como en la época de los apóstoles, desde cero. Por lo tanto, hoy los carismas, son tan necesarios como en la época apostólica.

2) La Iglesia tuvo necesidad de los carismas, pues fue aquella una etapa de emergencia y asentamientos. Pero ahora la Iglesia va a paso tranquilo, está bien segura de darle prisa, y con la experiencia secular que tiene no necesita cosas extraordinarias.

R.- La Iglesia es un edificio que siempre está en construcción y necesita de los mismos materiales que usó al echar los cimientos. Es un organismo en constante crecimiento que necesita nutrirse y robustecerse. La Iglesia siempre está alerta y en pie de guerra; por lo tanto necesita del armamento de siempre. El aviso de Cristo que "los envió como a ovejas en medio de lobos" vale para todos los enviados, de todos los tiempos. (Lc 10,3).

3) Los primitivos cristianos necesitaban de los dones por carecer de teología. Pero hoy día la Iglesia dispone de un enorme tesoro de doctrina teológica, como para satisfacer todos los pedidos. Por eso no necesitan dones carismáticos.

R.- La Iglesia no tiene solamente doctrina para transmitir, sino también vida para dar. No posee tan sólo un depósito de verdades, sino fuerza para que esas verdades se conviertan en vida. No se conforma, con sabiduría infalible, con dar soluciones [a los problemas], sino que da los medios sobrenaturales para resolverlos.

No se conforma solamente con la libertad del hombre, sino que libera al hombre de toda clase de esclavitud. No habla tan sólo a la mente del hombre, sino que transforma y regenera al hombre todo. El Espíritu Santo está en la Iglesia, no sólo para que sea maestra infalible de la verdad, sino para que luche victoriosamente con los mismos poderes que su Fundador, Jesucristo, contra Satanás.

4) Yo he recibido al Espíritu Santo, esto me basta. No necesito sus dones, me basta su presencia.

R.- Si tenemos al Espíritu, tenemos potencialmente sus dones, pues Él nunca esta sin ellos. Nos los concedió el día del Bautismo. En nuestra vida de relaciones sociales obramos de otra manera: si alguien nos viene a visitar con paquetes de regalos no le diremos "antes de entrar en mi casa tira a la calle los paquetes; pues yo te quiero a ti y no a tus regalos"; todo lo contrario, lo aceptamos a él con todos sus regalos; y los agradecemos.

Más aún, ¿qué diríamos si el amigo nos dice que esos regalos son para ayudar a gente en miserables condiciones y que nosotros conocemos? En ese caso no somos libres de aceptarlos o no, sino que debemos recibirlos y distribuirlos. ¡Qué doloroso es ver rechazado el regalo que uno hace! Es como si rechazaran nuestra amistad y casi siempre es el comienzo de la ruptura.

Pero cuando los dones son para los otros, el rechazarlos no sólo es una ingratitud sino un pecado de omisión. El Espíritu Santo se nos concede no tan sólo para utilidad personal sino también comunitaria.

Los dones, que siempre vienen de Dios, por el hecho de ser destinados para el bien del prójimo, no tenemos derecho a rechazarlos u ocultarlos, según su montaje conforme a la parábola del Evangelio. ¿Pondremos en su justo peso, el grandísimo daño que causamos a los demás, rechazando los dones, con los que podemos solucionar tantos males y miserias? Mil veces hemos oído que la Confirmación nos hace soldados de Cristo. Ahora bien, el soldado recibe las armas y la instrucción para el bien del país. No tiene derecho alguno en rechazar esos medios en el ardor de la batalla.

En la guerra contra Satanás, en que todos estamos empeñados, no hay disculpas de conciencia. Los dones no son un tesoro que se entierra, sino un generador de energía suficiente como para mover el mundo. Sepultar este tesoro es como pretender ocultar el hierro o pasar el viento.

5) ¿No son suficientes los sacramentos y la oración?

R.- ¡Claro que sí! Los carismas, sin embargo, tienen como finalidad el valorizar al máximo los Sacramentos. La experiencia demuestra que las personas luego de la experiencia del Espíritu Santo, llegan a los sacramentos con más frecuencia y eficacia. La misma oración se transforma; y no es una obligación sino una necesidad, sobre todo que se convierte en constante y contemplativa. Los carismáticos suelen invitarse a orar, después de algunos minutos de conocerse. Oran muy en serio y con todo fervor y paz.

A bordo de la nave "Skyguard" entran 700 pasajeros que navegan con nosotros semanalmente por el Caribe; luego de la Misa dominical, nadie me pide quedarse a orar en comunidad, ni siquiera los sacerdotes y religiosas que se hallan entre los pasajeros. Pero cuando se halla un católico o protestante carismático, lo primero que preguntan es esto ¿Padre, cuándo nos podemos reunir para orar?

Los carismas no son extraños a los sacramentos y a la oración pero dan mayor eficacia.

6) ¿Por qué hay gente buena y santa, que no tienen los carismas?

R.- Por la sencilla razón de que los desconocen: ojo que no ve, corazón que no desea. Yo, años atrás, tan sólo tenía una idea de ellos, por haberlos estudiado en la teología. Si en ese entonces alguien me hubiera dicho que yo podía tener el don de lenguas, le hubiera dicho que estaba loco.

Otros no los tienen porque no los quieren. Pues prefieren un cristiano racionalista antes que sobrenatural, filosófico antes que carismático. Anhelan discutir y discutir... "para entender", en vez de llenarse de vida sobrenatural. Otros no los quieren, porque desean vivir en "paz", su "vida", "libertad", su "sistema".

Es que los carismas ponen todo patas arriba, crean situaciones nuevas y compromisos, que a muchos aterran. Se parecen a los habitantes del pueblo de Gadara, los cuales pedían a Cristo que se alejara de su territorio (Mt 8,34). Las pjaras de cerdos debían seguir en paz, y vivir juntos demonios y presos, pues los pueblerinos no querían perder su tranquilidad.

Otros carecen de carismas por el pánico que sienten. Se les enseñó que son peligrosos y por lo tanto no los desean. Se les metió entre ceja y ceja un ascetismo negativo, con base en mortificaciones y renunciaciones. Hace años que vienen arrastrando los grilletos de la culpabilidad, de la indignidad, de una falsa humildad de ocultamientos. Se convencieron de que para agradar a Dios debían enterrar los dones.

No se ofenden si un predicador truena diciéndoles que son indignos pecadores, almas condenadas, etc.; pero se erizan si alguien les dice que poseen los dones; los mismos que tuvieron los santos; con esta manera de pensar es imposible que reciban los dones sin respetar la libertad.

7) San Pablo nos dice que basta el amor.

R.- San Pablo no dice tal cosa. En la primera carta a los corintios, luego de elogios dice: "Procuren, pues, tener amor, y al mismo tiempo aspiren a que Dios les dé dones espirituales, especialmente el de profecía". (1Cor 14-1).

Además, los dones son una gran ayuda para ejercitar el amor. Cuando visito a un enfermo le ayudo más, cuando le digo que voy a orar para que se mejore, que cuando le digo las desgastadas palabritas de consuelo.

Cuando me piden oraciones por una intención particular, es muy eficaz decirle: recemos juntos, con las palabras que me sugiere el Espíritu Santo, y rezo en lenguas. Cuando ven a alguien oprimido o desesperado, mejor es "liberarlo" de tal opresión, que, decirle solamente, ¡ánimo, coraje!

8) ¿No caemos en soberbia o temeridad cuando pedimos los carismas?

R.- No es soberbio ni temerario el fiel que recibe el Cuerpo y la Sangre del Señor. Estos son dones muy superiores a los dones carismáticos.

Los carismas son dones que el Señor nos concede, pero no para nosotros, y por lo tanto nadie se gloria de lo que no es suyo.

Todos son para la comunidad, no para nosotros. Los dones son medios e instrumentos que nos han sido dados para provecho de la comunidad. El soldado debe temblar y no enorgullecerse por las poderosas armas que se le confían.

El administrador no debe gloriarse, sino temblar por la tremenda responsabilidad de su cargo. La célebre Kathryn Kuhlman, que curó a miles de personas siempre comenzaba sus charlas con estas palabras: "No tengo nada, no soy nadie, soy como cualquiera de ustedes, Jesús es quien da la salud. La oración que yo hago la puede hacer cualquiera".

9) *San Pablo dice que los carismas acabarán. Estas son sus palabras, "el amor no terminará, las profecías acabarán, cesarán las lenguas y tendrá fin la ciencia".*

R.- Es cierto, desaparecerán los carismas, pero ¿cuándo? El mismo Pablo responde: *"Vemos ahora mediante un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente, entonces conoceré como fui conocido". (1Cor 13,12).*

Pero mientras no estemos en el cielo, las lenguas, profecías y ciencias permanecerán con nosotros.

10) *De todos modos, está comprobado que luego de la explosión de los carismas éstos se apagarán; si es que no son necesarios en todos los tiempos.*

R.- Los carismas no han cesado del todo en la Iglesia. Pues la Iglesia sin carismas es una Iglesia sin Espíritu Santo. Es que a medida que la Iglesia se fue institucionalizando, algunos carismas se fueron apagando. Fue culpa de los cristianos, que hasta los ignoraron; no los necesitaron. Se tomó al carisma como algo privado y no como una necesidad comunitaria; es que también se perdió en la Iglesia el sentido de la Comunidad, en su verdadero sentido. No es que el Espíritu Santo redujo los dones, sino que los cristianos los desvalorizaron.

No fue una falta de la central eléctrica, sino que fueron cortados los cables. Pero... ¡Gloria a Dios! Hoy los carismas vuelven a inundar la Iglesia.

El despertar de los carismas

Hoy asistimos a un acontecimiento maravilloso, que no tiene precedentes en la Iglesia desde la época Apostólica. Los carismas se difunden hoy entre los fieles, no como algo aislado, sino como un fenómeno comunitario. Son ya millones los que han recibido el Bautismo en el Espíritu Santo y recibido el don de lenguas. Hoy, el así llamado "Movimiento Carismático", nacido a principios de los años 60 sin planificación ni proyecto previos, obra y actúa poderosamente en decenas de países, en miles de círculos de oración. Es la respuesta a la oración del Papa Juan XXIII, cuando rezó al Espíritu Santo al comienzo del Concilio Ecuménico Vaticano II: "Renueva tus maravillas, con un nuevo Pentecostés".

Y de estas maravillas, somos hoy testigos oculares. El Espíritu Santo sopla fortísimamente en nuestros días transformando el mundo de un cabo a otro, distribuyendo sus dones como en los tiempos apostólicos. En los grupos carismáticos esparcidos por toda la tierra, las lenguas, profecías, las curaciones y los milagros, son algo frecuente y hasta común; en cualquier círculo de oración.

En uno de los primeros congresos internacionales de la Renovación, realizado en junio de 1974 en Notre Dame (Indiana, USA), los 30 mil congregados oraron por el estadio. Aquella reunión fue histórica, pues cosa parecida no había sido vista jamás en la Iglesia. Aquella noche fueron muchísimas las curaciones de que fuimos testigos, como por ejemplo, la muchacha ciega.

Hoy miles de sacerdotes dirigen círculos de oración; muchos obispos, luego de reservas y miramientos al principio, pasaron a una franca y abierta aprobación, aún cuando no son ellos mismos líderes del movimiento en sus diócesis. Entre los informes sobre el catolicismo en USA, enviados por los obispos a Roma para preparar el Sínodo, figura entre los datos positivos del catolicismo en América la Renovación Carismática Católica.

El Papa Paulo VI, en octubre de 1973, recibió por primera vez a algunos dirigentes internacionales de la Renovación, en Grottoferrata, con ocasión de su primera reunión internacional.

Hoy la Iglesia recibe el Pentecostés.

Hoy el Espíritu Santo recibe la época carismática.

Distribución de los carismas

Hemos dicho que si el Espíritu Santo está en nosotros, también sus dones están potencialmente en nosotros. Pero, para que entren en acción, se requiere un nuevo impulso del mismo Espíritu en el momento en que sea necesario el carisma.

El modo y manera que emplea el Espíritu Santo son cosas que escapan a nuestra capacidad. El distribuye, sus dones donde, cuando, como y a quien le parece. *"El viento sopla por donde quiere, y aunque oyes su ruido, no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así son también todos los que nacen del Espíritu"* (Jn 3,8).

En general, teniendo un común denominador de la acción del Santo Espíritu, llegaremos a las siguientes conclusiones:

En una comunidad los dones se encuentran casi siempre en todos.

En las comunidades no hay privilegiados con todos los dones, ni desgraciados sin ningunos. Todos tienen dones para nuestra edificación.

El que tiene un don particular como el de sanación, por ejemplo, no crea que lo tendrá para siempre; a su vez, quien no lo tiene no pierda la esperanza de tenerlo un día.

Por otra parte no debe suponer quien tenga un don potente y puntual, que no necesita de ningún otro don.

El Poder de Dios está con nosotros, y se manifiesta en el momento de la necesidad y no de un modo permanente; hay que concluir que el carisma aparece cuando hay necesidad del mismo.

Nadie puede llamarlo milagroso o taumatúrgico como si fuera una constante cualidad. Se da en caso de una permanencia sensible del don, y su ejercicio es una constante cualidad extraordinaria.

En términos generales, si en una comunidad todos tienen dones diversos, nadie puede decir que los tienen como exclusividad.

Es sistemático que el despertar de los carismas se realice hoy día cuando en el grupo humano hay acentuación de democracia, pues los miembros no aceptan el gobierno de un jefe omnipotente.

En nuestra época en que el culto de héroes y otros así llamados grandes [va] al ocaso, da la impresión de que el Espíritu Santo no quiere grandes taumaturgos que descuellen sobre la masa. Más bien es su voluntad de que abunden "comunidades carismáticas", enriquecidas con sus dones.

Parece que el Espíritu Santo no quiere manifestarse por la santidad extraordinaria de alguien en particular colocado en un pedestal; sino que prefiere la santidad anónima de un grupo y para el mismo, en la libertad del Espíritu Santo y para edificación y enriquecimiento de cada miembro.

Nuestro papel en el uso de los Carismas

Si el Espíritu Santo distribuye sus dones a quien quiere y como quiere, ¿cuál es nuestra función?

El no quiere marionetas o títeres, sino nuestra libre y activa cooperación.

He aquí algunos puntos que aclarar:

1) Orar para recibir los carismas

"Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!" (Lc 11,13). San Pablo recomienda: "Procuren, pues, tener amor, y al mismo tiempo aspiren a que Dios les dé dones espirituales, especialmente el de profecía" (1Cor 14,1). No está mal, ni mucho menos, pedir los instrumentos con los que podamos construir el Cuerpo de Cristo.

Es deber del soldado pedir el armamento que necesita, cuando la patria está en peligro. Todo sacerdote debe pedir los carismas para administrar con la misma eficacia que Cristo y los apóstoles. Es deber de todo profesional, para servir a la sociedad con inteligencia y valor.

Podemos pedir al Padre lo que tanto desea darnos.

2) Estar siempre dispuestos.

Es decir, estar siempre preparados para recibir los dones y obrar conforme a ello, dónde y cuando el Señor quiera. Más aún, a trabajar con los dones que Él dispensa y no con los que deseáramos tener. Hay quienes rechazan el don de lenguas, otros el poder de expulsar demonios. No somos nosotros quienes debemos elegir la capacidad, sino el Espíritu Santo es quién nos dirá qué función deberá desarrollarse en el Cuerpo Místico.

3) *Desprendimiento*

No creer que los dones sean lo más importante de nuestra vida, pues nada añaden a la santidad.

No andar hurgando y buscando el éxito de nuestra intervención, ni menos ser exitistas. Algo muy importante, no perder la paz si aparece alguien que nos sustituya, aunque aparezca como ídolo, y no como instrumentos.

4) *Quitar obstáculos.*

A veces los carismas no producen el efecto deseado, por ser nosotros un impedimento. Por ejemplo cuando antepone el "yo", nuestro prestigio, nuestra fama, cultura, títulos y jerarquía, puntos de vista e interpretaciones. Lo que el Espíritu quiere es que se busque por la Renovación a Cristo, y no a nosotros mismos.

Cuando queremos hacer notar nuestra personita, Él queda detrás. Jesús fue muy explícito sobre esto al mandar a los discípulos a la primera misión carismática: *"Jesús reunió a sus doce discípulos, y les dio poder y autoridad para expulsar toda clase de demonios y para curar enfermedades. ²Los envió a anunciar el reino de Dios y a sanar a los enfermos. ³Les dijo: No lleven nada para el camino: ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero, ni ropa de repuesto" (Lc 9, 1-3).* La condición que Cristo pone a cada apóstol para tener autoridad sobre los demonios y curar enfermedades es una sola: estar despojados de todo valor cultural, personalidad, autoridad, prestigio, etc.

Cuando nosotros quedamos libres por dentro, entonces el Espíritu Santo podrá obrar en nosotros y por nosotros. Cuando digamos como Isaías que somos niños y tan sólo balbuceamos, entonces llegarán los serafines a purificar nuestros labios con el fuego. Los apóstoles se enfrentaron al mundo judío, al mundo pagano, no con prestigio y cultura, sino con la fuerza del Espíritu Santo. ¡Personalmente obrando ellos quisieron permanecer desapercibidos!

El mismo San Pablo, el apóstol más instruido, no obró de manera distinta. Les escribe así a los Corintios: *"Y, estando entre ustedes, no quise saber de otra cosa sino de Jesucristo y, más estrictamente, de Jesucristo crucificado. ³Me presenté ante ustedes débil y temblando de miedo, ⁴y cuando les hablé y les prediqué el mensaje, no usé palabras sabias para convencerlos. Al contrario, los convencí haciendo demostración del Espíritu y del poder de Dios, ⁵para que la fe de ustedes dependiera del poder de Dios y no de la sabiduría de los hombres" (1Cor 2, 2-5).*

Jesús, cuando le confiere a Pedro el cargo de Jefe de la Iglesia, no le pregunta si tiene cargos académicos de universidades romanas o griegas, o si frecuenta escuelas rabínicas, tan solo le pide una prueba de amor: *"Terminado el desayuno, Jesús le preguntó a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" (Jn 21,15).*

Cuando el Espíritu Santo elige hombres que usará como instrumentos para la Gloria de Dios, generalmente no los escoge entre los grandes sabios, sino de entre los

pequeños y sencillos. Cuando los llama no va primero a revolver los archivos para ver el "curriculum vitae". De haberlo hecho los hubiera desechado sin más ni menos. Así como los encuentra, los hace nuevos y aptos para la elección.

Muy claro habla el Señor de quiénes son los destinatarios de los dones de Dios. Hace su declaración, justo en el momento en que los discípulos alborotan porque los demonios se les han sometido: *"En aquel momento, Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: 'Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así lo has querido'"* (Lc 10,21).

5) *Predicar el Evangelio*

Los dones del Espíritu Santo no tienen fin en sí mismos, ni son juegos para dar espectáculos, sino que son signos que acompañan la evangelización.

El objetivo es predicar la palabra de Dios. Jesús ordenó: *"Y les dijo: 'Vayan por todo el mundo y anuncien a todos la buena noticia. ¹⁶El que crea y sea bautizado, obtendrá la salvación; pero el que no crea, será condenado. ¹⁷Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas;..."* (Mc 16, 15-17).

Misión nuestra es ir y predicar en primer lugar; luego de predicar y de ser aceptada nuestra predicación, los signos se pondrán en evidencia. Cuando alguien, a modo de ejemplo, no [recibe] nada, puede ser que el motivo sea la falta de evangelización de esa persona. Primero hay que darle al enfermo al Señor Jesús, y luego curarlo en su nombre. Cristo es lo primero y luego los dones. La Renovación Carismática quiere redescubrir a Cristo.

Crítica de los Carismas

El juzgar los carismas y sus legitimidades concierne a la Iglesia. Esto lo acentuó el Papa Pablo VI al dirigir la palabra a los líderes de la Renovación Carismática, en el Primer Congreso Internacional Católico.

Estas son sus palabras pronunciadas en Grottaferrata:

"... la vida espiritual de los fieles, cae bajo la responsabilidad pastoral activa de cada obispo en su propia diócesis. Esto es muy importante recalcarlo en presencia de estos hermanos, que son como el fermento de la Renovación, premiado de tantas esperanzas.

Por otra parte, aún en las mejores experiencias de la Renovación, la cizaña puede mezclarse con el trigo. Por lo tanto se requiere mucho discernimiento. Esto debe recaer sobre quienes tienen la cura de alma en la Iglesia. "Es deber suyo y muy principal, no extinguir al Espíritu, sino examinarlo todo, y quedarse con lo bueno". (Lumen Gentium Nº 12, 1Tes 5, 12.19.21) De esta manera progresará el bien

común de la Iglesia, pues para ese fin existen los dones del Espíritu Santo (1Cor 12,7).

El Espíritu Santo se manifiesta a cada uno para beneficio común” (L’Osservatore Romano).

Número de carismas

¿Cuántos son? No es fácil la respuesta. En nuestro catecismo, siempre leímos que los dones son siete: Sabiduría, Inteligencia, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad, Temor de Dios. Estos siete son los que describe el texto hebreo y siete en la traducción de los setenta.

Pero San Pablo en la primera carta a los Corintios enumera nueve, de distintas características y no aparecen los siete anteriores. Los siete dones tradicionales se nos conceden con la gracia. Podríamos decir que por distintas actividades de esa gracia. Son hábitos que perfeccionan las potencias del alma, disponiéndola a la obra de mayores dificultades bajo el influjo del Espíritu Santo.

Los nueve dones mandados por el apóstol son manifestaciones del Espíritu. Cuando vemos los dones en acción, no podemos menos que ver la presencia del Espíritu Santo y la manifestación del poder de Dios.

Pero la lista de San Pablo, tampoco es completa. En la primera carta a los Corintios, cita tan sólo los carismas [que están siendo] mal empleados, mientras que cita otros en Romanos 12, 3-8 y otros en Efesios 4,11. Algunos se repiten varias veces; de las cartas paulinas sacamos 19. Pero esto no prueba que este sea un número exacto. San Pablo tiene muchísimos y los diversifica según las necesidades de tiempo y lugar. Estudiaremos los que se nombran en la primera carta a los Corintios, porque son los que con mayor frecuencia se manifiestan entre los carismáticos.

Hablaré según la experiencia que tengo de verlos actuar hace años. Puede ser que haya alguien que diga que me arriesgo mucho al hablar de sanaciones y discernimientos. Pero es que, contra los hechos, no hay argumento que valga. Sin tener en cuenta el orden que observa San Pablo en 1 Corintios 12, 4-11, para mayor claridad los clasificaremos en tres grupos:

- **PRIMER GRUPO: Carismas de la palabra**

1. Don de lenguas.
2. Don de interpretación.
3. Don de profecía.

- **SEGUNDO GRUPO: Carismas de conocimiento**

1. Discernimiento de espíritus.
2. Don de sabiduría.

3. Don de ciencia.

• **TERCER GRUPO: Carismas de acción**

1. Don de sanación.

2. Don de milagros.

3. Don de la fe.

2. CARISMAS DE LA PALABRA

Don de lenguas

"... hablarán nuevas lenguas" (Mc. 16,17)

"Yo quisiera que todos ustedes hablaran en lenguas extrañas...". (1Cor 14,5)

Comenzaremos hablando del carisma de las lenguas, el más común entre los carismáticos y el más extraño. Ha sido objeto de incomprendiones y polémicas, pues ya lo fue frente a las puertas del Cenáculo en Jerusalén.

La primera vez que oí cantar en lenguas a un sacerdote que oraba por mí, tuve la sensación de escuchar algo misterioso, de procedencia del más allá. Era una melodía simple, primitiva, como una canción del alma, con resabios orientales que penetraba en mi alma con la frescura de una suave lluvia.

Ya hace unos tres años que oigo orar en lenguas en los distintos grupos carismáticos.

Muchas veces el círculo de oración pasa espontánea e insensiblemente de la oración en lengua vernácula a la de lenguas carismáticas, sin que nadie dé la señal de comienzo. Cada uno reza o canta según su propio impulso; en el mes de junio de 1974, oí 30.000 personas, alabar al Señor en 30.000 lenguas carismáticas diferentes. Esto sucedió en South Bend, Indiana. Fue un acontecimiento sin precedentes en la historia de la Iglesia. Por eso es conveniente que sepamos algo acerca de este don del Espíritu Santo.

Nació con la misma Iglesia

De este don no hay rastros en el Antiguo Testamento, como tampoco durante la vida mortal de Cristo. Pero Él lo prometió antes de subir al cielo: *"Y estas señales acompañarán a los que creen: ...; hablarán nuevas lenguas"* (Mc 16, 17).

Los Apóstoles, de baja instrucción, no podían captar el significado de esta promesa. La única lengua que conocían era su propio dialecto.

El día de Pentecostés lo experimentaron y se dieron cuenta de la reacción del público.

Leamos el texto sagrado:

"De repente, un gran ruido que venía del cielo, como de un viento fuerte, resonó en toda la casa donde ellos estaban. ³Y se les aparecieron lenguas como de fuego que se repartieron, y sobre cada uno de ellos se asentó una. ⁴Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu hacía que hablaran.

⁵Vivían en Jerusalén judíos cumplidores de sus deberes religiosos, que habían venido de todas partes del mundo. ⁶La gente se reunió al oír aquel ruido, y no sabía qué pensar, porque cada uno oía a los creyentes hablar en su propia lengua. ⁷Eran tales su sorpresa y su asombro, que decían:

— ¿Acaso no son galileos todos estos que están hablando? ⁸¿Cómo es que los oímos hablar en nuestras propias lenguas? ⁹Aquí hay gente de Partia, de Media, de Elam, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto y de la provincia de Asia, ¹⁰de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de Libia cercanas a Cirene. Hay también gente de Roma que vive aquí; ¹¹unos son judíos de nacimiento y otros se han convertido al judaísmo. También los hay venidos de Creta y de Arabia. ¡Y los oímos hablar en nuestras propias lenguas de las maravillas de Dios!

¹²Todos estaban asombrados y sin saber qué pensar; y se preguntaban:

— ¿Qué significa todo esto?

¹³Pero algunos, burlándose, decían:

— ¡Es que están borrachos!" (Hechos 2, 2-13).

Esta fue pues la primera manifestación de las lenguas, en el día del nacimiento de la Iglesia. Al revés de lo que sucedió en Babel (allá la humanidad se dispersó por la diferencia de lenguas), aquí con el don de lenguas se unió.

¿Qué sucedió aquel día? Por un lado, tenemos a los 120 carismáticos saliendo del Cenáculo, alabando a Dios en idiomas distintos de sus dialectos.

Pero surge una pregunta: ¿Cómo es que algunos están admirados y glorifican al Señor, al mismo tiempo que otros reaccionan de manera diferente?

Los exegetas dan distintas explicaciones. Desde el comienzo destacamos eso del milagro que se realizó en los oídos de la gente y no en la boca de los apóstoles.

Según San Lucas, está bien claro que los que salieron del Cenáculo hablaron lenguas diversas, según el Espíritu les hacía hablar. Bien claro queda pues, que el milagro se realizó en la boca de los Apóstoles. ¿Cómo se explica la diversa reacción del público?

A mi entender, la explicación es esta: Los oyentes eran de distintas categorías: los judíos de la capital, que tan sólo conocían el hebreo, y los judíos peregrinos, que se hallaban en la ciudad con motivo de la fiesta, que hablaban el hebreo y las lenguas

de sus respectivas procedencias. De allí que los primeros creían borrachos a los galileos que hablaban de modo extraño, mientras que los segundos, oyendo sus respectivas lenguas en boca de gente iletrada (sin mayor educación), que nunca dejaron Palestina, se quedaron pasmados y se sintieron movidos a glorificar a Dios junto con los discípulos.

Fue un don común en la Iglesia primitiva

Luego de Pentecostés, el don de lenguas se difundió mucho entre los simples cristianos. Lo vemos en la familia de Cornelio (Hechos 10, 44-46), en los apenas bautizados de Efeso (Hechos 19, 6), y siempre como una manifestación del Espíritu.

San Pablo, en la primera Carta a los Corintios, habla de un don cotidiano en la comunidad; les escribe que no impidan el ejercicio del don, sino tan sólo que sean ordenados en ejercerlo. Él atestigua haber recibido este don más que nadie: *"Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas extrañas más que todos ustedes" (1Cor 14, 18)*. Pero desea al mismo tiempo que sea un don para todos: *"Yo quisiera que todos ustedes hablaran en lenguas extrañas" (1Cor 14, 5)*.

Después del primer siglo no se tienen noticias de este don, al menos en forma masiva. Pero se ve usado en la vida de santos como San Francisco Javier, entre otros.

¿En qué consiste este don?

¿Qué quiere decir hablar en lenguas, o en lenguas nuevas, o poseer el don de lenguas?

El don de lenguas o "glosolalia" es más que nada una oración que se hace al Señor: no es una plática a la comunidad. Era una manera de alabar a Dios, no de predicar al pueblo. *"Aquel que habla en lenguas extrañas, habla a Dios y no a seres humanos, pues nadie lo entiende. En su espíritu dice cosas secretas, pero nadie las entiende" (1Cor 14,2)*.

Es una oración privada entre nosotros y Dios, aunque se haga en presencia de otras personas. *"El que habla en una lengua extraña, lo hace para su propio bien" (1Cor 14, 4)*.

A veces se toma la forma de mensaje a la comunidad; en tal caso, como se verá, se requiere la interpretación *"Pero si no hay nadie que pueda interpretarlas, que estos no hablen en lenguas delante de toda la comunidad, sino en privado y para Dios" (1Cor 14,28)*.

Es una oración hecha en una *lengua desconocida, jamás estudiada u oída*. Son frases que no tienen significado. Es recitar palabras que no manifiestan pensamiento alguno formulado en la inteligencia. Es una lengua que expresa sentimientos al Señor, pero

que no proviene de nosotros. Tener el don de lenguas no significa conocer un sin número de reglas y vocablos gramaticales con significado propio, para formar frases y charlas a gusto de cada cual. El glosólogo tan sólo pronuncia las palabras que el Espíritu le sugiere sin captar el sentido. Es una oración que se realiza en condiciones normales.

Cuando alguien ora en lenguas, no se pone en posiciones estáticas o emotivas ni cae en trance; sino que está en pleno conocimiento de cuanto hace y dice. Es libre de empezar y acabar cuando quiera, aún de interrumpir o repetir según le plazca. El ora como cualquier fiel, sólo que en una lengua diferente.

Una comparación serían los cantos del *Tantum Ergo*, las letanías que durante siglos ha venido cantando nuestro pueblo, que si bien no entendía el significado, estaba seguro que se trataba de glorificar y alabar a Dios o a su Madre Santísima. La diferencia está en que esas oraciones se aprendieron de libros o de oídas. En el caso nuestro las palabras del que habla en lenguas le vienen espontáneamente a los labios.

No se puede hablar de psicosis colectiva pues todos hablan en forma distinta y muchos reciben este don cuando están solos en su casa, o luego de semanas y meses de haber recibido el Bautismo en el Espíritu Santo. Es una especialísima oración que nos viene *directamente* del Espíritu Santo. (1Cor 12,11).

Aunque no se capte el sentido, sin embargo cualquiera se da cuenta de que se trata de una oración que supera cualquier oración personal. El pronunciar estas pocas frases da una sensación profunda de misterio, alegría y paz; la presencia de Dios se siente en lo más íntimo, es evidente y sensible.

¿Se trata de lenguas reales en el propio sentido del vocablo?

Cuando hablamos en lenguas ¿usamos un idioma verdadero que se habló, o se habla en el mismo según reglas gramaticales, sintácticas y fonéticas, o tan sólo emitimos sonidos misteriosos sin significado?

Ambos casos son posibles. Hay quien dice que se trata de lenguas vivas habladas; según estudiosos que han grabado esos sonidos en las reuniones carismáticas, a veces se trata de lenguas muertas, generalmente orientales, hebreo antiguo, siríaco, etc.; otras veces se trata de lenguas vivas. En términos generales, nosotros los occidentales recibimos el don de hablar lenguas asiáticas, preferentemente dialectos del extremo oriente. Testigos de esto último son japoneses e indonesios que oyeron su lengua natal, hablada en reuniones carismáticas en América y Europa. El lenguaje era perfecto.

Permítaseme, dar un testimonio personal. Meses atrás me hallaba en las Islas Vírgenes. Oraba yo por una señora para que recibiera el Espíritu Santo y comenzó a glorificar a Dios en perfecto italiano, sin saber absolutamente nada de ese idioma.

Lo que más llama, la atención, escuchando tales sonidos, es la exactitud, claridad y pronunciación perfecta de ciertos sonidos, principalmente imposibles de pronunciar si no se ha nacido en el lugar.

¿Para qué sirven las lenguas?

Si es un don del Espíritu Santo, debe tener su utilidad. Así responde nuestra pregunta: *"De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. Porque no sabemos orar como es debido, pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros, con gemidos que no pueden expresarse con palabras."*²⁷ *Y Dios, que examina los corazones, sabe qué es lo que el Espíritu quiere decir, porque el Espíritu ruega, conforme a la voluntad de Dios, por los del pueblo santo" (Rom. 8, 26-27).*

Por lo tanto es la oración que el Espíritu Santo tiene para suplir nuestra debilidad e incapacidad, y aún el propio desconocimiento de las propias necesidades y de la comunidad. Es la plegaria que abarca cualquier situación, pues sabemos que el Espíritu Santo, teniendo en cuenta nuestras intenciones, tiene palabras que llegan directamente al Señor. Es la mejor manera de dar plena libertad al Espíritu Santo para que usándonos a nosotros glorifique al Padre y al Hijo de manera digna.

Los hechos demuestran que la oración en lenguas es poderosa para obtener gracias y rechazar tentaciones. No mortifica nuestra personalidad, pues [no] somos del todo pasivos. Pues nosotros somos quienes oramos con nuestra lengua y nuestra voluntad. Nuestra misma persona es más estimable, pues nuestras oraciones llegan directamente al Señor por el poder del Espíritu Santo.

Hay otro bellissimo motivo para orar en lenguas, y lo anota San Pablo: *"y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filip. 2,11).*

Toda lengua; es decir, todas las lenguas que se hablaron y se hablarán desde que el mundo tiene seres inteligentes, deben proclamar que Cristo es el Señor. Esto no fue posible en el pasado, cuando Cristo no había venido aún; ni es posible hoy, porque muchas naciones no son cristianas; pero el Espíritu Santo toma todas esas lenguas y las concede a quienes están dispuestos a proclamar, en todas esas lenguas y en nombre de aquellos pueblos que Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre. Todas son lenguas diferentes, y de la fusión de todas ellas salta la unidad del coro presente, de todos los pueblos que glorifican a Dios.

Todos los seres irracionales, desde el insecto a las estrellas, tienen su manera de glorificar a Dios, así las criaturas racionales, si bien con distintas lenguas, pueden formar un concierto amoroso.

¿Cuándo se recibe el don de lenguas?

No se puede establecer una regla fija. Algunos lo reciben en el momento del Bautismo en el Espíritu Santo. Mientras un grupo ora por ellos sienten una

incontenible felicidad interior que se manifiesta al exterior, con frases extrañas y novedosas.

A veces es una oración completa y perfecta, que se recita con velocidad y seguridad. Otras veces se oyen frases brevísimas, o simplemente una palabra tan solo. Enseguida, la persona es constante en seguir pronunciando estos monosílabos vienen luego las frases y más tarde la oración completa. Hay quienes reciben este don luego de días o semanas, en las más diversas circunstancias; por ejemplo, en la oración durante las palabras ordinarias, paseando o durmiendo.

¿Es un don para todos y cada uno?

No necesariamente. Nosotros los católicos, a diferencia de los Pentecostales clásicos, decimos que se puede recibir el Bautismo en el Espíritu Santo, aún sin el don de lenguas. Pero, en términos generales, lo reciben todos los bautizados en el Espíritu Santo, si no ponen obstáculos y cooperan con el Donante.

¿Cómo recibir el don de lenguas?

Hemos dicho que se requiere cierta colaboración con el Espíritu Santo. Es que la oración en lenguas es una misteriosa combinación de elementos divinos y humanos, de divina iniciativa. Es como decir: sin el Espíritu Santo nada puedes hacer, y el Espíritu sin ti, tampoco. El Espíritu Santo provee de los elementos esenciales, o sea la materia y la forma con lo accesorio, es decir la voluntad, la lengua, la voz y la valentía para hablar, etc.

Nuestra colaboración es indispensable. Para algunas personas esta colaboración resulta fácil, para otras requiere esfuerzo y paciencia. Unos y otros, al cabo de un tiempo logran su anhelo. A continuación van unas sugerencias prácticas basadas en la experiencia:

1) Si se comienza alabando al Señor en voz alta, con palabras espontáneas, sin preocuparnos de la forma. Se aconseja repetir muchas veces y con rapidez la invocación: "*¡Abbá! ¡Padre!*" (Rom 8, 15).

2) Pasados unos minutos cesa la oración en la lengua materna y se hace un esfuerzo para pronunciar palabras sin significado. Es en este momento en que el Espíritu Santo podría intervenir con el don de lenguas. Comenzarán a salir de la boca extrañas sílabas, jamás oídas, por el impulso de una fuerza interior y que mueve la lengua a una velocidad desacostumbrada. Pero no siempre sucede así.

Hace unos días mientras orábamos por una niña, comenzó ella a hablar correctamente en lenguas aunque silabeando como los niños de primer grado.

Llegados a este punto debemos dejar de lado el idioma patrio, y seguir repitiendo esas sílabas incomprensibles y extrañas.

Algunos reciben enseguida el don de una oración perfecta y completa. Y de esa manera se debe continuar, siempre que lo deseen.

Hay quienes reciben tan sólo dos o tres palabras. No hay que preocuparse; se deben pronunciar esos monosílabos, las palabras vendrán luego. Quien dice unas pocas palabras luego dirá miles.

No hay que extrañarse si al principio cuesta esfuerzo y hasta cansancio, el pronunciar esas sílabas o monosílabos. El Señor se complace al sentirse glorificado de ese modo como la mamá se alegra al oír los primeros balbuceos del niño.

El don, de parte del Espíritu Santo, es perfecto; pero de parte del receptor no hay completa libertad. La partitura es perfecta, pero el instrumento desafina. Pero con perseverancia el don saldrá a relucir con perfección.

Quien a pesar de todo no consigue nada, que no se desanime. El don está allí, hay que hacerlo aparecer con paciencia y perseverancia, sobre todo sin preocupaciones (Algunos no reciben el don nunca porque se preocupan por conseguir el don de lenguas en lugar de glorificar al Donante); y así, durante la oración de alabanza hay que ejercitar y practicar como lo hemos explicado.

¿Cuándo se debe orar en lenguas?

Siendo una oración privada, se puede realizar cuantas veces se quiera: en la soledad de la habitación, en medio de una multitud, caminando, trabajando, etc. Es importante lo siguiente: es muy aconsejable orar en lenguas cuando se trata de liberación, de sanación, de pedir un favor especial o un milagro, etc. Además es muy útil cuando estamos distraídos, cuando hay cansancio o depresión, o cuando se deben tomar decisiones importantes.

En fin, se debe orar en lenguas cuando se desea alabar al Señor y no se encuentran las palabras oportunas. Este don no sustituye a las otras oraciones, pero prepara para hacerlas. Hay sacerdotes que sienten este don muy eficaz, como preparación a la Misa, como acción de gracias o como comienzo del rezo del breviario.

San Pablo nos exhortó a orar siempre en el Espíritu Santo: *"No dejen ustedes de orar: rueguen y pidan a Dios siempre, guiados por el Espíritu. Manténganse alerta, sin desanimarse, y oren por todo el pueblo santo" (Ef 6,18).*

¿Cuál es la mejor oración sino aquella que se puede hacer en cualquier momento por medio del Espíritu Santo?

¿Se puede perder el don de lenguas?

Este don, a diferencia de los otros, es dado para siempre. Pero si no se lo ejercita poco a poco se lo pierde como pasa con un idioma aprendido en la escuela. Es como un talento, que si no se lo comercia, se pudre bajo la tierra.

Cantar en lenguas

Muchos hay que con el don de lenguas reciben el del canto en lenguas. Generalmente es una melodía simple, primitiva, con reminiscencias orientales. Es el don completo, pero también se requiere una cierta cooperación.

El don de la interpretación

"Por lo tanto, el que habla en lengua extraña, pídale a Dios que le conceda el poder de interpretarla" (1Cor 14,13).

"Pero si no hay nadie que pueda interpretarlas, que estos no hablen en lenguas delante de toda la comunidad, sino en privado y para Dios". (1Cor 14,28).

La interpretación de las lenguas es el segundo don del Espíritu Santo. Se manifiesta a continuación de los mensajes en lenguas que el Espíritu Santo comunica a la Asamblea. En cierto momento, alguno de los presentes dice frases incomprensibles y aún cantando. Es el mensaje de Cristo que se halla en medio de su pueblo. A veces el mensaje es particularmente para alguien de la comunidad.

La persona que tiene este encargo siente que le vienen a la lengua palabras, a medida que las pronuncia en alta voz. La inteligencia está ajena a todo. Esto exige humildad, valor y fe para hablar con la palabra que en ese momento llega. Terminado el mensaje en lenguas, la asamblea queda en profundo silencio, hasta que el Espíritu Santo habla por el don de la interpretación.

A causa de estos mensajes en lenguas y su interpretación inexacta, entre los corintios surgieron inconvenientes, que obligaron a San Pablo a intervenir:

*"Y cuando se hable en lenguas extrañas, que lo hagan dos personas, o tres cuando más, y por turno; además, alguien debe interpretar esas lenguas. ²⁸Pero **si no hay nadie que pueda interpretarlas, que estos no hablen en lenguas delante de toda la comunidad, sino en privado y para Dios" (1Cor 14, 27-28).***

La interpretación no es la traducción literal del mensaje. Es el don que da el sentido [del mensaje], pero no la traducción de cada palabra.

A veces sucede que el mensaje de las lenguas es brevísimo, pero la interpretación es más larga. Esto se explica por el hecho de que el mensaje se hace con palabras concisas y frases propias en una lengua desconocida, mientras que la interpretación

requiere larga dilucidación. Este don puede ser concedido a la misma persona que recibió el mensaje, a otra o a varias.

Quien tiene este don debe hablar en primera persona, o sea, en el Nombre de Jesús, como se supone fue dado el mensaje en lenguas. Es decir: no es correcto comenzar diciendo: "El Señor dice que..." y luego seguir con el mensaje como algo que se sintió y es menester contar ahora. Lo exacto es: "Esto dice el Señor..." y enseguida seguir en primera persona, como si fuera Jesús mismo, el que habla en ese momento. Él no quiere que se comente su mensaje, sino que se lo transmita en Su nombre y en primera persona.

A veces los intérpretes son varios; y es interesante constatar cómo uno de ellos se para en seco y otro inmediatamente sigue con la interpretación.

Algo más misterioso aún. Sucede que en las asambleas donde hay católicos y protestantes estos últimos suelen recibir mensajes contrarios a su teología. Como por ejemplo, himnos y alabanzas a María Santísima, a su Virginitad, a su Concepción Inmaculada.

Podríamos decir que los dones de lenguas e interpretación se complementan mutuamente.

"Por lo tanto, el que habla en lengua extraña, pídale a Dios que le conceda el poder de interpretarla" (1Cor 14,13).

El don de la profecía

"... los hijos e hijas de ustedes comunicarán mensajes proféticos" (Hechos 2,17).

"Procuren, pues, tener amor, y al mismo tiempo aspiren a que Dios les dé dones espirituales, especialmente el de profecía" (1Cor 14,1).

La profecía es un mensaje especial del cielo. Es mensaje de alegría, de luz, de exhortación, de animación, de fortalecimiento y esperanza. Es un rayo de sol, sobre un mundo gris, una lluvia refrescante sobre una tierra quemada. Es la voz de Jesús que confirma hablándonos por medio de su Espíritu. Quiere hablarnos del amor del Padre, quiere asegurarnos que aún vive y está presente entre nosotros, que nos tiene presente a cada uno de nosotros y a nuestros propios problemas personales.

"Tengo mucho más que decirles, pero en este momento sería demasiado para ustedes. ¹³ Cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que dirá todo lo que oiga, y les hará saber las cosas que van a suceder" (Jn 16, 12-13). Jesús tiene aún muchas cosas que decirnos, y es el Espíritu quien tiene la misión de contarnos cuanto oye. El se sirve de otros

hombres no necesariamente perfectos, pues lo que interesa es el mensaje, y no el transmisor; pone en su boca lo que El tiene interés de comunicarnos. Esto es profecía: hablar en nombre de Dios; es un mensaje especial del Señor a una comunidad o individuo, bajo la directa inspiración del Espíritu Santo.

En sentido amplio, cualquier palabra que nos viene de Dios puede llamarse profecía. Las voces de la Creación, las de la conciencia, las lecturas ascéticas, las conversaciones espirituales, los buenos ejemplos, avisos y consejos de padres y superiores, etc., todas estas voces de Dios nos llegan por las criaturas y por lo tanto siempre tienen un sentido profético.

Pero aquí hablamos de la profecía en sentido estricto, esto es, de un mensaje especial de Jesús inspirado por el Espíritu Santo, delimitado tanto por el contenido como por el número de destinatarios. Es una comunicación de carácter privado, íntimo y personal.

Generalmente, la profecía se da en los círculos de oración. Llega el momento en que alguien presente siente la necesidad de decir algo. No tiene un concepto en la frente, sino palabras que fluyen una detrás de otra. Habla en primera persona, con voz firme y autoritaria, sin miedos ni vacilaciones. La voz es la misma, pero el tono y la fuerza no coinciden con la personalidad del que habla.

Es imposible describir la emoción que nos causa una profecía que nos viene dirigida personalmente. Uno queda sin hablar al ver cómo Cristo se toma tanto trabajo, ya que nos viene dirigida individualmente. Uno queda sin habla al ver cómo Cristo se toma tanto trabajo por la vida y las dificultades propias.

Meses después de mi Bautismo en el Espíritu Santo, en un círculo de oración, para mí inolvidable, escuché una profecía dirigida a mí personalmente, que me hizo saltar de alegría. Jesús me habló de mi vida pasada, de mi presente y aún de mi futuro, con tal lujo de detalles que me dejó estupefacto. Hasta me dijo que le fue muy grata la devoción a su Santo Rostro, que yo venía cultivando desde la época del seminario. La señora que hizo la profecía en canto y verso me vio por primera vez aquel día, y de mí no sabía absolutamente nada.

La profecía puede ser en lenguas; en ese caso se requiere la interpretación como ya se dijo. Pero la profecía también puede ser en la lengua materna. En la práctica, en nuestros círculos de oración, los mensajes son llamados profecías cuando les sigue la interpretación. De hecho lo son. Pero no echemos en olvido que las profecías no tienen que ser necesariamente en lenguas.

Finalidad de la profecía

El vulgo siempre entiende por profecía la previsión o noticia de hechos futuros. Naturalmente que el anuncio de hechos futuros entra en la noción de profecía, aunque no llena toda la significación de la palabra.

Profetizar, como hemos dicho, significa hablar en nombre de Dios, quien tiene mucho que comunicar a sus hijos, y no sólo hechos del futuro. Hablando en términos generales, las profecías que sabemos escuchar en nuestros círculos de oración, son palabras de aliento, de exhortación y de confirmación de su Paternal solicitud. Así lo entiende San Pablo: *"En cambio, el que comunica mensajes proféticos, lo hace para edificación de la comunidad, y la anima y consuela"* (1Cor 14, 3). No son imposiciones o mandatos, sino simples exhortaciones. Aunque tengan carácter, no deprimen ni humillan.

Si se refieren a acontecimientos futuros, esas profecías anuncian lo que sobrevendrá, pero no dictan normas de vida o de conducta para cuando sucedan esas cosas. El profeta Agabo, por ejemplo, predijo a San Pablo que sería encadenado en Jerusalén y atormentado, pero no le impidió proseguir el viaje. (Hechos 21, 10-11).

Autenticidad de la profecía

El apóstol nos exhorta: *"No apaguen el fuego del Espíritu. ²⁰No desprecien el don de profecía. ²¹Sométanlo todo a prueba y retengan lo bueno"* (1Tes 5, 19-21).

La verdad está limitando con el error y por lo tanto, al lado de una profecía auténtica puede hallarse otra falsa. ¿Qué criterios hay que tener en cuenta para juzgar el contenido de una profecía? He aquí algunos, brevemente:

1. Debe ser juzgado por la comunidad, a la que el Espíritu da el don de discernimiento.

"Igualmente, si hay profetas, que hablen dos o tres, y que los otros examinen lo que se haya dicho" (1Cor 14,29).

"Esta es la tercera vez que voy a visitarlos. Todo tendrá que decidirse por el testimonio de dos o tres testigos" (2Cor 13,1).

2. El contenido debe ser motivo de aliento, confortamiento, exhortación y esperanza. De allí que cualquier profecía que no consistiera más que en reproches, amenazas, anuncios de castigos; infundiendo miedo, desaliento, desorientación, depresión, etc., debe ser juzgada como falsa.
3. Debe tener como finalidad la gloria de Dios, debe brotar de la exuberancia del amor de Dios.

Por lo tanto, si es un don gratuito del Espíritu Santo, no puede tener otra finalidad que la glorificación de Cristo y la edificación de su Cuerpo Místico.

Por lo tanto, nuestra profecía, don del Espíritu Santo, se distingue clarísimamente de las predicciones de magos, astrólogos, adivinos, espiritistas, charlatanes, etc. Para esta gente la profecía no es un don del Espíritu Santo para la gloria de Dios, sino una manera de ganar dinero. Contra estos falsos profetas, Jesús pronunció muy severas palabras: *"Pero entonces les contestaré: 'Nunca los conocí; ¡aléjense de mí, malhechores!'"*. (Mt 7, 23).

Siempre abundaron los falsos profetas en este mundo, pero da la impresión de que nunca abundaron tanto como hoy. Es extraño que en tiempos tan materialistas como los nuestros los magos, adivinos, quiromantes, nigromantes y demás carretada de "mantes" estén tan de moda y en uso. Millones de contemporáneos nuestros, que no tienen un minuto para leer la Biblia, todas las mañanas deben leer indefectiblemente el horóscopo; aunque digan no creer en ello. Pero el hecho de que lo lean a diario, quiere decir que creen, y a la larga caen bajo su influencia.

¿Qué decir, pues de estos falsos profetas? Que cuando no son engaños, fraudes o tomaduras de pelo puede ser que las profecías se cumplan. En este caso se debe consultar a expertos, y discernir si todo eso no viene de un mal espíritu.

Por eso decimos que la verdadera profecía debe surgir del amor de Dios.

Así se explican las duras palabras de Cristo contra los falsos profetas, quienes se convierten, quizás inconscientemente, en instrumentos de Satanás; o sea "adoradores de la maldad", sembrando errores, falsedades y confusiones en las almas.

4. La certeza de que una profecía sobre el futuro sea real tan sólo se obtendrá luego de su verificación. Por lo tanto hay que tomarla con reservas y no como regla de vida; no analizar tanto cada palabra, sino captar el mensaje. Pero si el hecho futuro ha sido profetizado por muchas personas que no están relacionadas ni se conocen, que existen en tiempos y lugares distintos, la profecía se puede tomar como auténtica, aún antes de que se realice. Volviendo a mi profecía, de la que hablé antes, apenas dos años luego de haberme sido comunicada se me confirmó en varios sitios y por diversas personas. En cuanto a los hechos futuros debo manifestar, una parte de esos se realizaron en los más mínimos detalles. Esto da pie para concluir que el resto de la profecía será realizado.
5. El contenido del mensaje o profecía debe ser conforme a las enseñanzas de la Iglesia y la Biblia. En caso contrario, la falsedad sería evidente. El Espíritu Santo no puede contradecirse.
6. El último criterio para juzgar la autenticidad de una profecía es su propio contenido. El mensaje debe ser dirigido a fines sobrenaturales, esto es, al desarrollo de la vida de Cristo en nosotros, el aumento del amor fraternal, la edificación del Cuerpo Místico, etc. Por lo tanto, toda profecía compuesta de curiosidades y tonterías o vacuidades que tan sólo sirven para satisfacer la curiosidad o deseos morbosos es falsa por los cuatro costados.

Finalidad de la profecía

Esta ha sido definida por el apóstol San Pablo: *"En cambio, el que comunica mensajes proféticos, lo hace para edificación de la comunidad, y la anima y consuela" (1Cor 14, 3)*. "Habla a los hombres"; la profecía es para los demás. El profeta es tan solo instrumento, aunque valioso, para hacer llegar los demás la Palabra de Dios.

"Para edificación de la comunidad": la profecía es un medio poderoso para revitalizar las fuerzas espirituales, mediante las palabras oportunas y para cada caso en particular (1Cor 14,4). "La anima": la profecía no es una orden, sino una invitación. Pero siendo una invitación personal, íntima y confidente, no queda sino aceptarla con gran gozo. "La consuela": la profecía infunde valentía, confianza, enciende las esperanzas y devuelve alegría al corazón.

Hasta tiene un fin pedagógico: *"De esta manera todos, cada uno en su turno correspondiente, podrán comunicar mensajes proféticos, para que todos aprendan y se animen" (1Cor 14,31)*.

Además, la profecía prueba a los presentes que Dios está en medio de ellos:

"En cambio, si todos comunican mensajes proféticos, y entra un no creyente o una persona común y corriente, él mismo quedará convencido y se examinará al oír lo que todos están diciendo. ²⁵Así quedará al descubierto lo más profundo de su corazón, y adorará de rodillas a Dios, y reconocerá que Dios está verdaderamente entre ustedes" (1Cor 14, 24-25).

Puedo dar testimonio de escenas similares. Cierta día vi un sacerdote caer de rodillas mientras un protestante decía en profecía, entre otras cosas lo siguiente: "Administra mis sacramentos..." Aquel protestante no creía en tales sacramentos.

Los profetas

El profeta es el transmisor de los mensajes del Señor al pueblo. Este misterioso personaje, que vive en medio de la gente y que vive en constante contacto con Dios lo encontramos constantemente en la historia de la salvación. Cada vez que el pueblo de Dios se desanima, se siente humillado, abatido, desviado y obtuso, la voz de los profetas resuena potente y majestuosa, para devolver la confianza, la fortaleza, la fe; y recordar que el Señor es fiel a sus promesas.

Tema constante de sus oráculos es Cristo. Pues el Padre siempre habla a la humanidad acerca de su Hijo. Él no será un profeta, sino EL PROFETA.

Todos los profetas, ya sean del Antiguo como del Nuevo Testamento, girarán en torno a Él. Los de la Antigua Ley tienen la misión de presentarlo; los de los últimos tiempos de hacer oír la voz constantemente.

En el Antiguo Testamento el Padre es quien por medio de los profetas nos habla de Él; en el Nuevo Testamento, es el Hijo quien nos habla del Padre y en el nombre del Padre: *"En tiempos antiguos Dios habló a nuestros antepasados muchas veces y de muchas maneras por medio de los profetas. ²Ahora, en estos tiempos últimos, nos ha hablado por su Hijo, mediante el cual creó los mundos y al cual ha hecho heredero de todas las cosas"* (Heb 1, 1-2).

Siempre es el Espíritu Santo, quien inspira los mensajes; para esperar la salvación o gozarla.

Los antiguos profetas eran hombres excepcionales, dotados por Dios de autoridad especial y constante para iluminar y confortar al pueblo y también, cuando hace falta, guiarlo. En el Nuevo Testamento hay todavía profetas de vocación; o sea, personas elegidas para este especial ministerio, por un llamado del Señor.

Dice San Pablo al respecto: *"Dios ha querido que en la iglesia haya, en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros"* (1Cor 12,28).

Pero, junto con este "ministerio de profecía", está el "don de profecía", que es para todos los miembros del Cuerpo de Cristo; porque todo miembro participa de Cristo, como cabeza, y por lo tanto puede hablar en nombre Suyo. *"... los hijos e hijas de ustedes comunicarán mensajes proféticos, los jóvenes tendrán visiones, y los viejos tendrán sueños. ¹⁸También sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y comunicarán mensajes proféticos"* (Hechos 2, 17-18).

"Todos... podrán comunicar mensajes proféticos..." dice el Apóstol. (1Cor 14,31). Lo que fue una realidad años atrás, ¿por qué no puede serlo hoy?

Nosotros también, necesitamos muchísimo de aliento para fortalecer nuestra fe, y revitalizar nuestras energías espirituales. Hoy también, tantas comunidades agonizantes, necesitan un soplo de divina frescura. *"La Iglesia - son palabras de Pablo VI - necesita un constante Pentecostés; necesita fuego en el corazón, palabras en su boca, profecía en sus ojos"*².

² Pablo VI; discurso del 29 de noviembre de 1972; cfr. Encicliche e discorse de Paolo VI, Vol. XXIII; Gennaio a Dicembre 1972, Ed. Paoline, Abba, 1973, p. 529

3. CARISMAS DE ACCIÓN

Don de sanación o curación

"... pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán". (Mc 16,18).

"Vayan y díganle a Juan lo que han visto y oído. Cuéntenle que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos vuelven a la vida y a los pobres se les anuncia la buena noticia" (Lc 7,22).

"Pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán...". Es una categórica promesa de Jesús, que yo jamás había tomado en serio; muchos años fui párroco, miles de enfermos visité, pero jamás se me pasó por la mente el que pudiera curarlos con la imposición de mis manos. Mil veces leí esas palabras, pero ni remotamente imaginé que esa pudiera ser una realidad para mí.

Cuando entré en la Renovación Carismática me dijeron que en los grupos carismáticos y círculos de oración, se realizaban tales oraciones continuamente; pero no estaba muy convencido de ello. Sin embargo, comencé a ver con mis propios ojos y no pude negar la evidencia.

Animado por lo que veía hacer a otros, impuse las manos a una señora joven, L. G. enferma de leucemia; según los médicos tenía tan solo dos meses de vida. Me dijo, que mientras oraba por ella, sintió como un fuego en toda su persona, y como si un electroshock la sacudiera de pies a cabeza. Esa misma noche se sintió mejor; pocos días después, los médicos la declararon sana. Hoy sana y floreciente goza de la vida con su familia.

Hoy, tras años de distancia, he vivido muchos casos semejantes, que me prueban que Jesús mantiene sus promesas. Vale la pena, pues, que nos adentremos en el estudio de este don de la sanación o curación, para descubrir el misterio que haga sonreír y llenar de esperanzas a tantos enfermos para gloria de Dios.

Tratándose de un tema tan delicado y rodeado de misterio, conviene afirmar desde el comienzo que nuestros argumentos no son axiomáticos ni absolutos a medida que exponemos el tema. Afirmaremos nuestros conceptos en la Sagrada Escritura. Por lo tanto, tan sólo la Palabra de Dios irradiará luz sobre estos temas arduos y un tanto misteriosos. Hay mucho en aquel Libro que nos puede ayudar a realizar consoladores

descubrimientos que nos harán saltar de gozo. Examinemos las enfermedades y veamos sus orígenes.

Las enfermedades no vienen de Dios

Todos, buenos y malos, claman a Dios, cuando les duele algo. Los malos blasfeman e increpan a Dios, echándole la culpa de todo. Los buenos no maldicen, sino que aceptan resignados las enfermedades, como pruebas o dones de Dios.

Vayan algunas de las frases o plegarias que afloran en los labios de estos últimos:

- *El Señor me mandó esta enfermedad, hágase su voluntad.*
- *El Señor me quiso castigar con esta enfermedad.*
- *El Señor quiere que pague mis pecados con esta enfermedad.*
- *Acepto esta enfermedad para Gloria de Dios.*
- *El Señor manda enfermedades a los buenos.*
- *Las enfermedades son una señal de predilección de parte de Dios.*
- *Las enfermedades son bendiciones del Señor; etc.*

En resumen: Dios es la causa de toda enfermedad. Esto es un concepto erróneo, cuando no blasfemo. Son ideas entresacadas del estoicismo, del platonismo, del maniqueísmo, y que siguieron en el misticismo de la Edad Media; pero *no tienen fundamento bíblico*.

Las enfermedades son un mal y ningún mal puede venir de Dios. Veamos una familia cualquiera con un joven enfermo. Todos: padre, madre, hermanos, hermanas, andan llorosos y apenados... ¿sólo Dios estará contento?

Entremos en un hospital; médicos y enfermeros se agotan para aliviar los dolores de los pacientes y ¿sólo Dios se alegrará de tales sufrimientos?

Siendo nuestro cuerpo una obra de arte salida de sus manos, en el último día de la creación, ¿cómo podrá alegrarse el Señor al verlo destruirse?

Dios es un Padre que ama a sus hijos con amor infinito; ¿cómo puede un Padre tan bueno ser feliz mandando los hijos al hospital, o verlos consumirse en un lecho de dolor? *No hay un texto en la Biblia que pruebe que las enfermedades provengan de Dios.*

Todo lo contrario. En el Antiguo Testamento no se halla muy evolucionado el concepto de "Padre" respecto a Dios; pero sí predomina la idea del Dios de la Ley que premia y castiga. La observancia de la ley es premiada con promesas de vida

sana y larga; al mismo tiempo que las enfermedades son consideradas como efectos y castigos.

He aquí algunos ejemplos:

"Si ponen ustedes toda su atención en lo que yo, el Señor su Dios, les digo, y si hacen lo que a mí me agrada, obedeciendo mis mandamientos y cumpliendo mis leyes, no les enviaré ninguna de las plagas que envié sobre los egipcios, pues yo soy el Señor, el que los sana a ustedes". (Éxodo 15,26).

"Adora al Señor tu Dios, y él bendecirá tu pan y tu agua. ' Yo alejaré de ti la enfermedad..." (Éxodo 23,25).

De uno de los exploradores de la Tierra Prometida, Josué, dice la Biblia que a los 85 años se sentía fuerte y sano como a los 40, por haber cumplido bien la misión que le había sido confiada por Moisés, dando buenos informes al pueblo. (Josué 14, 10-11).

De Moisés leemos que cuando murió, tenía 120 años, no se le había disminuido la vista, ni el vigor había decaído (Deut 34,7).

Los Salmos abundan en promesas de vida longeva y feliz:

*"Él es quien perdona todas mis maldades,
quien sana todas mis enfermedades,
⁴quien libra mi vida del sepulcro,
quien me colma de amor y ternura,
⁵quien me satisface con todo lo mejor
y me rejuvenece como un águila" (Salmo 103(102), 3-5).*

Nada indica que las enfermedades sean bendiciones de Dios; todo lo contrario, a los siervos fieles se les promete vida larga y gozosa.

Hay quien afirma que Dios nunca se complació en el sacrificio de animales. Según un atento examen de algunos textos del Antiguo Testamento parecería que las matanzas de toros, ovejas y corderos no hubieran sido del agrado de Dios. Sería Moisés quien introdujo tales sacrificios, con la mentalidad pagana de los egipcios, en los ritos religiosos hebreos. Ver: Salmos 40,7; 50, 8-23; 1Sam. 15,22; Isaías 1,11; 66-3; Jeremías 6,20; 7,21; Oseas 6,6; 8,13; Mateo 9,13; 12,7; Hebreos 10, 5-6.

"El es Dios de la vida, y todo cuanto vive da gloria a Dios", y no lo que muere. El prefiere las alabanzas al sacrificio de animales degollados. En Isaías, se advierte el amor de Dios, como Padre: *"Pero ¿acaso una madre olvida o deja de amar a su propio hijo? Pues aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré"* (Is 49, 15). Jesús será más

claro aún: "¿Acaso alguno de ustedes sería capaz de darle a su hijo una piedra cuando le pide pan?¹⁰ ¿O de darle una culebra cuando le pide un pescado?¹¹ Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a quienes se las pidan!" (Mt 7, 9-11). Entre estas cosas buenas está la salud física. El Padre da tan sólo cosas buenas a los hijos, y las enfermedades no son cosas buenas.

Aún aquellos que llaman bendiciones a las enfermedades corren a médicos y farmacias, en busca de curaciones y medicinas. Obrando de esta manera ¿no lo hacen contra la voluntad del Señor, y no se quitan de encima una bendición de Dios? Es imposible concebir un padre que ama a sus hijos y no quiere hacerlos felices. Todo padre es feliz cuando sus hijos lo son. El Señor ansia darnos plena felicidad, completa y perfecta, mil veces superior a la que podamos soñar.

Las enfermedades vienen del pecado y de Satanás

Siendo como son un mal no pueden tener otra procedencia que la debilidad y limitación humanas y sobre todo nacidas del inventor de lo malo; Satanás. Los males son los efectos del pecado original. El hombre, por don gratuito de Dios, no debió conocer la enfermedad, el dolor, la muerte. Todo el mal fue consecuencia de la primera culpa, el hombre perdió la impassibilidad y quedó sujeto a todo lo que fuera malo para su salud, y al influjo de Satanás.

Jesús llamó al demonio "príncipe de este mundo" (Jn 12, 31; 14, 30), pues, luego del pecado original, efectivamente Satanás obtuvo cierto dominio sobre lo creado y lo usó para nuestro mal. Así pues, aún cuando digamos que las enfermedades acaecen por causas naturales, siempre su primer principio es el pecado y cierto influjo de Satanás.

Algunas enfermedades se originan en los pecados personales. No queremos decir que a cada pecado personal corresponde una enfermedad, o que la gravedad de la enfermedad sea según la gravedad del pecado. Pero, está fuera de duda que muchas enfermedades son producto del pecado. Por ejemplo, ¿Quién no conoce el efecto de las enfermedades venéreas, de la drogadicción, del cigarrillo y de los excesos en el comer y beber? Pero aún aquí, la causa remota es el demonio, en cuanto que estas aberraciones no son sino frutos venenosos y mortíferos del primer pecado. Jesús mismo en ciertas ocasiones relacionó pecado y enfermedad, dando a entender que esta última surgió en el enfermo del pecado propio. Jesús, antes que nada, le dijo al paralítico, que le pusieron delante de él, descolgándolo del techo: "Amigo, tus pecados quedan perdonados" (Lc 5,20). A otro paralítico que encontró cerca de la piscina de Betsaida, le hizo esta recomendación, luego de curarlo: "Mira, ahora que ya estás sano, no vuelvas a pecar, para que no te pase algo peor" (Jn 5,14).

San Pablo hace notar a los corintios que su comportamiento en las reuniones eucarísticas eran la causa de enfermedades y muertes en la comunidad: "Porque si

*come y bebe sin fijarse en que se trata del cuerpo del Señor, para su propio castigo come y bebe.*³⁰ *Por eso, muchos de ustedes están enfermos y débiles, y también algunos han muerto" (1Cor 11, 29 - 30).* Otras enfermedades son consecuencia del pecado ajeno. ¿Quién puede dudar de las enfermedades hereditarias? ¿Quién no está convencido de que ciertos vicios y desórdenes morales de los padres dañan a hijos y nietos? Pero, siguiendo más allá de las leyes de la herencia, que son inexorables, tengamos presente que todos formamos un cuerpo social y, por lo tanto, ya sea el bien o el mal influyen en todo el cuerpo, aunque estén radicados en un solo miembro. En fin, también hay enfermedades que provienen directamente de Satanás, es decir, cuando el demonio habita en una persona y eso provoca una determinada enfermedad.

Tenemos en el Evangelio ejemplos de sordos y mudos que son curados luego de ser expulsado Satanás del cuerpo de esas personas. *"Mientras los ciegos salían, algunas personas trajeron a Jesús un mudo que estaba endemoniado.*³³*En cuanto Jesús expulsó al demonio, el mudo comenzó a hablar" (Mt 9., 32-33).* *"Jesús estaba expulsando un demonio que había dejado mudo a un hombre; y cuando el demonio salió, el mudo comenzó a hablar" (Lc. 11,14).* Concluyamos, por lo tanto, que todos los males, aún los físicos, tienen directa o indirectamente un sólo origen: Satanás, quien por el primer pecado sujetó al hombre a su dominio. No es Dios, sino Satanás, quien se complace con el dolor humano, bajo todas sus formas.

Dios nos libera de las enfermedades

La promesa de un Salvador hecha luego de la primera caída es una promesa de liberación del pecado y sus consecuencias. A todas las tribulaciones que origina la primera culpa, Dios responde con la Encarnación. San Juan dice que *"... para esto ha venido el Hijo de Dios: para deshacer lo hecho por el diablo" (1Jn 3, 8).* Desde el momento en que esas obras de Satanás se muestran en el hombre, sea por la enfermedad física o por el pecado, es necesario concluir que el Padre mandó al Hijo a liberar a todo el hombre, y no sólo parte de él.

El Demonio tendrá una derrota completa, así como tuvo una victoria completa. Cristo vino a curarnos de toda enfermedad. El vino para hacer una nueva creación, dónde no habría sitio alguno para ninguna acción satánica. Vino a liberarnos de todas nuestras enfermedades, tomando sobre sí, todas nuestras debilidades y pecados, cargando con ellos.

Ya lo había profetizado Isaías:

*"Y sin embargo él estaba cargado con nuestros sufrimientos,
estaba soportando nuestros propios dolores.
Nosotros pensamos que Dios lo había herido,*

*que lo había castigado y humillado.
5Pero fue traspasado a causa de nuestra rebeldía,
fue atormentado a causa de nuestras maldades;
el castigo que sufrió nos trajo la paz,
por sus heridas alcanzamos la salud" (Is 53,4).*

San Mateo ve el cumplimiento de esta profecía: *"Al anochecer llevaron a Jesús muchas personas endemoniadas; y con una orden expulsó a los espíritus malos, y también sanó a todos los enfermos. 17Esto sucedió para que se cumpliera lo que anunció el profeta Isaías, cuando dijo: 'Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades' "* (Mt 8, 16-17). Concluye pues, que así como fuimos liberados del pecado porque *"... el Señor cargó sobre él la maldad de todos nosotros" (Is 53,6)*, así también nos libertó de los males físicos, por el hecho de que El cargó con nuestras enfermedades.

Si en nosotros no hay pecado, porque Jesús lo hizo suyo -más aún, El se "hizo pecado" por nosotros-, no hay porque tener en nosotros enfermedades, pues El las cargó sobre sus hombros.

Jesús es el Restaurador del nuevo orden, del hombre nuevo. En el primer Adán encontramos la muerte del cuerpo y del alma; con el nuevo Adán, se nos debía restituir toda la vida, la abundancia de la vida, la misma vida, sin pecados ni males, que nos eran propios antes de la caída. Cuando el Verbo se hizo carne liberó nuestro cuerpo del dominio de Satanás, restituyéndonos vida e inmortalidad.

Sería disminuir la victoria de Cristo sobre Satanás si la limitáramos a lo espiritual del hombre. Cristo vino para hacer un mundo nuevo. Una nueva humanidad salió del sepulcro el Domingo de Pascua:

"Y oí una fuerte voz que venía del trono, y que decía: "Aquí está el lugar donde Dios vive con los hombres. Vivirá con ellos, y ellos serán sus pueblos, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. 4Secará todas las lágrimas de ellos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor; porque todo lo que antes existía ha dejado de existir". 5El que estaba sentado en el trono dijo: "Yo hago nuevas todas las cosas" " (Apoc 21, 3-5).

Nosotros ya estamos viviendo esas cosas nuevas. No son cosas que sucederán, sino que suceden ya. San Pablo dice que la nueva creación se hizo realidad en nosotros cuando fuimos incorporados a Cristo: *"Por lo tanto, el que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; se convirtieron en algo nuevo" (2Cor 5, 17).*

Cuando el Espíritu devolvió la vida a Cristo en el sepulcro, la devolvió a todo el Cuerpo Místico. *"Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús vive en ustedes, el mismo que resucitó a Cristo dará nueva vida a sus cuerpos mortales por medio del Espíritu de Dios que vive en ustedes"* (Rom 8,11). En el texto griego la palabra "thneto" se refiere a lo que llamamos 'mortal' y literalmente significa: "sujetos a la muerte". Por lo tanto no se trata de cuerpos muertos que un día resucitarán, sino de cuerpos que, si bien ahora están sujetos a la muerte, reciben nueva vida, son revitalizados a cada momento por el Espíritu Santo.

Si formamos un solo cuerpo con Cristo, una sola es la vida que circula por ese Cuerpo. *"Si un miembro del cuerpo sufre, todos los demás sufren también; y si un miembro recibe atención especial, todos los demás comparten su alegría"* (1Cor 12,26).

Ya que Cristo fue glorificado, todos sus miembros son glorificados con Él. Los hebreos ignoraban la distinción que hacemos nosotros entre alma y cuerpo. El Libertador que esperamos es libertador completo, no dividido ni particularizante. Así en realidad se mostró Jesús desde los primeros días de su apostolado.

¿Cómo se comportó Cristo con los enfermos?

Curó a cuanto desgraciado le pusieron delante; en las calles, en las sinagogas, y aún curó a distancia cuando se lo pidieron.

"Quiero. ¡Queda limpio!" (Mc 1,41); *"A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa"* (Mc 2,11); *"Extiende la mano"* (Lc 6,10); *"Puedes irte; por tu fe has sido sanado"* (Mc 10,52); *"Ve a lavarte al estanque de Siloé"* (Jn 9,7); *"Vuelve a casa; tu hijo vive"* (Jn 4,50). La mitad de los Evangelios sinópticos traen testimonios de curaciones. Mil veces nos dijeron que los milagros tenían como finalidad probar la divinidad de Cristo y su mesianismo.

En parte es verdad. Pues las multitudes comentaban: *"Cuando venga el Mesías, ¿acaso hará más señales milagrosas que este hombre?"* (Jn 7,31). Pero no puede ser éste el único motivo. El médico no va de un lado al otro curando enfermos con el solo fin de hacer notar su capacidad.

Jesús no tuvo en cuenta esta dificultad. De hecho recomendó a los enfermos sanados no decir nada a nadie. Otras veces curó en sábado, haciendo aquello que según los fariseos no debió haber hecho jamás.

Para Jesús las curaciones no fueron un complemento o un relleno. El no los llamó "milagros", o sea hechos extraordinarios que debía realizar, sino tan sólo los llamó "obras de Dios"; es decir elementos necesarios para su misión salvífica. Hemos explicado que las curaciones que se leen en el Evangelio, tenían un significado simbólico, en el sentido de que, detrás de los males físicos, Jesús quería hacer notar las llagas espirituales.

Pero, sin excluir el significado alegórico, no podemos menos que hacer resaltar el hecho histórico. Se trató de curaciones que acontecen en la esfera de la vida física: ciegos que ven, cojos que caminan, leprosos que son limpiados. A los discípulos de Juan, que preguntan a Jesús si Él es el Mesías esperado, Jesús responde mostrando las curaciones corporales: "... *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos vuelven a la vida,...* (Lc 7, 20-22). Por lo tanto las pruebas más importantes para eliminar las dudas eran hechos que tenían ante los ojos

¿Cómo trató Jesús a los enfermos?

A ninguno le dijo: "Acepta la enfermedad como una bendición de Dios o como un signo de la bendición de tu Padre". Al contrario, curó a todo el mundo, considerando las enfermedades como desgracias que remediar o enemigos que combatir.

No hay evidencias en el Evangelio que muestren a Jesús intentando hacer que un enfermo acepte la voluntad de Dios. No dijo a ningún sufriente: "Acepta tu enfermedad para gloria de Dios". Al revés, para Él las curaciones eran una glorificación de Dios. Ante el caso del ciego de nacimiento, les responde a los apóstoles, que preguntan si el ciego pecó o sus padres: "*Ni por su propio pecado ni por el de sus padres; fue más bien para que en él se demuestre lo que Dios puede hacer. ⁴Mientras es de día, tenemos que hacer el trabajo del que me envió; pues viene la noche, cuando nadie puede trabajar*" (Jn 9, 3-4). Entonces, obra de Dios no es la ceguera del mendigo, sino su curación. Jesús, mientras "fue de día", obró lo que su Padre le pidiera, para darle gloria. Otro ejemplo lo tenemos en el paralítico de Cafarnaúm, quien se puso a glorificar a Dios, no sobre la colchoneta, cuando lo bajaban del techo, sino luego de ser curado. "*Al momento, el paralítico se levantó delante de todos, tomó la camilla en que estaba acostado y se fue a su casa alabando a Dios*" (Lc 5,25). Junto con él alababan a Dios los testigos del milagro: "*Todos se quedaron admirados y alabaron a Dios, y llenos de miedo dijeron: Hoy hemos visto cosas maravillosas*" (Lc 5,26).

Una última prueba la tenemos en el caso de la enfermedad y muerte de Lázaro. Cuando Cristo supo de la enfermedad de su amigo dijo: "*Esta enfermedad no va a terminar en muerte, sino que ha de servir para mostrar la gloria de Dios, y también la gloria del Hijo de Dios*" (Jn 11,4).

Por lo tanto la enfermedad no era la gloria de Dios, sino que vendría luego de la enfermedad.

De hecho le repite a Marta, la hermana del resucitado: "*¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios?*" (Jn 11,40). Marta no había visto la gloria de Dios durante la enfermedad del hermano, sino cuando lo vio salir vivo del sepulcro. En conclusión, no son las enfermedades, las que glorifican a Dios. En los Evangelios no se lee que Cristo lo haya enseñado. ¿Cómo se le hubiera ocurrido a Jesús que la alabanza más

perfecta para elevar al Señor debía estar compuesta de llantos y gemidos, de cuerpos cansados y consumidos?

Algunas objeciones

1.- *¿No dijo Jesús: quien quiera venir detrás de mi, tome su cruz y sígame? (Mc 8,34).*

Los sufrimientos que aquí se mencionan no son los que provienen de dolencias físicas; sino de las tribulaciones que padecerían los apóstoles por ser testigos de Cristo: persecuciones, incomprensiones, luchas, oposiciones, desilusiones, amarguras, contrariedades, el trabajo de todos los días, la entrega diaria a la voluntad de Dios. La suma de tales elementos forma la cruz de Cristo, del verdadero discípulo suyo.

Jesús nos invita a tomarla sobre las espaldas, le considera como algo ajeno a nosotros, que viene de fuera. Hay que cargar con ella diariamente (Lc 9,23) como algo que nunca debe faltar en nuestras relaciones con los demás (cosa que no puede decirse de las enfermedades físicas...).

Varias veces, exalta el valor del sufrimiento; pero en el sentido expresado anteriormente: *"Dichosos ustedes cuando la gente los insulte y los maltrate, y cuando por causa mía los ataquen con toda clase de mentiras" (Mt 5,11).*

Pero no hay que deducir que haya llamado feliz a algún enfermo, ni le tuvo por tal, pues se multiplicó curando enfermos.

2.- *¿Las enfermedades son útiles para expiar los pecados?*

Respondemos que la mejor manera de expiar es amar. Ni Jesús, ni los apóstoles pidieron expiaciones corporales a los arrepentidos de sus pecados. Les pidieron un cambio completo de mentalidad (metanóia).

A la pecadora Magdalena se le perdonaron muchos pecados porque había amado mucho: *"Por esto te digo que sus muchos pecados son perdonados, porque amó mucho; pero la persona a quien poco se le perdona, poco amor muestra" (Lc 7,47).* A Saulo, apenas convertido, Jesús le predice tribulaciones, luchas, persecuciones, incomprensiones, fatigas, peligros... por su nombre; pero no enfermedades físicas. San Pablo no pudo ser el hombre enfermizo, atacado sabe Dios de qué enfermedad que algunos le atribuyen. Un apóstol como él, que andaba de un lado para el otro, sin descanso ni pausa alguna, no podía estar hecho un estropajo por las enfermedades. Su famosa "espinas de la carne" no fue un mal físico, sino una constante y agobiante pelea de sus contrarios, judíos y paganos, con que se daba de mano a boca en cada lugar. Esa "espinas" le servía como remedio contra tentaciones de soberbia, por sus maravillosos carismas y revelaciones (2Cor 12, 5-7). En el mismo contexto se gloria expresamente de esas persecuciones y de las antiguas sufridas por la causa de Cristo (2Cor 12, 10).

3.- Si bien Dios no quiere las enfermedades, son una tremenda realidad en la vida cotidiana.

Pero también el pecado es una tremenda realidad, en la vida diaria, aunque Dios no lo quiera. Sin embargo lo tolera, como a todo mal que anda serpenteando por el mundo. Pero el hecho de que permita o tolere no significa que se alegre de que tales cosas nos sucedan.

Por lo tanto, si bien el Señor tolera en nosotros el pecado, no quiere que permanezca en nosotros, porque nos destruye la vida divina; así también soporta nuestras enfermedades físicas, pero no quiere que permanezcan en nosotros, porque nos destruyen la vida corporal; nuestro cuerpo es su obra maestra. Pecado y enfermedades, en la nueva creación, son dos males que no tienen derecho a existir, pues ambos tienen el mismo origen. Pecados y enfermedades, son aspectos del mismo mal, dos campos de victoria de Satanás y que Dios quiere eliminar.

Dios hizo cuanto pudo para destronar a Satanás; ahora nos toca a nosotros participar de la lucha y hacer nuestra esa victoria.

4.- Si bien las enfermedades no vienen de Dios, El se sirve de ellas para llamar, amonestar y castigar al pecador.

Claro está que un padre puede usar medios coercitivos, cuando sus palabras cariñosas no tienen efecto. Una enfermedad puede ser un aviso e interrumpir una vida desordenada. Puede ser una señal de alarma para quien no se preocupa del amor a Dios y sigue pecando como si tal cosa.

Pero el castigo no tiene finalidad en sí mismo, sino en la medida que sirve para la corrección. En nuestro caso, no olvidemos que el castigo viene de un padre cariñoso, que ama con locura a sus hijos, sean ingratos o culpables, y por eso padece más que los hijos castigados. Aunque el Padre se ve obligado a castigar a su hijo, no ve la hora de acabar ese castigo, en cuanto ve los frutos de esa penitencia. Cuando el pecador entra dentro de sí, ya no tiene objeto el castigo. La conversión es el comienzo de una nueva vida. Una vez que el hijo pródigo vuelve a casa, humillado y arrepentido, de nada valen los reproches; luego que el Padre lo ha vestido con ropas limpias y caras, ¿cómo lo va a seguir castigando? En resumen, las enfermedades pueden ser un correctivo pedagógico; pero una vez logrado el fin, no hay porqué seguir tales métodos.

5.- ¿Qué decir de tantas almas santas, que han sido probadas con largas y atroces dolencias, sea por divina disposición, o porque se ofrecieron como víctimas voluntarias en favor de otros?

Hay que reconocer que el dolor tanto moral como físico en ciertos momentos puede tener valor meritorio. Produce, por ejemplo, en el corazón, una profunda humildad ante el Señor, más desprendimiento de sí mismo y todo lo creado, pureza y delicadeza de amor. Jesús recomendó a sus apóstoles no sólo la oración sino el ayuno también, para obtener la liberación de ciertas obsesiones diabólicas: "Este

género [de demonios] con nada puede salir, sino con oración y ayuno" (Mc 9,29). "Ahora me alegro de lo que sufro por ustedes, porque de esta manera voy completando, en mi propio cuerpo, lo que falta de los sufrimientos de Cristo por la iglesia, que es su cuerpo" (Col 1,24).

Una cosa es decir que en ciertas situaciones existenciales y psicológicas, conocidas por la Sabiduría Divina, las tribulaciones pueden ser útiles y meritorias, y otra es afirmar que todas las enfermedades y aflicciones son un bien en sí mismas, a las que hay que buscar y de las que no hay que liberarse. Dios nos creó para vivir alegres, y dentro de las limitaciones de lo creado, nada nos impide hacer cuanto sea posible para llegar a la plena felicidad y bienestar, teniendo también en cuenta los límites de la caridad, del respeto a los otros y según los insondables designios de Dios. Jesús sigue curando aún. Lo mismo que en aquella época. *"Él estaba cargado con nuestros sufrimientos, estaba soportando nuestros propios dolores"*, dice Isaías. O sea todas las enfermedades y desgracias humanas. Así como expió todos los pecados, así también se puso sobre los hombros todas las enfermedades de la humanidad doliente.

Cuántas veces oímos decir "...en tiempos de Jesús..." como si se hablara de algo sepultado en la historia, de algo maravilloso, pero que hoy tan sólo se lee en los libros. Pero es que todos los tiempos son tiempos de Jesús. Él es el mismo con nosotros, así ahora, como entonces. *"... yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt 28,20)*. Él es siempre el mismo, ansioso como entonces de curar y sanar cuerpos y almas humanas heridas.

En el Antiguo Testamento se lo prefigura como médico de las almas. Cuando las mordeduras de las serpientes diezmaran al pueblo hebreo, Dios ordenó a Moisés levantar a la vista del pueblo una serpiente de bronce, cuya sola vista curaba. Ahora, si bastaba con mirar esta prefigura de Cristo para curar las mordeduras, con mayor razón Cristo en persona puede curar a cuantos se dirijan a Él. Entiéndase esto no sólo en lo espiritual, sino en lo corporal, pues las mordeduras eran físicas y como tales curadas. Los apóstoles entendieron que con la ascensión no acabaron las curaciones de Cristo, sino que Él se valdría de ellos para continuar esa maravilla hasta el fin del mundo.

Cuando los mandó por primera vez a predicar, les dio esos poderes carismáticos: *"Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien de su enfermedad a los leprosos y expulsen a los demonios" (Mt 10,8)*. Después de Pentecostés, conscientes de haber recibido los mismos poderes que el Maestro, los ejercitaron en todo momento.

"No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Hechos 3,6). Esto no es un caso raro, sino el comienzo de las curaciones en la Iglesia. Más aún, la misma sombra de Pedro curaba a los enfermos (Hechos 5,15). Así pasó con Felipe en Samaria: *"Muchas personas que tenían espíritus impuros eran sanadas, y los espíritus salían de ellas gritando; y*

también muchos paralíticos y tullidos eran sanados. ⁸Por esta causa hubo gran alegría en aquel pueblo" (Hechos 8, 7-8). Y no sólo los apóstoles, sino también los simples fieles obraban numerosas curaciones. San Pablo puso este don entre los corintios (1Cor 12,9). Cristo lo afirmó de todo creyente, momentos antes de subir al cielo: "Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre... pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán" (Mc 16, 17-18). Por lo tanto el don de curación es un precioso medio a disposición del Cuerpo Místico entero.

La Iglesia Católica ejerció siempre este carisma. Pero la desgracia fue que, al pasar el tiempo, tomó cuerpo la idea de que tales maravillas estaban reservadas para privilegiados y santos.

Pero Jesús no habló de "santos", sino de creyentes, que impondrían las manos sobre los enfermos. Hoy en el amanecer de nuevos tiempos para la Iglesia, gracias a Dios, este don de la curación se está haciendo más común, y todo hace creer que estamos en los comienzos. La Iglesia del futuro verá maravillas mayores que las escritas en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles.

¿Cómo cura Jesús nuestras enfermedades?

Hemos dicho que Jesús vino a curar todo género de enfermedades, físicas y psíquicas, del cuerpo y del alma. Las enfermedades del alma, las cura con los Sacramentos. Las del cuerpo por tres medios:

- 1) por médicos y medicinas.
- 2) directamente.
- 3) por los Sacramentos.

Jesús cura las enfermedades físicas y psíquicas:

1) Con los medios naturales que pone a disposición nuestra, por medio de médicos y medicinas.

¡Cuánta pena me da escuchar expresiones como éstas: "Cristo empieza donde acaba el médico", "cuando el médico de la tierra no puede hacer nada más, hay que recurrir al del cielo"! Se habla como si se tratara de dos profesiones lejanas y distintas; uno para casos ordinarios y otro para casos desesperados. Como si se tratara de médicos que operan en distintos sectores y no se conocen.

El médico es el mismo: Cristo Jesús, el gran Médico, el Único, el médico por excelencia, el Enviado del Padre al lecho de la humanidad doliente. Médicos y medicinas son medios en sus manos. *"Por medio de él, Dios hizo todas las cosas; nada de lo que existe fue hecho sin él" (Jn 1, 3), y todo con un fin definido. Cuando*

creaba cielos y tierra, minerales, hierbas y plantas, preparaba con infinita sabiduría los saludables remedios para nuestras enfermedades. Los remedios, si bien compuestos por los hombres, provienen de los medios naturales creados por Dios.

El es quien infunde la vocación de curar enfermos, ilumina a los médicos y los asiste para que puedan descubrir las virtudes curativas del reino mineral y del reino vegetal. El es quien usa las manos del médico para arrebatarse los cuerpos a la muerte. Por lo tanto, no hablemos de médicos, medicina "y Jesús", como sistema sucesivo de curación, sino tan sólo de Jesús, que cura por medio de remedios creados por Él mismo.

*"Respetar al médico por sus servicios,
pues también a él lo instituyó Dios.*

*²El médico recibe de Dios su ciencia,
y del rey recibe su sustento.*

*³Gracias a sus conocimientos, el médico goza de prestigio
y puede presentarse ante los nobles.*

*⁴Dios hace que la tierra produzca sustancias medicinales,
y el hombre inteligente no debe despreciarlas.*

*⁵Dios endulzó el agua con un tronco
para mostrar a todos su poder.*

*⁶Él dio la inteligencia a los hombres,
para que lo alaben por sus obras poderosas.*

*⁷Con esas sustancias, el médico calma los dolores
y el boticario prepara sus remedios.*

*⁸Así no desaparecen los seres creados por Dios,
ni falta a los hombres la salud.*

*⁹Hijo mío, cuando estés enfermo no seas impaciente;
pídele a Dios, y él te dará la salud.*

*¹⁰Huye del mal y de la injusticia,
y purifica tu corazón de todo pecado.*

*¹¹Ofrece a Dios sacrificios agradables
y ofrendas generosas de acuerdo con tus recursos.*

*¹²Pero llama también al médico;
no lo rechaces, pues también a él lo necesitas.*

¹³Hay momentos en que el éxito depende de él,

*¹⁴y él también se encomienda a Dios,
para poder acertar en el diagnóstico
y aplicar los remedios eficaces.*

*¹⁵Así que un hombre peca contra su Creador,
cuando se niega a que el médico lo trate" (Eclesiástico 38, 1-15)*

2) En segundo lugar, Jesús nos cura directamente, con su intervención personal, sin medios ni remedios.

Este segundo aspecto es el que queremos poner en evidencia, pues es lo que llamamos don de curación.

Esto es lo que queremos proclamar y gritar a todos los hermanos creyentes en Cristo: El está vivo en medio nuestro y anhela liberarnos de las condenas de pecados y enfermedades. Queremos gritar a todos los enfermos que tengan fe en Él, que recurran a Él en toda indisposición y no sólo en casos desesperados. Queremos decirles a tantos católicos, que padecen enfermedades durante meses y años; que Jesús está dispuesto a curarlos sea cual fuere el tipo y grado de su enfermedad.

Si Él curó a toda persona que se le acercó llena de fe, ¿por qué no puede hacer hoy lo mismo? Pero es la fe lo que le falta a los enfermos modernos; es que tienen fe ciega en el médico, a él corren antes que a nadie, al primer malestar, y en él depositan sus esperanzas. Se gastan millones de pesos y caminan miles de kilómetros para consultar a un especialista; está bien. Pero, ¿por qué no se piensa que cerca de la cama hay un especialista más eficaz y más rápido? Pero en este especialista se piensa cuando ya no hay remedio. Es tiempo ya que pongamos en actividad este precioso medio, que Dios pone en nuestras manos. Aprovechemos los "milagros" de la ciencia médica, sin olvidar los milagros que puede hacer la fe. *"Les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago; y hará otras todavía más grandes, porque yo voy a donde está el Padre" (Jn 14, 12).*

3) En tercer lugar, Jesús nos cura el cuerpo también con los Sacramentos.

Estamos acostumbrados a considerar los Sacramentos como canales de la gracia espiritual, por eso no nos es fácil persuadirnos que sean de provecho corporal. Pero es muy lógica la conclusión que se desprende de las Palabras de Cristo: *"pero yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Jn 10,10).*

Él nos trajo abundancia de vida, es decir plena y perfecta; esta debe valer para todo nuestro ser. Jesús no hace distinción, por lo tanto se refiere tanto a la vida física como a la espiritual. Esta vida total y completa nos viene por los Sacramentos. Estos, como siete ríos de agua viva, emanados de la fuente eterna, no se limitan a regar una parte del ser humano sino que inundan al hombre íntegramente, puesto que es un único e indivisible compuesto substancial.

No se puede imaginar un campo inundado con la mitad seca. Esta es una materia tan atrayente que merece un capítulo aparte. Nos limitaremos a breves notas, esperando que otras plumas escriban sobre tanto material inexplorado. Haremos un vuelo de pájaro sobre cada uno de los sacramentos, como quien mira la tapa de siete libros.

Bautismo

Con este sacramento recibimos la primera inundación de la vida, *"Al ser bautizados, ustedes fueron sepultados con Cristo, y fueron también resucitados con él, porque*

creyeron en el poder de Dios, que lo resucitó" (Col 2, 12). "¿No saben ustedes que, al quedar unidos a Cristo Jesús en el bautismo, quedamos unidos a su muerte? ⁴Pues por el bautismo fuimos sepultados con Cristo, y morimos para ser resucitados y vivir una vida nueva, así como Cristo fue resucitado por el glorioso poder del Padre" (Rom 6, 3-4).

Resucitados con Cristo a una vida nueva, somos con Él vencedores de todas las consecuencias del pecado: *"Sabemos que lo que antes éramos fue crucificado con Cristo, para que el poder de nuestra naturaleza pecadora quedara destruido y ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado" (Rom 6,6).*

Si somos libres de la esclavitud del pecado, en consecuencia lo estamos también de las secuelas del mismo; una de ellas es precisamente la enfermedad.

Por el bautismo, somos hijos de Dios, herederos de sus riquezas, desde que recibimos el título de hijos adoptivos. Entre las tales riquezas no puede faltar la salud física, para vivir una nueva dimensión de vida digna de un hijo de Dios. Por el bautismo entramos a formar parte del cuerpo de Cristo, o sea, del Cuerpo Místico, de ese Cuerpo ya resucitado y glorioso. Entonces nuestros cuerpos no pueden dejar de sentir los efectos de esa vida nueva. El bautismo nos identifica con Cristo; *"... y ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20).* Por lo tanto el viejo Adán y cuantas maldiciones cayeron sobre él, entre ellas, las enfermedades, en nosotros ya no deben existir.

Con el bautismo, nos convertimos en templos de Dios, tabernáculos de Dios. Las tres divinas personas, habitan en nosotros, particularmente el Espíritu Santo que viene a nosotros a realizar sus maravillas. La primera de ellas es la de resucitarnos con Cristo a una vida nueva; la segunda es la de vivificar cada día con inyecciones de vida nueva a nuestros cuerpos, sujetos a la muerte, y por lo tanto a las enfermedades que a ella conducen. Por lo tanto el bautismo, destruyendo en nosotros la ley del pecado y dándonos la plenitud de la vida divina, crea al hombre nuevo, el mismo salió de las manos de Dios, antes de conocer el pecado y sus consecuencias.

Confirmación

Con este sacramento recibimos una nueva y más perfecta infusión del Espíritu Santo, quien nos llena de sus dones maravillosos.

Tales dones tienen como finalidad combatir a Satanás, quien nos tienta para restaurar otra vez en nosotros el reino del pecado y por lo tanto de las enfermedades y la muerte. O sea por este acto recibimos al Espíritu Santo para vencer al demonio y restablecer nuestro dominio sobre la creación.

Eucaristía

Por este sacramento el Cuerpo de Cristo entra en contacto con el nuestro. Elías resucitó ni hijo de la viuda de Sarepta, extendiéndose tres veces sobre el cadáver del

niño (1 Reyes 17,17). Eliseo resucitó al hijo de la sunamita del mismo modo (2 Reyes 4,34).

Jesús curaba, tocando tan sólo con las manos. La hemorroísa se curó tocando tan sólo el borde del manto de Jesús. La sombra de Pedro curaba a los enfermos; los pañuelos y cinturones de San Pablo y las reliquias de algunos santos han operado iguales maravillas. Ahora ¿no puede acaso curar nuestras enfermedades el contacto de todo el Cuerpo de Cristo, verdadero, real y físico? Puede y quiere, pero es que estamos acostumbrados a considerar la Eucaristía sólo como el alimento del alma, y no como remedio para nuestro cuerpo.

Antes de comulgar repetimos la súplica del centurión para invocar la curación de su sirviente: *"Señor, yo no merezco que entres en mi casa; solamente da la orden, y mi criado quedará sano"* (Mc 8,8). Mil veces repetimos cada día estas palabras, pero sin atribuirles el mismo significado. Pedimos la salud espiritual, mientras que el militar pedía la salud de su sirviente enfermo. La traducción italiana que usamos en la misa: *"ed io saró salvato"*, refleja la interpretación espiritual. La traducción inglesa dice: *"and my servant shall be healed"* (y mi siervo será curado); esto aclara más el concepto de la curación. La traducción española de la Biblia de Jerusalén dice: "Y mi criado será sano". El misal traduce: "pero una palabra tuya bastará para sanarme".

Por lo tanto los enfermos de nuestros días, son más afortunados que aquellos de Galilea y la hemorroísa; pues tienen la suerte de ponerse en completo contacto con Cristo.

En los círculos de oración se dan casos de personas curadas por la Eucaristía. Narraré un caso de un tiempo atrás. Luego de explicar esta materia recomendé a los enfermos que pidieran la salud en el momento de la Comunión. Un hombre hacía tiempo que venía sufriendo por tremendos dolores en las rodillas, de modo que no podía andar más que unos breves minutos. Aquella noche vino radiante de alegría a decirme que fue curado en el momento de la comunión y que caminaba perfectamente bien todo el día. Debemos convencernos de que la Eucaristía produce efectos espirituales y físicos.

El mismo sacerdote cuando lleva la Eucaristía, no debe decir tan sólo que lleva el viático para la eternidad, sino al mejor médico especialista. La misma celebración Eucarística debía tener esta modalidad, los enfermos que rodean a su médico Divino, como sucedió un día en la casa de Pedro.

Reconciliación

Este es el Sacramento de las curaciones por excelencia. Por su medio Jesús sigue curando al hombre, a todo hombre, liberándolo del pecado y sus consecuencias. En este sacramento, El quiere repetir sus palabras: "Te son perdonados los pecados... toma tu camilla y vete a tu casa". Pecado y enfermedad a menudo están unidos como causa y efecto.

Por ejemplo, el odio cultivado largo tiempo, el rencor, el deseo de venganza, la envidia, los celos, la ira, etc., mientras son causas de grandes pecados, al mismo tiempo son venenos que a la larga producen la enfermedad. El sacramento de la reconciliación, quitando estos tóxicos del alma y dándole paz, calma, serenidad y alegría, ayuda a que el cuerpo se mantenga sano, fuerte y rozagante. Este sacramento además nos cura de males psíquicos, de traumas que vienen de la infancia y que luego trataremos. Es un tema apenas mencionado, pero que tiene mucho para ser estudiado y conocido.

Unción de los enfermos

Siempre consideramos este sacramento como la preparación para la muerte. Sin embargo es el sacramento de vida. El apóstol no habla de muerte. Simplemente dice: "*Si alguno está enfermo, que llame a los ancianos de la iglesia, para que oren por él y en el nombre del Señor lo unjan con aceite.*¹⁵*Y cuando oren con fe, el enfermo sanará, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados*" (Sant 5,13-15).

Por lo tanto, es un sacramento cuyo fin es la curación del alma y del cuerpo. El nuevo ritual romano ahora tiene en cuenta ambos objetivos en la administración del sacramento.

Orden sagrado

El sacerdote es el continuador de la obra de Cristo; por lo tanto tiene el poder de curar todo el hombre, igual que Cristo. Con la administración de los sacramentos el sacerdote transmite vida en abundancia, que crea y origina en el hombre el nuevo ser, o sea la criatura libre de toda esclavitud espiritual, moral y física. Él no es el médico de las almas, sino del hombre renacido a la vida nueva con Cristo; es el médico que tiene los mismos poderes que Cristo y los ejercita en un mundo nacido de una nueva creación.

Matrimonio

Los padres, siendo colaboradores de Dios en la creación de la vida, tienen el poder de conservar la vida de los hijos.

Cuando la salud de uno de los miembros de la familia está en peligro los padres reasumen los mismos deberes como colaboradores de Dios en la procreación; pidiendo y orando al Señor que se prolongue el milagro de la vida. ¿Quién más que los padres tienen el derecho de orar por la salud de los hijos? La gracia del sacramento incluye esta asistencia a los hijos.

En conclusión, los siete *canales de la gracia* son como ríos de salud física a nuestra disposición.

Cómo orar por curación

Hasta ahora hemos estudiado el don de la curación, mirándolo desde el lado del Donante; en esta segunda parte, que es práctica y muy importante, veamos qué parte le toca desempeñar al receptor. Dijimos que Dios quiere curar nuestras enfermedades, pero quiere que colaboremos con El.

Si bien el don de curación o sanación proviene del Espíritu Santo, no se debe creer que sea un botón automático que en cuanto se lo oprime comienza a vaciar hospitales. Ni para Jesús fue automático; no anduvo limpiando a todos los leprosos de Palestina. Se requieren ciertas condiciones y estas dependen de nosotros. Pero digamos antes que nada que estas normas ni son rígidas ni válidas para todo el mundo. El Espíritu Santo no se deja encerrar entre reglas y barreras ni rompe revoluciones. Jesús no usó siempre los mismos métodos para curar, pero es conveniente, a pesar de todo, conocer tales condiciones para estar dispuestos a recibir la curación.

Hay condiciones que el enfermo debe tener en cuenta, y otras que deben observar los que oran por él.

a) Condiciones de parte del enfermo

1. El enfermo debe, ante todo, querer

Esta afirmación no debe causar extrañeza. Pues hay enfermos que no creen que puedan sanar, es como si hubieran hecho las paces con la enfermedad. Están dispuestos a cargar con ella, como una desgracia inevitable, máxime cuando el médico les ha dicho que la enfermedad es incurable. Por eso el enfermo debe estar convencido de que Jesús lo quiere curar si lo pide, aunque se trate de la enfermedad más incurable.

Para aquél que es dueño de la vida no hay casos incurables. En todo caso, sea cual sea la enfermedad, sea cual sea el grado de la misma, se debe persuadir de que el Señor no lo quiere ver padeciendo y que la enfermedad no es un mal que provenga de Él.

2. El enfermo debe pedir a Cristo la salud

Dijimos anteriormente que Jesús, aún pudiendo, no curó a todos los enfermos de Palestina. Pero curó a todos los que se lo pidieron. Por lo tanto es necesario pedir. No es suficiente con decir: "*Total, El ya sabe que estoy enfermo... si quiere curarme...*" Ciertamente, El lo sabe, pero quiere que se lo pidamos. El quiere que hagamos lo que nos corresponde yendo a El suplicándole, como tantos enfermos del Evangelio que iban a buscarlo a la casa de Pedro; como aquellos que lo seguían, le gritaban sus dolores, que se abrían camino a través de la muchedumbre para tocar aunque fuera su ropa, o se hacían bajar ante Él de los techos. Muchos enfermos de nuestros días no se curan porque no quieren ir a El con humildad y mostrarle sus llagas, no creen que Él se interese realmente por ellos. Apenas sienten un dolor lo primero que se les

ocurre es el médico, las medicinas, el hospital, etc., pero ni un fugaz pensamiento hacia Jesús. A lo sumo recurren cuando todo lo humano está perdido. En Jesús debemos pensar cuando la salud declina, así sea cuando tomamos simples pastillas para el dolor de cabeza. A Él le debemos pedir la salud a través del médico y el farmacéutico (Eclesiástico 38, 1-15). Aquí surge la pregunta: ¿Se puede pedir la curación, prescindiendo de médicos y remedios? La respuesta es que usemos de los remedios normales y comunes que pone a nuestra disposición. En el caso que no los tuviéramos a mano, o que fueran inoperantes, podríamos entonces pedir su auxilio. En todo caso siempre debemos admitir que Cristo es quien sana, y por lo tanto hay que recurrir a El siempre, directa o indirectamente.

3. *El enfermo debe orar con fe*

Esta fe Jesús la pedía como requisito a los que suplicaban la salud. Cuando volvió a Nazaret, entre sus viejos paisanos no hizo mayores milagros, precisamente por su incredulidad. (Mt 13, 58). San Marcos explica más claramente: *"No pudo hacer allí ningún milagro, aparte de poner las manos sobre unos pocos enfermos y sanarlos. ⁶Y estaba asombrado porque aquella gente no creía en él"* (Mc 6, 5-6). Jesús deseaba hacerles milagros pero "no pudo", por no haber encontrado entre sus contemporáneos la necesaria disposición.

Al centurión, que le pedía la salud del sirviente, le dijo: *"Vete a tu casa, y que se haga tal como has creído"* (Mt 8, 13); a los ciegos: *"Que se haga conforme a la fe que ustedes tienen"* (Mt 9, 29). A la hemorroísa: *"Hija, por tu fe has sido sanada. Vete tranquila y curada ya de tu enfermedad"* (Mc 5, 34). Por lo tanto, hay que creer con fe.

Crear con fe significa creer con absoluta certeza, sin la menor duda; la curación es una aventura. La fe excluye incertidumbre, perplejidad, ansiedad, miedo. Debemos orar con la firme esperanza de que el Señor nos oirá. Esta esperanza se apoya en el hecho de que todas las enfermedades han sido curadas en el Calvario, al mismo tiempo que fuimos lavados con aquella sangre de nuestros pecados.

Abramos los ojos para no caer en equívocos. No es nuestra fe la que obra tales milagros, como si habiendo fe infaliblemente siguiera el milagro y que si no sucede así es porque no hubo suficiente fe. Esta virtud es una condición indispensable; debe ser la fe perfecta y si no es suficiente se debe pedir aumento de fe. Podemos gritar como el papá del endemoniado: *"Yo creo. ¡Ayúdame a creer más!"* (Mc 9, 24). Pero la fe no es la única condición. Puede haber circunstancias que sean obstáculo para la curación.

Dios en su Sabiduría y Bondad infinita es el Juez Supremo: siempre hay que someterse a sus divinos designios. ¿Cuando oramos por una curación debemos agregar: ... si es la voluntad de Dios..., o sea: Señor cúrame de esta enfermedad, o da la salud a este enfermo si es tu voluntad? ¡No! Jesús nunca anteponía esta condición cuando curaba, sabiendo como sabía cuál era la voluntad de Dios sobre

esos enfermos. Así habló ante la tumba de Lázaro: *"Padre, te doy gracias porque me has escuchado" (Juan 11,41).*

Dios lo había mandado con esa específica misión, era inútil, por lo tanto, preguntar a cada rato "si es tu voluntad". Quizás alguien objete: *"Pero si Jesús mismo dijo en el Huerto de los Olivos: Si es posible aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22,42).* Es que el caso es distinto. En la agonía de Getsemaní, Jesús intuye que esta dolorosa Pasión entra en los planes de Dios para salvar al mundo; buscando fortaleza en su diálogo con el Padre, se somete completamente a sus designios. En el caso de las curaciones, al contrario, nosotros pedimos lo que El nos puede conceder; sabemos, en líneas generales, cuáles son sus designios: *"yo soy el Señor, el que los sana a ustedes" (Éxodo 15,26)", quien sana todas mis enfermedades" (Salmo 103,3), "Yo alejaré de ti la enfermedad" (Éxodo 23, 25).* De ordinario, por lo tanto, no hay porqué poner condiciones al orar por enfermos.

4. El enfermo debe orar con calma y serenidad, y no con gemidos y lágrimas

Cuando un hijo pide algo al padre lo hace con sencillez, naturalidad y confianza, sabiendo que los bienes de su padre le pertenecen. No se arroja a los pies de su padre, llorando y suplicando, como un esclavo o un pordiosero. Todos pertenecemos a la misma familia de Dios, por eso corremos a El a exponerle nuestras dificultades con alegría y paz.

*¹Bendeciré al Señor con toda mi alma;
bendeciré con todo mi ser su santo nombre.*

*²Bendeciré al Señor con toda mi alma;
no olvidaré ninguno de sus beneficios.*

*³Él es quien perdona todas mis maldades,
quien sana todas mis enfermedades,*

*⁴quien libra mi vida del sepulcro,
quien me colma de amor y ternura,*

⁵quien me satisface con todo lo mejor

y me rejuvenece como un águila (Salmo 103,1-5).

Pedir con alegría y entusiasmo, cantando himnos de alabanza y acción de gracias, como si ya hubiéramos sido curados. Además cuando el enfermo ora, con fe y optimismo de alma, se forma en su imaginación su propia imagen, cómo quisiera ser; es decir, verse sano, libre y feliz, sin el mal que le aqueja, recibiendo contento la palabra de Cristo: "Quiero, queda sano".

Aunque el mal persista o se agrave, hay que seguir alabando al Señor y agradeciéndole la salud obtenida.

5. *Quitar obstáculos*

Es importante condición el quitar del medio lo que pueda obstaculizar la intervención divina. Por ejemplo: pecados graves no confesados, o de los que no se ha pedido perdón, dureza en dar o pedir perdón, odio, resentimientos, venganza, etc.

Serio impedimento es el tener poca o ninguna gana de cambiar de vida, una vez recibida la curación. San Pablo acata: "*el cuerpo no es para la prostitución sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo*" (1Cor 6, 13). Es que hay quienes desean la salud para volver a las andadas, o "volver al vómito", como dice la Palabra; buscan milagros de Dios pero no al Dios de los milagros.

Pues la curación no es finalidad en sí misma, sino que está supeditada a un fin superior, esto es, la conversión y liberación completa de todo el hombre del dominio de Satanás. Esto no se logra si el hombre sigue empeñado en seguir pecando. Este es uno de los más frecuentes motivos por el que muchos no se curan: Dios no les quiere dar salud que usarán contra El y para su perdición eterna. El pedir la salud debe ser precedida por un acto de sincera conversión.

b) Condiciones de parte de quien ora por los enfermos

El carisma de la curación es para los individuos y la comunidad, pero es más fácil encontrarlo en la comunidad. Por eso, cuando sea posible, es preferible que sean varios los que oren por el mismo enfermo.

Cuando alguien es invitado a orar por los enfermos, no debe salir con que no tiene el don; pues, como ya dijimos antes, este carisma se concede en el momento en que se necesita.

Rezar por un enfermo es tan necesario y obligatorio como visitarlo o asistirlo. Negarse a orar con la excusa de no tener el carisma es como si el médico se negara a curar a alguien por el temor de no poder hacerlo. Teniendo todo esto en cuenta, veamos como se ora por los enfermos.

1. Preparación por medio de la oración

Pedir al Señor que se sirva de nosotros, instrumentos para su gloria. Orar cierto tiempo oraciones de alabanzas y adoración, usando el don de lenguas.

2. Pedir el don del discernimiento

El médico diagnostica primero la enfermedad y luego aplica la curación. Antes de orar por el enfermo, debemos pedir discernimiento para que el Espíritu Santo nos diga la verdadera naturaleza de la enfermedad; causas, planes de Dios sobre esa persona, porqué cosas hay que orar.

Hace tiempo me pidieron que orara por una anciana que padecía de un tumor. Exhorté a los presentes a que oraran conmigo pidiendo por el tipo de enfermedad. Abrimos la Biblia, al azar y leímos: "*Padre, tú me los diste, y quiero que estén*

conmigo donde yo voy a estar, para que vean mi gloria, la gloria que me has dado" (Juan 17,24). Era evidente que había que orar por una curación más espiritual que física. Luego de unos minutos la enferma dejó de lamentarse y radiante de felicidad, comenzó a cantar alabanzas al Señor dejando estupefactos a médicos y enfermeras. Así continuó varios días hasta morir sin un lamento.

3. Preparar al enfermo

En cuanto sea posible hay que preparar al enfermo para despertar, fortalecer su fe, motivándole a hacer todos los actos de que hemos hablado. La enseñanza es muy importante, siendo el camino ordinario a la curación. Por la enseñanza el enfermo se abre a la gracia y al amor de Dios, acepta a Jesús como su Salvador y Señor; se arrepiente de sus culpas pasadas, se cura espiritualmente, con lo que logra una excelente condición para la curación física. Pero, ¿y si esto no es posible? Es decir, si el enfermo está inconsciente ¿no está dispuesto a corregirse?

Igualmente debemos orar; pidiendo la salud al Señor, no por la instrucción, sino como una manifestación de su potencia y su gloria, y de su amor paterno por sus hijos, tal cual son.

La fe ardiente del que reza, puede ser, a veces, suficiente para obtener el milagro. En el Evangelio leemos que Jesús premió la fe de la cananea, del centurión, de los piadosos amigos del paralítico que lo bajaron del techo.

Pero, siempre que sea posible conviene hacer que el enfermo se arrepienta de sus pecados, especialmente de los odios, rencores y resentimientos.

4. Imponer las manos al enfermo

No es un gesto indispensable, pero importante. Jesús mismo curó a mucha gente imponiendo las manos y aconsejó hacerlo: *"pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán" (Mc 16, 18).*

Algunos sienten interiormente un impulso de orar por tal o cual enfermo; otros, calor en las manos o algo parecido a una descarga eléctrica en el brazo, otros amor o compasión excepcionales por el enfermo. Estos son signos sensibles pero no indispensables; por lo tanto, aunque no existieran, se debe orar igualmente.

5. Orar con palabras simples y espontáneas

Cuando se imponen las manos sobre el enfermo, se dicen palabras simples y espontáneas, pidiendo al Señor que cumpla sus promesas. Se puede pedir al Padre, la salud por medio, de Jesucristo: *"el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre" (Juan 15,16).*

Se puede orar directamente a Jesús: *"Y todo lo que ustedes pidan en mi nombre, yo lo haré, para que por el Hijo se muestre la gloria del Padre" (Juan 14, 13).* Se debe orar en la certidumbre de lo que se pide se recibe, en este caso la salud; como si ya se la hubiera recibido: *"...todo lo que ustedes pidan en oración, crean que ya lo han*

conseguido, y lo recibirán" (Mc 11, 24); "Oren unos por otros para ser sanados" (Sant 5, 16).

No se debe olvidar de pedir en nombre de Jesucristo; pues su verdadero nombre es "JESÚS": Cristo es simplemente un apelativo. Formando como formamos una sola familia con Dios, los miembros de esa familia se llaman por los nombres y no por los apelativos. Sin embargo es mejor usar ambos a la vez: JESUCRISTO.

Cuando el que ora tiene una revelación particular sobre la certeza de la curación más que orar diga imperativamente: ¡Sé curado, en el nombre de Jesucristo! Así obró Pedro con el paralítico en la puerta del Templo: *"En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Hechos 3, 5).*

¿Se puede orar por un enfermo lejano? Naturalmente. Para Dios no hay distancias. En estos casos, se suele orar imponiendo las manos sobre la persona que ha pedido oración y que tiene parentesco o amistad con el enfermo ausente. Luego de haber orado en lengua vernácula, conviene hacerlo según el don de lenguas, que es la mejor manera de orar, pues son palabras dictadas por el Espíritu Santo.

6. Orar con serenidad

Es importante, al orar por la curación de un enfermo, hacerlo con calma y serenidad pero nunca con miedos, tensiones y ansias de ver el efecto. Si bien debemos orar con toda la fe, como dijimos antes, al mismo tiempo con gran desapego de ver resultados inmediatos.

Cumplida nuestra acción, dejamos todo en las manos de Dios. Es que la curación del enfermo le interesa más a Dios que a nosotros, y por lo tanto Él sabe cómo y cuándo sanará. Nuestra obligación acaba cuando le recordamos, como las hermanas de Lázaro: *"Señor, tu amigo querido está enfermo" (Juan 11, 3).*

Efectos de la oración por sanación

¿Qué sucede luego de orar por un enfermo? Pueden acontecer tres cosas: curación inmediata, curación dilatada, falta de curación.

1. Curación inmediata

En este caso, tan frecuente en los grupos carismáticos, lo que hay que hacer es glorificar al Señor, como lo hacían los beneficiados del Evangelio y la muchedumbre que era testigo.

2. Curaciones no inmediatas

Luego de haber orado por las curaciones, el enfermo no experimenta mejoría alguna. ¿Entonces la curación no se realizó? Al contrario, la curación se realizó, pero debemos mirar con fe los efectos.

Esto quiere decir:

- a) Que no debemos fijar la vista sobre los síntomas que aún persisten y atormentan al enfermo, sino sobre la Palabra de Dios que no puede fallar: *"Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8, 17). "Pondrán las manos sobre los enfermos, y estos sanarán" (Mc 16, 18).*

Cuando se desarraiga un árbol, muere pronto; pero las ramas y las hojas están vivas aún y luego de unos días comienzan a morir. De la misma manera a despecho de los síntomas aún presentes, nosotros queremos creer que la raíz del mal ha sido cortada.

- b) Esperar con fe; quiere decir que Jesús ha hecho el milagro, pero antes de hacérselo gozar quiere usar esa enfermedad para otros fines.

Por ejemplo, Él quiere purificar y curar nuestro espíritu, liberar el corazón de los afectos desordenados: en una palabra quiere curar todo el hombre, comenzando con la parte mejor: el alma.

Otras veces, con la enfermedad de un paciente quiere curar a toda su familia; sea llamándola a la verdad sobrenatural, sea encendiendo el amor entre ellos. No es raro el caso de familias divididas por el odio que se han unido al estar cerca del enfermo.

- c) Esperar con fe significa que el Señor quiere que esperemos perseverando en la oración. Dios puede decidir que para tal caso determinado tan sólo sea suficiente una constante oración. Con la parábola del amigo inoportuno, Jesús nos señala esto mismo: se consigue el fin importunando. Más aún, nuestra insistencia puede cambiar los designios de Dios: el hombre que estaba durmiendo con todos sus hijos, aunque no quiso levantarse, tuvo que cambiar de idea: *"Así que yo les digo: Pidan, y Dios les dará; busquen, y encontrarán; llamen a la puerta, y se les abrirá" (Lc 11,9).*

El insistir no significa que nosotros no somos escuchados, sino que aceptamos alegremente las condiciones que el Señor nos pone para ser oídos. Insistimos porque sabemos que a fuerza de llamar y llamar seremos escuchados, hasta el punto de cambiar los decretos de Dios, como hizo el rey Ezequías. Este, próximo a la muerte, luego de mucho orar y suplicar, consiguió del Señor otros 15 años de vida. (Is 38, 1-5).

A veces se nos pregunta si hace falta orar por personas cuya edad y enfermedad los han puesto al borde de la sepultura. Respondemos que hay que rezar de todos modos, pues no hay interdependencia entre enfermedad y muerte. En la nueva creación no hay dos vidas, una que acaba y otra que empieza, sino tan sólo una que empieza en el bautismo y se eterniza en Dios. No existe la muerte, sino el paso de la vida de la fe a la vida de gloria, y ese paso no tiene que ser necesariamente precedido por una enfermedad, sino puede darse en perfecta salud y cantando aleluyas.

3. Falta de curación

¿Qué decir cuando luego de repetidas plegarias e insistencias la curación no se da? La respuesta es que nosotros no podemos penetrar la mente de Dios y sus secretos. En algo tan misterioso debemos dejar las cosas en las manos de Dios, pues el misterio no se nos puede revelar. Por otra parte sabemos que sus promesas son infalibles, y si el efecto no se verifica más de una vez, la causa debemos buscarla en nosotros mismos.

Cuando hay un corte de luz, la causa no está en la electricidad sino en la planta o la red. ¿Cuáles serían las causas del fracaso? He aquí algunas:

- a) Faltarán algunas de las condiciones que expusimos anteriormente. Quizás faltó fe. Jesús dijo: *"Todo es posible para el que cree"* (Mc 9,23); faltando la fe, todo se vuelve imposible. Quizá haya en el corazón odios que intoxican hasta el organismo.
- b) Puede ser que se haya errado en el diagnóstico, es decir que oramos por una enfermedad que no era. Oramos por un mal físico, siendo así que era psíquico. Oramos por una curación, cuando lo que era necesario era una liberación, un exorcismo, de lo que hablaremos pronto.
- c) Puede ser que se haya elegido mal a las personas que debían orar. Parece raro, sin embargo está probado por hechos ciertos que hay personas que no son elegidas por Dios para orar por tal curación. Hay testimonios de enfermos que han mejorado apenas una nueva persona vino a orar, cosa que no había logrado un cristiano que llegó antes. Es que Dios nos quiere humildes y sumisos, y que no creamos ser indispensables en toda ocasión.
- d) Otro motivo puede ser el hecho de que la enfermedad sea de origen diabólico. Cuando nos encontramos ante ciertas enfermedades que escapan a cualquier diagnóstico o radiografías podemos sospechar que el origen del mal sea satánico. Hace un tiempo, hallándome en la isla de Saint Thomas (Islas Vírgenes), una señora pidió al círculo que oráramos por su curación. Adolecía de lumbago, ni caminaba ni descansaba bien. Ni médicos, ni medicinas, ni radiografías sirvieron para detectar algo. Pedimos al Espíritu Santo que nos revelara el origen de la enfermedad y la respuesta fue que era de origen satánico. Por lo tanto, en vez de orar [por sanación] hicimos un exorcismo, y luego de horribles convulsiones la mujer quedó libre; desaparecieron los dolores y pudo moverse y dormir sin dificultades. Más tarde confesó que anduvo enredada en prácticas espiritistas.

Esto no es ninguna novedad. Pues Cristo hizo lo mismo con los poseídos de su tiempo: *"Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno que salgas de este muchacho y que no vuelvas a entrar en él."* ²⁶*El espíritu gritó, e hizo que le diera otro ataque al muchacho. Luego salió de él, dejándolo como muerto, de modo que muchos decían que, en efecto, estaba muerto.* ²⁷*Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo*

levantó; y el muchacho se puso de pie" (Mc 9, 25-27). Por lo tanto se dan casos en que no hay que rezar por curación sino por liberación.

- e) Pueden darse otras causas ocultas que obstaculizan la obra de Dios y que escapan a nuestra capacidad. De una cosa debemos estar seguros: Cristo en la cruz cargó con nuestros males, como lo hizo con nuestras culpas (Mt 8, 17).

La sanación o curación es un don del Espíritu Santo que se nos ha concedido para eliminar toda reconquista de Satanás sobre nuestro cuerpo, como lo es el sacramento de la reconciliación para el alma. La experiencia demuestra, siempre con mayor peso de pruebas, que este carisma es real y de actualidad y que bien usado produce maravillas. Pero si algo falla en ese margen de misterio que Dios se ha reservado y no podemos cruzar debemos aceptarlo con toda humildad.

Hay otro motivo, que a mi juicio debemos tener ante los ojos, y es que en cuestión de carismas aún nos falta mucho por aprender. Soy un convencido de que Dios nos ha dicho y enseñado poco aún, pues somos alumnos distraídos; en un futuro próximo habrá más cosas para decirnos: *"Cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda verdad" (Juan 16,13).*

Curación de enfermedades psíquicas

Entre las heridas que el pecado hace al alma y las enfermedades del cuerpo están las heridas de la mente, que se presentan como más complejas y destructoras. No puede un ser humano creerse del todo sano si junto al cuerpo lleno de salud no hay un cerebro equilibrado. De nada serviría para gozar de una vida serena y feliz tener un excelente físico si se tienen bloqueos psicológicos. Por lo tanto, la liberación que Cristo nos trajo no sería completa si no abarcara las consecuencias psíquicas. Todos, quien más quien menos, necesitamos de este tipo de sanación; pues todos tenemos heridas interiores, muchas veces ocultas o imperceptibles, y que influyen negativamente en nuestro carácter y actividades. Estas heridas suelen llamarse traumas o malos recuerdos.

Algunos de estos malos recuerdos los tenemos presentes hasta en los detalles y cada vez que afloran en nuestro consciente nos hacen revivir, en toda su crudeza, horas de miedo, turbación, angustia, ira, odio, desaliento, etc., aunque hayan estado sepultados en el subconsciente durante muchos años. Otros tristes recuerdos están ocultos en el subconsciente olvidados e ignorados; pero vivos y reales, e influyendo en nuestro modo de ser sin que caigamos en cuenta. Vemos efectos cuyas causas ignoramos a menudo, remotas y misteriosas. Basta pasear la vista alrededor para percibir tales efectos. Hay personas buenas y hasta santas que están oprimidas por la tristeza o la angustia.

Cuántas veces se da el caso de personas tan abatidas y desilusionadas que llegan hasta la línea del suicidio. Hay quienes generalmente son pesimistas, fatalistas, negativos, tímidos, apocados, nerviosos, inquietos, inestables, inseguros, muy emotivos e insatisfechos. Los hay que sufren remordimientos de culpas antiguas, que no creen que Dios los ame, que temen castigos de Dios, que desconfían de su prójimo; por eso se mantienen alejados, con desprecio y altivez.

Estos efectos y muchos otros se nos presentan a diario en personas aparentemente normales, pero que en realidad son esclavos de tales desequilibrios. En el origen de tales fenómenos casi siempre descubrimos algún trauma, que años atrás o en época reciente han revolucionado nuestro mundo interior.

Teniendo todo esto en cuenta ¿es posible hallar remedio para tal mal? Unos toman sedantes, que si bien tranquilizan un tiempo, no quitan las causas. Otros pretenden ahogar las angustias con el alcohol o anularlas con las drogas, o placeres sensuales. Pero pasado el aturdimiento, la dificultad reaparece horriblemente. No bastan los paños tibios para curar una llaga. Hay quienes huyen de los lugares que les recuerdan cosas tristes: viajes, turismo, vacaciones... Pero las llagas interiores viajan con uno. La paz y la alegría espirituales ni se compran ni vienen de afuera.

Hay una clase de personas, temerosas de Dios o timoratas, que viven de ruegos y sacramentos. Entre esta gente las hay angustiadas, torturadas y acomplexadas, con remordimientos. Es difícil verlas en equilibrio y a veces, aunque se esfuerzan en mantenerlo, sin saber ni porqué ni cómo caen en depresiones y angustias. Se persuaden al fin que son cruces enviadas por el Señor, y que se deben aceptar para su gloria. Nosotros, los confesores y directores espirituales, a cuánta gente hemos arruinado para tenerla humilde, recordándoles "cosas que Dios olvido".

Repitamos por milésima vez, que *cuando sea malo no viene de Dios*. Hemos aprendido que la cruz de Jesús son las tribulaciones que vienen del exterior: persecuciones, incomprendimientos, oposiciones, etc. Él mismo declaró: *"Porque el yugo que les pongo y la carga que les doy a llevar son ligeros" (Mt 11, 30)*. San Pablo declara que explota de alegría en medio de sus tribulaciones. Se pueden soportar horas de prueba momentos de tristeza, pero no habitualmente.

"Les aseguro que ustedes llorarán y estarán tristes, mientras que la gente del mundo se alegrará. Sin embargo, aunque ustedes estén tristes, su tristeza se convertirá en alegría" (Juan 16, 20). Jesús no quiere que le sigamos oprimidos o triturados. Todo lo contrario, nos invita a recurrir a Él cuando estamos oprimidos y atormentados, *"y yo los haré descansar" (Mt 11,28)*. Ya que vino a traernos la salud completa de su misión no iba a quedar excluida nuestra psiquis.

Jesús nos quiere liberar de este tipo de sufrimientos, que se llaman: malas memorias o malos recuerdos.

Curación de los malos recuerdos

¿Cómo obtener de Jesús este tipo de curación?

Tenemos que hacer dos cosas: la primera es hacer un viaje hacia atrás; poner al desnudo toda nuestra vida anterior, aún aquellos momentos no muy claros, confusos y ensombrecidos. La segunda, pedir a Jesús que nos acompañe en este viaje al pasado, para llenar lo que falta, borrar el recuerdo doloroso, vivido, sufrido, o visto. Entremos en detalles:

1. Viajar hacia el pasado

Según los psicólogos hay que empezar con la vida prenatal. Tomemos a un hombre cualquiera y sigámoslo en las distintas fases de su vida.

a) En el seno materno

Quizás la mamá no quería a aquel niño y hasta no lo amó suficientemente. Durante el embarazo tal vez la madre padeció grandes miedos o angustias. De allí que el feto sufrió la falta de amor y se vio afectado con los problemas afectivos de la mamá.

b) Infancia

Quizás el bebé no se sintió muy querido por la mamá, quizás tuvo un papá muy rígido, frío, vicioso, malo, adúltero; vio a sus padres siempre tristes o preocupados, o pelear entre sí; tal vez el niño vio preferencias entre él y sus hermanos; puede que haya quedado huérfano muy pronto; quizás vio malos ejemplos o escándalos en su casa, etc. Por lo tanto la falta de amor le trajo terribles traumas que se enquistaron en su mente.

c) Adolescencia

En la escuela; el primer alejamiento del núcleo familiar; los primeros escándalos vividos o vistos, las primeras malas palabras, los primeros amigos o amoríos, las primeras humillaciones hasta en público, testigos injustos, malas notas o exámenes reprobados. Años y años llenos de rencores dejaron todo esto en su corazón.

d) Juventud

Problemas morales: primeras experiencias sexuales, un noviazgo fracasado, un ideal inalcanzado, un proyecto fallido. Además remordimientos por no obedecer a los padres o de haberlos maltratado; sobre todo cuando ya no tiene arreglo, pues los padres ya han muerto.

e) Matrimonio

Elección equivocada, falta de amor, de comprensión, de comunicación, traición, adulterio, pobreza, enfermedades, hijos malogrados, rebeldes, etc.

f) Vida social

Injusticias, falta de reconocimiento, traiciones, hasta de parte de los íntimos, reveses de fortunas, desastres económicos, soledad, frialdad, parcialidades, malos tratos, persecuciones de parte de los superiores.

En resumen, de estos breves ejemplos que podrían multiplicarse infinitamente deducimos que en este hombre que hemos analizado hay un enorme vacío de amor, especialmente en los primeros días de su vida, cuando más necesitaba del amor. Tiene sentimientos de odio y rencor por las injusticias sufridas, remordimientos del bien no realizado, turbaciones de los males presenciados o vividos.

2. Pedir a Jesús que viaje con nosotros hacia el pasado

Hecho el análisis de todo lo anterior, le pedimos al Señor que viaje junto a nosotros hacia lo vivido desde el mismo instante de la concepción, para que El llene con amor los vacíos, para eliminar los miedos, para inundar con su amistad nuestra soledad, con su alegría nuestras tristezas, con sus sonrisas nuestro llanto, nuestras desilusiones con su fortaleza. Al mismo tiempo le pedimos que borre de nuestra mente cualquier mal recuerdo de viejos pecados, de escándalos e injusticias padecidas. En una palabra le pedimos que elimine de nuestra mente todos los dolorosos recuerdos que nos turban y martirizan.

La experiencia enseña que Jesús oye con gusto tales oraciones, obrando curaciones prodigiosamente instantáneas. Hace tiempo, mientras estaba yo explicando estos conceptos a un grupo de personas, una muchacha llamada Carmen rompió a llorar intensamente. Era un largo, alegre y agradecido llanto, por haber sido curada de dolorosos recuerdos que desde años atrás venían envenenando su existencia. Hasta ese momento, se sostenía con sedantes y dos intentos de suicidios. Ahora dejó las pastillas y está repleta de paz.

Para Jesús no hay pasado ni futuro, todo es presente, por eso lo que para nosotros fue malo ayer para El es hoy, y siempre está dispuesto a borrarlo todo si se lo pedimos.

¿Hay que orar a solas o con otros? Se puede orar a solas y dialogar con Jesús. Hacerle una narración detallada del pasado y orar por cada paso importante; para que su amor penetre, empape tal hecho, lo sane o elimine con su poder sanador.

Pero muchas personas, afectadas con tales males psíquicos, no son capaces ni están preparadas para valerse por sí mismos. De allí la necesidad de que las ayudemos en todo o en gran parte. He aquí algunas indicaciones prácticas para obrar cuando esas personas nos piden ayuda.

No es conveniente orar en público, ante mucha gente, pues nadie puede ser obligado a mostrar en público sus intimidades. Hágase todo en privado, dos o tres personas a lo sumo. Una buena ocasión es el momento en que el mismo enfermo viene a contarnos sus padecimientos; por ejemplo, en el momento de la confesión

sacramental. En esos minutos el sacerdote tiene una oportunidad para hacer este tipo de curaciones. Pero los laicos pueden hacer lo mismo.

Cuántas veces hemos experimentado una gran paz al poder confiar a un amigo nuestras intimidades. *"Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros para ser sanados" (Santiago 5,16).*

Por lo tanto, sacerdotes o laicos deben proceder de la siguiente manera:

- 1) Preguntar al interesado, si quiere que se rece por él; no se debe esperar una respuesta afirmativa y entusiasta, por el hecho de que uno de los síntomas de la enfermedad es la desconfianza que el paciente demuestra hacia todo el mundo. Esa persona no cree que haya alguien que la cure, ni que a Dios le interese mucho que sane. Pedirle que tenga más fe sería inútil, quizás podría irritarla más aún. En este caso el que reza debe empeñar a fondo toda su fe.
- 2) Tratar al paciente con gran amabilidad y paciencia. No regatear el tiempo; sino emplear horas en conversar, quizás varias veces y durante varios días, si es posible. Eso de hablar mirando el reloj es contraproducente.
- 3) Preguntar al enfermo cuándo comenzó a sentirse triste, abatido, nervioso, etc. Cuándo comenzaron sus desventuras y por qué motivo. Se le debe ayudar a reconstruir todos los hechos con el mayor detalle de lugares, personas y demás circunstancias. Ya dijimos antes, hay gente a la que hay que hacer retroceder a sus primeros años y observar si no tuvieron amor materno.
- 4) Se debe inducir al enfermo a arrepentirse de los pecados de su vida pasada. Además, ayudarlo a que perdone a quienes le causaron tanto mal y del que quiere curarse. Que se lo invite a orar por aquellas personas y pedir al Señor que les perdone. Esto es vital, pues si no hay perdón no hay curación posible.
- 5) Una vez obtenido un panorama claro de la situación, y al mismo tiempo el perdón de todos los agravios, pedimos al Señor Jesús que recorra con nosotros el pasado de esa persona. En cada detalle nos detenemos y le suplicarnos que cicatrice esas llagas, esos recuerdos vividos. Le rogamos que con su amor llene el vacío afectivo de la persona. Si faltó amor materno, suplicarle a María Santísima; si faltó el amor paterno, rogar al Señor y Padre que cure esas heridas. Finalmente se exhorta al enfermo a que se libere de toda inhibición y a que glorifique al Señor con toda libertad de espíritu.

La experiencia enseña que las curaciones milagrosas suceden, que si bien no hay un blanco total en la memoria, los viejos recuerdos ya no duelen. Jesús mantiene su promesa: *"Vengan a mí todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas, y yo los haré descansar" (Mt 11, 28).*

Si la curación no se realiza, se puede dudar de la sinceridad del perdón, o también puede acontecer que el mal tenga raíces mas profundas o que su raíz sea de origen diabólico (de esto trataremos luego).

El don de milagros

"Nada les sería imposible" (Mt 17,20).

*"Les aseguro que el que cree en mí
hará también las obras que yo hago; y hará otras todavía más grandes, porque yo voy a
donde está el Padre" (Juan 14,12).*

El don de milagros está íntimamente conectado con el don de curación, del que ya hemos tratado. Este último tiene como objeto la salud del hombre, mientras que el primero incluye hechos superiores a la salud y aún a las leyes de la naturaleza. El don de milagros es también del Espíritu Santo. Cuando San Pablo hace la lista de los carismas lo incluye, aunque no lo considere el más grande sino como uno de tantos, muy común, entre los corintios. Pero ¿y qué decir de nuestros tiempos? Es difícil encontrar hoy alguien que crea en milagros. Quién más, quién menos, todos le tenemos terror a los milagros.

Se explica el miedo de los no creyentes, porque se trata de una prueba absoluta, de la existencia de lo sobrenatural; es una luz ennegrecedora, un suceso que revoluciona, una fuerza que obliga a caer de rodillas. Lo que no se explica es el miedo que tienen los creyentes, estos aún en el caso de admitir la posibilidad en lo teórico. Sin embargo, consideran el milagro como cosa excepcional, tan extraordinaria que es difícil ser visto hoy.

Se leen con agrado los milagros del Evangelio, se aceptan los milagros de los santos; pero cuando se habla de los que acontecen hoy, quizás cerca de la propia casa, en vez de adorar al Señor muchos católicos se muestran fastidiados o molestos, y buscan mil excusas para explicaciones naturales.

Hace 2 años más o menos, en Nassau, Bahamas, escuché una conferencia que dio un joven indonesio, de nombre Mel Tari, sobre la actualidad del milagro. Había leído ya su famoso libro "Like a mighty wind" (en castellano: "Como un viento impetuoso"); tiene un capítulo injurioso contra la Iglesia Católica, debido a la ignorancia de las personas de la secta de Tari, o a la mala traducción.

El habló con sencillez evangélica, narró los milagros sucedidos en la isla de Timos, mientras él y sus compañeros iban predicando el Evangelio de pueblo en pueblo. Narró con profusión de detalles, cómo habían atravesado ríos a pie seco, cómo multiplicaron los panes, transformaron el agua en vino, y hasta resucitaron un muerto de dos días. Cuando le pregunté sobre la causa de tales prodigios respondió: "Las promesas de Jesús. Es que ustedes los occidentales - me dijo - creen que la Biblia es la historia del poder de Dios; nosotros, desde hace seis años que la leemos, estamos seguros que es la potencia de Dios, actuando hoy". Por la noche hice comentarios a los oficiales del barco anclado en el Puerto de Nassau sobre la conferencia. Dijeron que todo era una mistificación, y apoyaron la opinión con un coro de carcajadas.

Claro está que hay que andar con cautela y no ir clamando y gritando milagros. Se justifica y se entiende por lo tanto la prudencia de la Iglesia en reconocer la autenticidad de los milagros. Pero no tiene explicación posible la incredulidad y cobardía de los cristianos.

Un joven me hizo esta pregunta ¿Por qué en los tiempos pasados, cuando la fe era más viva, sucedían tales milagros, mientras que hoy en un mundo sin fe, que necesitaría de tales milagros no se ven tales maravillas? La respuesta sería esta: Estamos del brazo con una religión más racionalista que sobrenatural, hoy hurgamos el Evangelio buscando temas sociales más que la omnipotencia de Dios, hoy creemos que el hombre es tan poderoso como Dios para hacer milagros. Por eso el don de milagros es tan raro. No es porque Dios haya cambiado su proceder, sino que el hombre se ha transformado de tal manera que todo lo sobrenatural le da fastidio y molestia.

Pero la necesidad de los milagros sigue en pie, hoy como ayer. Si a nivel natural aparece el milagro como algo extraordinario, en el plano de la salvación, que es de nivel sobrenatural, es un acontecimiento normal y esencial. Es que toda la historia de la Salvación está entretejida de milagros: la libertad del pueblo judío, el viaje por el desierto, la conquista de Palestina, son hechos acompañados constantemente de milagros.

La vida de Cristo está llena de milagros, desde el nacimiento hasta la resurrección. ¿Quién habría creído a aquel joven nazareno, si no hubiera probado su mesianismo con los milagros? Con el primer milagro de Caná de Galilea comenzó a manifestar su gloria, y ahora no basta con el recuerdo de sus milagros. Los hombres de hoy quieren también ver y tocar a aquél, que está vivo entre nosotros. "Demuéstranos que Cristo vive", parece gritar todo el mundo, cuando anda corriendo detrás de otros fantasmas, después de las frustraciones y los fracasos de ideales políticos y sociales.

La respuesta de este angustioso grito no puede ser tan sólo un libro. Hoy los hombres quieren ver, quieren cosas concretas y no abstracciones, no se conforman con las demostraciones filosóficas sobre la existencia de Dios; hoy quieren verlo. No quieren leer narraciones de milagros ocurridos tiempo atrás; quieren ver milagros hoy. Y si estos no se ven la culpa es nuestra, porque no tenemos la fe para pedirlos y hacerlos. Jesús nos lo promete solemne e inequívocamente, y sus promesas son infalibles:

"Les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago; y hará otras todavía más grandes, porque yo voy a donde está el Padre"
(Jn 14,12)

"Nada les sería imposible" (Mt 17, 20)

"¡Todo es posible para el que cree!" (Mc 9,23)

"Tengan fe en Dios. ²³Pues les aseguro que si alguien le dice a este cerro: '¡Quítate de ahí y arrójate al mar!', y no lo hace con dudas, sino creyendo que ha de suceder lo que dice, entonces sucederá. ²⁴Por eso les digo que todo lo que ustedes pidan en oración, crean que ya lo han conseguido, y lo recibirán" (Mc 11, 22-24).

Son promesas categóricas de Aquel que nos asegura: *"El cielo y la tierra dejarán de existir, pero mis palabras no dejarán de cumplirse" (Mt 24,35).*

Los Apóstoles tomaron al pie de la letra estas palabras de Jesús e hicieron los milagros como el Maestro, y mayores aún. Dicen los Hechos de los Apóstoles que la propia sombra de Pedro curaba los enfermos, cosa que en el Evangelio no se dice de Jesús. Aunque los primeros cristianos hicieron milagros, San Pablo dice a los Gálatas que había milagros entre ellos: "Dios les da su Espíritu y hace milagros entre ustedes" (Gál 3, 5).

Pero los cristianos de hoy tienen miedo de tomar en serio las promesas de Jesús, ellas suenan demasiado extrañas e irreales a su mentalidad, impregnada de racionalismo, de positivismo y de humanismo. Admiten fácilmente los "grandes milagros", como dice San Agustín, es decir: el orden de lo creado, las maravillas de la vida... pero son incapaces de admitir los "pequeños milagros"; o sea esos acontecimientos sensacionales, considerados como excepcionales o cosas inciertas de las leyes de la naturaleza, en lugar de ser consideradas como intervenciones divinas mediante leyes superiores; para nosotros desconocidas, pero previstas por Dios en el Gobierno del mundo. Dios no se da el gusto de manejar con frecuencia las leyes del orden natural, pero aplica otras que nosotros no conocemos.

En sus planes para cada uno de nosotros, Dios ha programado muchos milagros que Él quiere hacer si nosotros se lo permitimos. Él solo sabe cuántos nos ha hecho hasta ahora, cuántos nos está haciendo cada día, pero hay muchos más que están prontos; para hacérselos si nosotros se lo pedimos con fe. La Renovación Carismática quiere recordar a todos los que leen el Evangelio que las promesas de Jesús no son solamente palabras.

Queremos repetir que cada cristiano puede tener el don de hacer milagros y puede recibir con frecuencia milagros, que puede efectivamente mover las montañas no necesariamente de roca, pero si salvar los obstáculos y cambiar situaciones que para el razonamiento humano parecen imposibles. Cada bautizado participa de la propia potencia de Cristo, y por lo tanto puede hacer las mismas obras. Todos los creyentes pueden tener el Don de los Milagros, y no solamente algunos privilegiados. Puede tenerlo cada padre de familia, cada mamá, el lechero, el cartero, el vecino del banco de la Iglesia y con mayor razón, el sacerdote que está en el altar.

Y aunque este don puede ser para cada individuo, es especialmente para la comunidad. Hoy el Espíritu Santo prefiere dar este don a la Comunidad más que al taumaturgo; nosotros creemos que tal vez no esté lejano aquel día, en que cada

Iglesia parroquial se transformará en una fragua de milagros, y que la propia sombra del Papa, en la plaza de San Pedro, como aquella del primer Papa, curará a los enfermos. ¡Jesús manifestará así nuevamente su gloria y la humanidad volverá a creer en El!

El don de la fe

"...nuestra fe nos ha dado la victoria sobre el mundo" (1 Juan 5, 4).

"Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios" (Gál 2,20)

El tercer carisma de las obras es la fe ¡Nuestra fe! Un don nunca apreciado lo suficiente puesto por el Espíritu Santo a nuestra disposición para poder disponer según nos plazca de la propia omnipotencia de Dios.

Es nuestro potencial atómico, capaz de reducir y anular todas las furias del infierno. Pero pocos lo saben, y menos son todavía aquellos que aún sabiéndolo en la teoría, lo llevan a la práctica. Nunca como hoy en día, quizás debido a la gran duda del naturalismo, el escepticismo ha llegado a alcanzar niveles verdaderamente alarmantes. Nunca como hoy los hombres inmersos en el materialismo y orgullosos de la propia autosuficiencia han creído poder hacer a un lado el creer. Ellos creen solamente en sí mismos; en sus propias capacidades, en sus talentos, en su dinero; en sus planes. No creen más ni aún en los otros hombres. No tienen más confianza en sus gobernantes, en los líderes políticos y religiosos; en los dirigentes de sus propios partidos; no se fían de los parientes, de los amigos, de los vecinos de casa; de los compañeros de trabajo, mucho menos tienen fe en lo sobrenatural.

Sin embargo; queda un poco de fe, en el fondo del alma de nuestro pueblo, pero se trata de una fe tradicional, vaga, confusa, sugestiva, superficial; pero si vamos al fondo, si pedimos la aceptación incondicional de todos los artículos del Credo, nos damos cuenta que estamos en medio de ateos. Para muchos, ya sean cristianos o católicos, la fe no es inseparable de las Verdades reveladas; sino que es el comodín de las propias ideas; del propio modo de vivir. La fe es un don de Dios; es un rayo de luz que ilumina el alma desde las profundidades del cielo, pero debe hallar el terreno adecuado; en general no penetra en los corazones cerrados.

"Así pues, la fe nace al oír el mensaje, y el mensaje viene de la palabra de Cristo" (Rom 10,17). Pero hoy... ¡hay tan poca gana de escuchar nuestra predicación! Todos creen que ya saben bastante, sólo porque han leído algún libro o alguna revista donde a menudo los problemas teológicos son tratados con poca honestidad y absoluta incompetencia.

"Porque va a llegar el tiempo en que la gente no soportará la sana enseñanza; más bien, según sus propios caprichos, se buscarán un montón de maestros que solo les enseñen lo que ellos quieran oír" (2 Tim 4, 3-4). ¡Hay tanta crisis de fe hoy en el pueblo cristiano, y a veces hasta en los propios pastores de este pueblo! Todas las demás crisis, como por ejemplo las morales, tienen su origen en esta.

La Renovación Carismática quiere ser sobre todo la renovación de la fe: como virtud y como carisma.

La virtud de la fe

Es la adhesión a las verdades reveladas por Dios; no ya por lo creíble que encierran sino por la confianza que le tenemos a quien nos las hizo conocer. En los grupos carismáticos se vive de fe; después del bautismo del Espíritu Santo, los artículos del Credo se vuelven misteriosamente claros, magnificados y transparentes; dejan de ser ese muro de plomo contra el cual nos golpeamos la cabeza en vano para transformarse en un océano de luz, en el cual deseamos zambullirnos con una alegría exultante... es que Dios se vuelve cercano, vecino, íntimo, está presente. Hay quien dice que no cree en Dios porque no lo ha visto nunca; y hay quien no tiene necesidad de creer en El porque lo siente y lo ve por todas partes; este último caso es propio de las almas carismáticas.

Cristo es el único ideal de su vida, la alegría exaltada de cada aliento; el único objeto de sus incesantes alabanzas. Además, en estos tiempos de rebelión e insubordinado individualismo, los carismáticos declaran públicamente su fe en la Iglesia y su sumisión incondicional a sus legítimos representantes.

En fin, sin esfuerzos algunos, casi instintivamente, ven todos los acontecimientos grandes y pequeños, alegres o tristes a la luz de Dios y los juzgan con los ojos de la fe. Para cada circunstancia, alegre o penosa, tienen un sólo comentario, una sola exclamación: "Dios sea alabado". Pero no es todo; la virtud de la fe tiene otro aspecto, que debemos poner en claro: La fe no es solo la adhesión a las verdades reveladas, sino que también lo es a las promesas de Jesús. En otras palabras, fe significa entrega total a Dios y a su providencia. Debemos creer que Dios al crearnos preparó un plan para cada uno de nosotros; un plan que una vez cumplido a Dios lo llenará de gloria y a nosotros de felicidad plena. No somos nosotros los que tenemos que planificar nuestra vida; el plan ya está trazado y a nosotros nos toca descubrirlo. Eso no quiere decir que debemos vivir como títeres o marionetas: nuestra parte es tratar de descubrir este plan, aceptarlo y cooperar con todas nuestras fuerzas a su cumplimiento. El Señor no nos muestra desde el principio el plan, porque quiere que vivamos con fe; el niño que va a pasear con su papá en coche, no sabe donde va a ir; pero va tranquilo y feliz, porque sabe que su padre no lo llevará a un lugar malo.

"Pues el evangelio nos muestra de qué manera Dios nos hace justos: es por fe, de principio a fin. Así lo dicen las Escrituras: "El justo por la fe vivirá" (Romanos 1,17).

Por lo tanto el termómetro de nuestra santidad es la fe. ¿Pero cuántos cristianos viven realmente de fe? Para muchos su centro de gravedad no es Dios, sino su propio "Yo"; es el "Yo" el que marca las pautas y todo debe girar en torno a él. Todo, incluido Dios, tiene que servirnos de instrumento para exaltar nuestro "Yo".

La Renovación Carismática quiere recordar a todos aquellos que viven de cálculos, balances, entradas y salidas; de ansiedades y temores para el futuro, que hay un Padre en el cielo que si cuida los pájaros del aire y los lirios del campo cuánto más cuidará y se preocupará de las necesidades de sus hijos. El capítulo 6 de Mateo sobre la Providencia tiene que ser nuestra norma de vida. Cuando tengamos algún problema que nos atormente pongamos esta página bajo la almohada y durmamos tranquilos y serenos, cantando himnos de alabanzas a Aquel que nos ha garantizado: *"pongan toda su atención en el reino de los cielos y en hacer lo que es justo ante Dios, y recibirán también todas estas cosas" (Mt 6, 33).*

Nosotros sabemos que hay tres modos de resolver un problema espiritual o existencial. El primero se refiere a aquellos que no tienen fe; estos dicen: "Yo debo resolver este, mi problema", y se afanan, se fatigan, se exprimen el cerebro, acuden tal vez a esto o aquello; pero no a Dios ¿Con qué resultado? *"Si el Señor no construye la casa, de nada sirve que trabajen los constructores" (Salmo 127, 1).*

El segundo es de los que tienen un poco de fe. Estos piden al Señor un poco de ayuda; una ayuda marginal y parcial ya que el autor principal siempre es el "Yo". Piden la intervención de Dios, pero como un agente secundario, como un complemento, como alguien que viene a dar una mano, un pequeño empujón, mientras ellos confían plenamente en sus propias fuerzas. El es el que hace, el que opera, el que actúa, el que resuelve todo con la ayuda de Dios; pero él es el que lleva el éxito.

El tercer modo es el de aquellos que ponen todo en las manos del Señor, como un asunto suyo y no nuestro. No es que nosotros debemos permanecer pasivos o desinteresados; colaboramos con él, ponemos lo mejor de nosotros en hacerlo, pero nosotros pensamos y estamos convencidos de que Dios lo quiere; podemos arriesgar hasta lo imposible, porque *"para Dios no hay nada imposible" (Lc 1, 37).*

Expongamos con simplicidad y serenidad los problemas al Señor, como hijos con el padre, y luego permanezcamos en la confiada espera de su infaltable intervención; más aún, en el mismo momento en que le presentamos nuestra inquietud agradecámonosle ya el haber solucionado nuestro problema; démosle gracias anticipadamente con himnos de alabanzas, en la certeza de que *"mi Dios les dará a ustedes todo lo que les falte, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús" (Filip 4, 19).* Aún frente a los más arduos problemas debemos permanecer libres y serenos, repitiendo cada momento como el Apóstol: *"yo sé en quién he puesto mi confianza" (2Tim 1, 12).*

Nosotros creemos hasta lo increíble, aún cuando las circunstancias se pongan en contra de este acto de fe, sin preguntarnos cómo, por qué caminos y con qué medios

el Señor nos vendrá al encuentro; sabiendo que sus caminos son diferentes de los nuestros, misteriosos e imprevisibles.

Nosotros no ponemos nuestros ojos en los problemas sino en El, como Moisés que partió de Egipto, sin tener miedo del enojo del rey, pues siguió firme en su propósito como si viera al Dios invisible (Heb 11, 27); si la gloria de Dios lo requiere, hasta las montañas se hundirán en el mar a nuestras ordenes.

El carisma de la fe

La virtud de la fe, común a todos los cristianos, difiere del don de la fe, mencionado por Pablo: "Unos reciben fe por medio del mismo Espíritu" (1Cor 12, 9). Es un don sobrenatural del Espíritu Santo que se da en circunstancias particulares para cumplir con las obras de Dios. Es la afirmación sin ninguna duda de parte de Dios para actuar como El quiere en una determinada circunstancia.

Frente a una determinada situación cierta persona se reviste con una capacidad sobrenatural para poder ver claramente a Dios, que revelará su potencia y su bondad con un signo extraordinario. En otras palabras, el hombre de fe advierte en sí mismo y con absoluta certeza que el Señor, por medio suyo, está por obrar un milagro.

Esta revelación interna lo guía a actuar con resolución aún en contra de las circunstancias adversas que hay en torno suyo; es como si él viera ya realizado lo que está por suceder. El no cree simplemente que Dios puede hacer un determinado prodigio, sino que lo hará ciertamente; más aún, que ya lo hizo. Así lo vivió el profeta Elías cuando hizo descender el fuego sobre el monte Carmelo. Así también lo hizo San Pedro, sin titubeos, cuando le ordenó al cojo de la puerta del Templo que se levantara y se fuera en el nombre de Jesús de Nazaret (Hechos 3, 6); cuando resucitó el cuerpo de Tabita diciéndole simplemente "Levántate" (Hechos 9, 40). De la misma manera actuó San Pablo cuando se arrojó sobre el joven Eutico y abrazándolo dijo a los hermanos: "No se asusten, está vivo" (Hechos 20, 10). Por lo tanto el don de la fe es un carisma conectado con los otros; nos prepara para usar los otros; en particular el don de la curación y el don de los milagros. Como los otros dones del Espíritu Santo, es gratuito, nada nos impide pedirlo, cuando la gloria de Dios y el bien del Cuerpo Místico así lo reclamen.

4. LOS CARISMAS DEL CONOCIMIENTO

El don del discernimiento

"Dios nos libró del poder de las tinieblas" (Col 1,13)

"... así el Dios de paz aplastará pronto a Satanás bajo los pies de ustedes" (Rom 16, 20)

La experiencia carismática, haciéndonos tomar más conciencia de las realidades sobrenaturales, automáticamente nos revela una innegable realidad: la existencia de Satanás y su influjo maléfico sobre los hombres y sobre las vicisitudes humanas. Y no podría ser de otro modo; más aún, cuanto más nos sumergimos en la luz de Dios más claramente vemos las obras tenebrosas de su antagonista directo; cuanto más nos revestimos con los dones del Espíritu Santo más nos damos cuenta de lo tremendamente reales que son las fuerzas del poder de las tinieblas.

Los santos fueron criaturas más atacadas por el demonio, por el hecho de estar tan cerca de Dios.

Dios y Satanás son dos realidades que se descubren juntas, a medida que más nos internamos en las sendas del Espíritu.

La herejía de hoy

Sin embargo hoy hay muchos que no creen en el diablo: no creen en él; porque tampoco creen más en Dios. En su alma no hay lugar para el temor a Satanás, porque tampoco hay lugar para la fe en Dios. No creen en Satanás muchos católicos practicantes y, digámoslo también, muchos sacerdotes tampoco creen.

Tengo aquí ante mi vista el artículo de un teólogo, publicado en un diario americano "Miami News" (20-jul-1974), que dice entre otras cosas: "El cristianismo debe eliminar de sus enseñanzas toda idea relativa al demonio como una realidad personal"; y sigue "...más nos adentramos en la historia moderna la fe en el demonio como persona resulta embarazosa para un verdadero cristianismo" y concluye "Debemos desterrar del cristianismo todo vestigio de creencia en el demonio; por lo menos como verdaderas entidades personales".

También hay muchos otros que si bien creen en la existencia del demonio en teoría, en la vida práctica no advierten la acción perjudicial y dañina que el espíritu del mal ejercita en el mundo y los individuos; Todo esto es justamente lo que Satanás quiere: *ser ignorado*.

Pero estos católicos y teólogos del ateísmo ¿no se dan cuenta que se oponen abiertamente a las enseñanzas de la Iglesia? El Papa Paulo VI, reafirmando las enseñanzas de la doctrina católica sobre la existencia del demonio, en un discurso largamente comentado y discutido, exhorta a todos a "revisar este capítulo muy importante, relativo al demonio y a su influjo sobre las personas, las comunidades, sociedades íntegras y su futuro".

¿Cómo se hace para comprender que si negamos la existencia de Satanás negamos también la concepción cristiana de la salvación, de la redención, del infierno, del pecado original, y tantos pasajes de los sagrados libros?

"El demonio", dice el Papa en el citado discurso, "está en el origen de la primera desgracia de la humanidad, el fue el tentador solapado y fatal del primer pecado, el pecado original. Desde la caída de Adán, el demonio conquistó un dominio real sobre el hombre, el cual solo puede liberarse con la redención de Jesús. Es el enemigo número uno. Es el tentador por excelencia. Por lo tanto sabemos que este ser oscuro y perturbador existe verdaderamente y que con traicionera astucia actúa todavía, es el enemigo oculto que siembra errores y desventuras en la historia humana. *"El diablo ha sido un asesino desde el principio. No se mantiene en la verdad... porque es mentiroso y es el padre de la mentira"*, así lo define Cristo (*Juan 8, 44-45*); es el que confunde insidiosamente el equilibrio moral del hombre; es el pérfido y astuto encantador que sabe como insinuarse por los sentidos, la fantasía, la concupiscencia, el razonamiento utópico, o de desordenados contactos sociales en el juego de nuestro operar, para introducirnos en desviaciones, tanto nocivas en la apariencia como en las estructuras físicas o psíquicas y más aún en nuestras instintivas y profundas aspiraciones"³.

Cristo y Satanás

La historia de la humanidad es la historia de una caída y de una salvación: dos eventos opuestos pero interdependientes que tienen dos protagonistas que se confrontan: Cristo y Satanás. No se comprende la relación de uno si no se admite la ruina sembrada por el otro.

El apóstol Juan escribió: *"... el mundo entero está bajo el poder del maligno" (1 Juan 5, 19); "Precisamente para esto ha venido el Hijo de Dios: para deshacer lo hecho*

³ S. S. Paulo VI. "Una realidad terrible: la acción diabólica en el mundo". Catequesis del 15 de noviembre de 1972.

por el diablo" (1 Juan 3, 8). Dos afirmaciones que reclaman dos realidades y ponen sobre el tapete a los dos protagonistas. La primera aparición de Jesús en la vida pública fue un encontronazo frontal con Satanás. El demonio quiere a toda costa arruinar el plan de la salvación proponiendo a Jesús un mesianismo de farsa y exhibicionista: *"Después el diablo lo llevó a la ciudad de Jerusalén, lo subió a la parte más alta del templo y le dijo: —Si de veras eres Hijo de Dios, tírate abajo desde aquí;¹⁰ porque la Escritura dice: 'Dios mandará que sus ángeles te cuiden y te protejan'" (Lc 4, 9-10).* Durante su predicación Jesús no habla de enemigos, pero sí del enemigo por excelencia, el único para temer, el que puede arruinar el cuerpo y el alma.

Uno de los objetivos de su misión es la de salvar a los endemoniados: *"Al anocheecer llevaron a Jesús muchas personas endemoniadas; y con una orden expulsó a los espíritus malos, y también sanó a todos los enfermos" (Mt 8, 16).* Los mismos demonios lo proclamaron Hijo de Dios, y su enemigo. *"¿Por qué te metes con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo te conozco, y sé que eres el Santo de Dios" (Mc 1, 24).* Otras veces le dicen que son una legión: *"Jesús le preguntó: — ¿Cómo te llamas? Él contestó: —Me llamo Legión, porque somos muchos" (Mc 5, 9).* Jesús nos advierte no hacernos ilusiones con la docilidad de los demonios: *"Entonces va y reúne otros siete espíritus peores que él, y todos juntos se meten a vivir en aquel hombre, que al final queda peor que al principio" (Lc 11, 26).*

Nos recuerda que Satanás no se ahorra ninguno. A Pedro, un poco presuntuoso, Jesús le dice: *"Simón, Simón, mira que Satanás los ha pedido a ustedes para sacudirlos como si fueran trigo;³² pero yo he rogado por ti" (Lc 22, 31-32).* Sin embargo Satanás no pudo entrar en el corazón de Pedro, pero logró hacerlo en el de Judas: *"Y tan pronto como Judas recibió el pan, Satanás entró en su corazón" (Juan 13, 27).*

En los últimos días, cuando algunos griegos pedían hablar con Él, Jesús ve detrás de aquellos rostros paganos el dominio de Satanás en todo el mundo; ese mundo que Él había venido a liberar y del que ya anuncia su derrumbe: *"Este es el momento en que el mundo va a ser juzgado, y ahora será expulsado el que manda en este mundo" (Juan 12, 31).* Ante la inminente pasión y muerte, Jesús no encuentra enemigos, esos que lo habrían de condenar a muerte de cruz, sino que menciona a su eterno adversario, el único enemigo: *"Ya no hablaré mucho con ustedes, porque viene el que manda en este mundo. Aunque no tiene ningún poder sobre mí,³¹ así tiene que ser, para que el mundo sepa que yo amo al Padre y que hago lo que él me ha mandado" (Juan 14, 30).*

En el Huerto de los Olivos, detrás de los rostros de los inconscientes soldados que lo arrestaban, Jesús ve las hordas infernales, finalmente libres para poder desencadenarse en contra de Él: *"esta es la hora de ustedes, la hora del poder de las tinieblas" (Lc 22, 53).* Tal vez eran doce las legiones de demonios, porque Jesús dice a Pedro: *"¿No sabes que yo podría rogarle a mi Padre, y él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles?" (Mt 26, 53).*

Finalmente, mientras Jesús estaba muriendo en la cruz, Satanás arremete con una última tentativa de arruinar y hacer fallar el plan de la salvación. Como había hecho en el desierto, también aquí en su última hora vuelve a proponerle un mesianismo clamoroso y fanático. Antes le había insinuado que se arrojara del techo del templo, y ahora por boca de sus emisarios le grita: *"¡Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!"* (Mt 27, 40).

San Pablo dice que

*"Dios anuló el documento de deuda que había contra nosotros y que nos obligaba; lo eliminó **clavándolo en la cruz**.¹⁵ Dios despojó de su poder a los seres espirituales que tienen potencia y autoridad, y **por medio de Cristo los humilló públicamente llevándolos como prisioneros en su desfile victorioso**"* (Col 2, 14-15).

Por lo tanto Jesús interpreta toda su misión en términos victoriosos sobre Satanás; y su triunfo sobre la muerte, sobre las enfermedades y sobre el pecado es en síntesis la victoria sobre el autor de todas estas desventuras.

Satanás está todavía vivo

Podemos considerar la historia de la humanidad como un cruel conflicto entre Dios y su eterno enemigo: Satanás. Una batalla tremenda que se desarrolla en tres etapas:

En el primer tiempo: se combatió en el Paraíso y Satanás fue el vencedor (Génesis 3).

En el segundo tiempo: se desarrolló en el calvario y Satanás fue derrotado.

En el tercer tiempo: la batalla está todavía inconclusa; dura e implacable entre Satanás y el Cuerpo Místico de Cristo. Es seguro que esta tercera batalla también concluirá con la infaltable victoria de Jesús: *"Y el diablo, que los había engañado, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también habían sido arrojados el monstruo y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche por todos los siglos"* (Apoc. 20,10).

Satanás sabe esto; pero no se resigna a la derrota: entonces busca por todos los medios inferir en el adversario las más graves pérdidas posibles y nunca tanto como hoy; pues parece haber volcado en la multitud sus últimas reservas con el furor rabioso de la desesperación.

Él no puede hacer nada contra Jesús, pero puede hacer tanto mal todavía a los cristianos. Jesús dijo: *"el que manda en este mundo... no tiene ningún poder sobre mí"* (Jn 14, 30); al mismo tiempo se preocupó por nuestra suerte y pidió al Padre librarnos de las insidias de Satanás: *"No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del mal"* (Juan 17, 15). Un pedido de ayuda que hizo Jesús al Padre para

los cristianos de todos los tiempos y también para nosotros, que según parece, nos toca vivir en estos días en que el furor de Satanás ha superado cualquier medida.

Parece que hoy Satanás ha lanzado su última ofensiva en todos los frentes:

En el frente de la fe, es decir dentro de la Iglesia; va sembrando errores y dudas en las verdades reveladas, suscitando rebeliones contra la autoridad, divisiones y discordias entre el clero.

En el frente de la moral, como una carrera desenfadada hacia los placeres de la carne; abortos, divorcios, amor "libre", falsa liberación femenina, anticonceptivos, pornografía, erotismo, droga, prostitución liberada, etc.

En el frente de la vida social y política; insinuándose con la habilidad que le es propia; como [si fuera] un ángel de luz en conflictos de sacrosantas reivindicaciones, sembrando el odio para exasperar las luchas; provocando divisiones y persuadiendo a los hombres de que adoren al pan, en lugar de adorar al Dios del pan. En una oportunidad Jesús le respondió: "no sólo de pan vive el hombre", pero hoy muchos cristianos no piensan de la misma manera.

"Podemos suponer su siniestra acción" — ha dicho Pablo VI — *"allí donde la negación de Dios se hace radical, sutil y absurda, donde la mentira se afirma hipócrita y potente contra la verdad evidente, donde el amor está consumido por un egoísmo frío y cruel, donde el nombre de Cristo es impugnado con odio consciente y rebelde, donde el espíritu del Evangelio es mistificado y desmentido, donde la desesperación se afirma como última palabra"*. San Pedro escribía a los primeros cristianos: *"Sean prudentes y manténganse despiertos, porque su enemigo el diablo, como un león rugiente, anda buscando a quien devorar."*⁹ *Resístanle, firmes en la fe, sabiendo que en todas partes del mundo los hermanos de ustedes están sufriendo las mismas cosas"* (1 Pedro 5, 8-9). Esta no es una imagen poética ni el "coco" de los niños, es una seria advertencia para nuestra fanfarronería.

"Como un león rugiente..." Los hombres tienen todavía temor a los leones rugientes; pero muchos cristianos no temen a Satanás; ellos creen que dejó de ser malo para volverse un angelito bueno y pacífico, encerrado en la jaula del infierno, sin intención de hacer mal a nadie. Pero el Apóstol nos recomienda estar alertas, señal de que todavía puede atacarnos. Es necesario ser ciegos para no ver en él y en su acción maléfica la causa última de los disturbios, de las inquietudes, del odio, de la agitación, de la violencia y en general del creciente y difundido malestar que se extiende y aflige a todos los pueblos de la tierra. Hoy este león rugiente salió del infierno y anda por toda la tierra con una fanfarronería que no tiene precedente en la historia.

Nunca como hoy los hombres se sienten atraídos hacia Satanás por la magia, el espiritismo, la astrología, la adivinación, etc. Solamente en los Estados Unidos de

América, hay 40 millones de personas que practican el ocultismo⁴, dos tercios de los periódicos americanos publican cada día el horóscopo. Los espiritistas en Estados Unidos son más de seis millones. Pero todavía hay algo peor: en América y en Europa hay miles y miles de personas que adoran a Satanás; a él se dedican templos y en su honor se celebran las famosas "misas negras". El templo satánico de San Francisco en California tiene más de 10.000 miembros, y más de 300.000 biblias satánicas son públicamente vendadas.

Por lo tanto, ya sería hora de que al menos nosotros los cristianos tomemos conciencia de esta tremenda realidad, abramos los ojos de la fe sobre la principal y profunda causa que está en la raíz de las actuales inquietudes y los pavorosos conflictos que se producen ante nuestros ojos. No pretendamos volver a las exageraciones de la Edad Media, pero sí redescubramos las enseñanzas de Cristo y los apóstoles sobre una realidad que nos toca tan de cerca. El apóstol San Pablo nos advierte con una preciosa revelación que no deberíamos olvidar nunca. Sobre todo deberíamos meditarla los padres y superiores, gobernantes, políticos y religiosos, sociólogos, pedagogos, psiquiatras, psicoanalistas y todos aquellos que redujeron la religión a un problema social o simplemente a un poco de humanismo; él nos prepara:

"Porque no estamos luchando contra poderes humanos, sino contra malignas fuerzas espirituales del cielo, las cuales tienen mando, autoridad y dominio sobre el mundo de tinieblas que nos rodea. ¹³Por eso, tomen toda la armadura que Dios les ha dado, para que puedan resistir en el día malo y, después de haberse preparado bien, mantenerse firmes" (Efesios 6, 12-13).

Es verdad que San Pablo como los demás autores sagrados usan expresiones y figuras tomadas de la demonología judía de su tiempo; por eso todavía no es fácil reducir su enseñanza a una simple figura. Sus afirmaciones al respecto son demasiado seguras para que se atribuyan simplemente a su opinión puramente personal.

Sin embargo estamos inmersos en una lucha que se desarrolla a nivel ultraterrestre y con enemigos que no son de carne y hueso; sino que son invisibles. Siempre y en cualquier circunstancia; aún cuando sean problemas relativos a nuestro quehacer cotidiano. Contra semejantes enemigos son necesarias armas adecuadas que ninguna lógica humana puede forjar; hacen falta las armaduras de Dios, las mismas que usó Jesús para enfrentarse contra el poder de las tinieblas. "... en mi nombre expulsarán

⁴ Las cifras de población citadas en este párrafo corresponden a finales de los años 70. Hoy en día, iniciando el siglo XXI, este fenómeno del ocultismo se encuentra aún más extendido, a través de diversas prácticas relacionadas con el *New Age*, o Nueva Era.

demonios" (Mc 16, 17). Pero para echarlos fuera es necesario individualizarlos y descubrirlos, ya que son muy hábiles para ocultarse y mimetizarse. Por eso es que el Espíritu Santo ayuda con un don muy particular, llamado "discernimiento de espíritus".

El discernimiento de espíritus

Este también es un don muy importante para la edificación del Cuerpo Místico de Cristo. San Pablo lo incluye en la enumeración de los otros carismas: *"A unos, Dios les da la capacidad de distinguir entre los espíritus falsos y el Espíritu verdadero" (1 Cor 12, 10).*

Discernimiento, que viene del griego "diacrisis", significa distinguir entre cosas diversas y contrarias. No debe confundirse con el juicio común a todos los hombres, para emitir ideas sobre las personas o hechos con base en nuestra cultura o experiencia. No es ni siquiera el juicio o la opinión que formulamos sobre la bondad o maldad de las personas, sobre su vida moral o religiosa, sobre los discursos que escuchamos o los libros que leemos; vistos ya sea a luz de la fe o al grado de perfección al cual se ha llegado.

No es una conclusión dictada por nuestra competencia o nuestra invitación psicológica. Es un don sobrenatural y gratuito, dado por el Espíritu Santo en especiales circunstancias, que nos capacita para saber si en una determinada persona o lugar está Dios o los espíritus infernales.

Es el don que nos abre los ojos al mundo invisible, donde actúan buenos y malos espíritus. Es una luz sobrenatural que nos muestra la causa última de ciertos fenómenos misteriosos humanamente inexplicables.

Por lo tanto, no es un juicio o una sospecha temeraria que emitimos sobre las personas. La propia definición: "discernimiento de los espíritus" nos indica claramente qué debemos hacer con los espíritus, no con los hombres y sus conductas. No pronunciamos juicios acerca de las manifestaciones externas, sino que descubrimos las causas de dichas manifestaciones. No juzgamos a los hombres sino que vemos a aquél donde está Dios, y al que pretende tenerlo.

El guardián de los otros dones

Al don del discernimiento podemos considerarlo como el guardián de los otros dones, Por lo tanto, está siempre listo a salvaguardar los legítimos dones del Espíritu Santo de las posibles adulteraciones y cambios que puede hacer el demonio.

Además, sabemos que Satanás es muy hábil para imitar los dones del Espíritu Santo y con fina astucia presentarlos como auténticos. El sabe presentarse como un verdadero ángel de luz aún ante los propios santos.

Es por eso entonces que el Espíritu Santo viene en nuestra ayuda para hacernos ver dónde está la verdad y el error, al leer un libro o al escuchar un discurso; dónde está el grano y la cizaña de una comunidad, dónde están las ovejas y quién es el lobo vestido de oveja, quiénes son los verdaderos y los falsos apóstoles; dónde está la verdadera paz y la gloria del Espíritu y dónde la alegría artificial y la incomodidad nerviosa y opresora de Satanás. Todos hemos experimentado paz y alegría inefables al estar en contacto con almas llenas de Dios. Su lenguaje, si bien simple y primario, va derecho al corazón y perturba, despierta y entusiasma.

¿Cómo no recordar aquí nuestros encuentros de oración? ¿Quién no siente allí la presencia viva del Espíritu Santo, en aquellas oraciones simples y espontáneas, en esos cantos alegres, en esos rostros serenos y sonrientes?

Sin embargo, cuando nos encontramos con personas que no viven en armonía con el Espíritu Santo, percibimos una sensación de opresión y desagrado. Esto sucede también cuando escuchamos predicaciones y no las sentimos, aunque sean perfectas y ricas en argumentos persuasivos. Basta una sola persona que no está en paz con Dios para crear un clima pesado y opresivo en una asamblea. Ahora, cuando esto se verifica en un círculo de oración, vemos por experiencia cómo el don del discernimiento está allí, pronto para señalar la causa, la presencia anormal de aquello que perturba el desenvolvimiento de la reunión.

Algunas veces, ciertas personas, a través de este don individualizan la persona o los agentes que causan tal desagrado o turbación. ¿Quién no ha leído alguna vez, sobre santos como Felipe Neri y Juan Bosco, por ejemplo, que cuando estaban en contacto con personas que vivían en el vicio percibían un hedor insoportable?

Cuando más cerca se está de Dios, más se vive la vida del Espíritu Santo y más pronto se detecta la acción perversa de los espíritus malignos.

Sin embargo, no debemos pensar que el don del discernimiento es parcial y unilateral, que se extiende en una sola dirección: la de señalar la presencia del enemigo, casi como un espía secreto. Este don sirve también para hacernos descubrir los verdaderos dones, esos que están como perlas escondidas; o sea que el don del discernimiento nos ayuda a ver los auténticos dones del Espíritu Santo y los falsos de Satanás.

Es el guardián de los verdaderos carismas, tiene sobre todo la función de señalarnos el verdadero y el falso don de lenguas, las verdaderas y las falsas profecías; las verdaderas curaciones hechas por Jesús y las falsas curaciones de Satanás; las enfermedades cuyo origen es natural de aquellas que provienen del poder diabólico.

Precisamente de estas últimas hablaremos un poco; siendo la parte más interesante de todo el capítulo referido al discernimiento de los espíritus.

Síntomas de la posible presencia diabólica

Ya hemos dicho que todas las enfermedades son consecuencia del pecado original, por lo tanto indirectamente vienen del demonio. No obstante existen algunas, ya sea de carácter físico o psíquico, que son provocadas por la presencia real de uno o varios demonios, en el cuerpo o en la psiquis del enfermo.

La experiencia carismática de estos últimos años nos está demostrando cómo algunos fenómenos morbosos que en su apariencia parecen efectos de malos hábitos, de vicios, de concupiscencias de la carne, del sistema nervioso desequilibrado, del hiperdesarrollo de las facultades sensitivas e intelectuales, etc., tengan un origen real de carácter diabólico. Demos un vistazo fugaz sobre algunos de estos misteriosos síntomas, cuyo discernimiento es fruto del Espíritu Santo, pero también requiere toda la colaboración de las ciencias humanas.

a) Fenómenos morbosos de carácter físico

Locuacidad anormal, extraño tono de voz, risa histérica, hablar excéntrico con aburridas e interminables repeticiones, lenguaje tonto y ligero, inquietudes, angustias continuas, ausencia de algunos reflejos e hiperdesarrollo de otros, convulsiones, violencias, crisis nerviosas, rostros siempre serios y temerosos, complejos de inferioridad, ojos extraviados y fijos, manía de agredir, lenguaje vulgar y procaz, llanto frecuente y excesivo, glotonería exagerada, hambre insaciable, deseo incontrolable de alcohol, pasión exorbitante por el juego y el tabaco, además de ciertas enfermedades incurables...

b) Disturbios mentales y emotivos

Abatimiento continuo, angustia permanente, melancolía y tristeza habituales, resignación al infortunio, fatalismo, negativismo; aburrimiento continuo, tedio, apatía, incapacidad para concentrarse, extrema volubilidad, actos de violencia, odio, rabia, cólera, intentos de suicidio; aversión a todo sin motivo, o hacia determinadas personas, celos, envidia, malignidad, angustioso estado de temor; excesiva aprehensión, consternación, pánico, histerismo, tensión nerviosa, insomnio, dificultad e incapacidad para tomar una decisión; inseguridad, complejo de inferioridad, necesidad de ser guiado por otro, excesivo desprecio por uno mismo, extrema hipersensibilidad, impaciencia, irritabilidad, carácter extremadamente polémico, provocativo, siempre a la defensiva, crítico feroz del trabajo de los demás, autocompasión, manía de hacerse siempre la víctima para suscitar la atención de los demás y así huir al terror de sentirse descuidado, frecuentes pensamientos de autodestrucción, excesivo temor a equivocarse, manía de persecución, ideas fijas e inamovibles, egocentrismo, carácter introvertido, encerrado en el propio mundo lleno de fantasías e incapaz de enfrentar la realidad, esquizofrenia, epilepsia, locuras, fobias, etc.

c) Aberraciones de carácter moral

Pensamientos sucios continuados, imágenes provocativas en la mente, fiebre insaciable de placeres sensuales, deseos de material pornográfico, aberraciones sexuales como: homosexualidad, lesbianismo, masoquismo, sadismo, ninfomanía, masturbaciones; necesidad imperiosa de embriagarse o drogarse, etc.

d) Aberraciones de carácter espiritual

Progresivo deterioro de la fe, apatía e indiferencia por la oración; aversión a escuchar o leer la Palabra de Dios. Dudas persistentes relativas a las verdades de la fe, manía de polemizar sobre la religión, desconfianza en Dios y en su amor, sistemática oposición a la Iglesia, escepticismo, sarcasmo por las cosas santas, irritación con sólo sentir hablar de Dios y de Cristo.

Además, obstinación a hacer el mal sin remordimientos, soberbia a no querer reconocer las propias culpas, desprecio, escarnio y burla a todo lo que es sagrado, odio hacia Dios manifestado en blasfemias continuas, particular aversión a la Sangre de Cristo e incapacidad de pronunciar el nombre de Jesús.

Todo esto sucede a menudo, sin que la persona lo quiera. Parecería que en ella hubiera dos personalidades: una buena y otra obstinadamente perversa.

e) Anormalidades psíquicas

Son esas anomalías que pertenecen particularmente a las funciones extrasensoriales. [En algunos casos] sería necesario verificar si no son debidas a ciertas cualidades naturales, todavía desconocidas.

Nombremos algunas: la clarividencia, es decir la capacidad de ver y describir objetos lejanos, o predecir el futuro; la clariaudiencia, es el poder escuchar voces y sonidos lejanos. La premonición: ver las cosas futuras. La adivinación: adivinar cosas ocultas. La psicometría: la capacidad de adivinar las connotaciones de una persona ausente y lejana, con sólo tocar una fotografía o un objeto que le haya pertenecido. Hablar correctamente lenguas desconocidas. Tener fuerza física excepcional, no siendo acorde con la edad y robustez de la persona y los medios adoptados, por ejemplo la telequinesia. Todas las formas de ocultismo como la magia blanca y negra; el espiritismo, la quiromancia, la telepatía acentuada, el hipnotismo, la astrología, la cartomancia, la necromancia, la radiestesia, etc.

Ahora frente a estos y otros fenómenos, particulares o patológicos que serían muy largo de enumerar, nos preguntamos: ¿Cuál es la parte puramente humana, y cuál la que está manejada por el demonio? Fundamentalmente, creo que debemos evitar los dos extremos: todo viene del demonio o nada viene de él. Debemos evitar el demonismo, según el que todo estado morboso del hombre tiene origen diabólico. Hay males físicos que tienen su raíz en causas naturales, y como ya dijimos, ellos son curados con el don de la curación. Hay enfermedades psicológicas que nacen de traumas psíquicos, de pecados o malos recuerdos, y también estas pueden curarse

con la oración. No obstante, debemos evitar también el positivismo o el naturalismo que explican todo como fenómenos naturales, debidos a ciertas alteraciones o deterioro de las facultades psíquicas del hombre.

A mi me parece que en el Evangelio hay una respuesta para esto. Cuando Jesús envió a los doce para predicar el Reino de Dios, les ordenó: *"Sanen a los enfermos,... y expulsen a los demonios"* (Mt 10, 1,8). Dos cosas distintas: enfermedades y obsesiones. Él mismo hizo las dos cosas separadamente: *"Al anochecer, cuando ya se había puesto el sol, llevaron todos los enfermos y endemoniados a Jesús,³³ y el pueblo entero se reunió a la puerta.³⁴ Jesús sanó de toda clase de enfermedades a mucha gente, y expulsó a muchos demonios; pero no dejaba que los demonios hablaran, porque ellos lo conocían"* (Mc 1, 32-34).

Sin embargo, no quiere decir que cualquier enfermedad física sea producto de una obsesión, pero al mismo tiempo no puede negarse esta evidencia, o sea que cualquier enfermedad física *puede ser* producto de una obsesión. No todo lo que atormenta al cuerpo o al alma indica un diagnóstico de naturaleza diabólica; pero sería temerario ir en contra de lo que dicen las Escrituras y la Tradición; o sea negar cualquier interferencia sobrenatural frente a ciertos fenómenos misteriosos, que escapan a toda sintomatología y resisten todo tipo de curación.

Jesús hizo frente a tres categorías de enfermos: a) enfermos sin obsesión diabólica, b) enfermos por obsesión y c) obsesos sin enfermedad. El curó a los enfermos, liberó a los obsesos y sanó algunos enfermos, liberándolos del demonio. También la Iglesia, en el Ritual Romano, admite algunos casos donde no puede dudarse de la presencia diabólica: cuando el enfermo habla y comprende lenguas desconocidas, cuando descubre cosas lejanas u ocultas, o cuando demuestra fuerza física superior a su edad o condición; sin embargo no debemos ver a Satanás en todos lados, pero tampoco olvidar que existe y que es tremendamente activo.

Cómo individualizar la presencia diabólica

Humanamente hablando es extremadamente difícil poner límites entre lo natural y lo sobrenatural; cuándo es necesaria la presencia del médico o la del psicoanalista y dónde es imprescindible la acción del exorcista; pero con el don del discernimiento este trabajo se ve enormemente facilitado, pues nos reviste de una capacidad especial para ver claro en ciertos fenómenos misteriosos y anormales y así individualizar su causa. Frente a tales fenómenos debemos orar intensamente al Espíritu Santo para que nos ilumine y nos guíe con el don del discernimiento. Además contamos con otros medios que nos pueden guiar en este difícilísimo descubrimiento; aparte de de los ya mencionados anteriormente en el Ritual Romano, hay otros que es necesario considerar de una manera compleja y al amparo de la luz sobrenatural del discernimiento:

- El enfermo es incapaz de pronunciar el Nombre de Jesús.

- El enfermo no puede terminar de rezar el Padre Nuestro. Esto lo pude constatar en una señora, que a mi juicio estaba poseída por el demonio. Orábamos con el grupo junto a ella y cuando llegábamos a la parte donde dice "... y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal..." se le cerraba la boca. Después de haberla exorcizado, pudo orar libremente, recitando el Padre Nuestro en forma completa.
- El enfermo completamente enfurecido blasfema, aún cuando se reza en silencio alrededor de él, sin que lo sepa.
- El cuarto signo lo encontramos en 1 Juan 4, 1-3: *"Queridos hermanos, no crean ustedes a todos los que dicen estar inspirados por Dios, sino pónganlos a prueba, a ver si el espíritu que hay en ellos es de Dios o no. Porque el mundo está lleno de falsos profetas. ²De esta manera pueden ustedes saber quién tiene el Espíritu de Dios: todo el que reconoce que Jesucristo vino como hombre verdadero, tiene el Espíritu de Dios. ³El que no reconoce así a Jesús, no tiene el Espíritu de Dios; al contrario, tiene el espíritu del Anticristo".* No parece nada y sin embargo lo es todo. El verdadero poseído no es capaz de aceptar a Jesús como el Cristo, o sea el Hijo de Dios hecho hombre.
- No obstante los esfuerzos de voluntad, las confesiones, las penitencias, etc., la persona no llega a liberarse de ciertos vicios como la droga, el excesivo tabaco, el alcohol sin límites, la masturbación, la homosexualidad, etc.

Hace unos meses un buen hombre, que frecuentaba la Iglesia y hasta los sacramentos, vino a pedirme consejos para liberarse del vicio de la homosexualidad, del que había sido esclavo durante años. Las oraciones y las penitencias no habían tenido efecto, hasta había ido a Lourdes para sumergirse en las aguas milagrosas y así poder liberarse del vicio, pero éste aún estaba allí. Me contó que había pensado ir hasta Tierra Santa, para purificarse en las aguas del Río Jordán, y poder sacarse de encima esa lepra de nueva especie, como lo había ya hecho el comandante de las fuerzas sirias (2 Reyes 5, 1 ss.) Me di cuenta que el demonio de la homosexualidad estaba presente en ese sujeto; entonces en lugar de orar por él o darle solamente consejos lo exorcicé. Después de pocos minutos se sintió completamente liberado y fuera de sí por la alegría. Ahora cada vez que me ve, me asegura que todo ha terminado.

Modos de la presencia diabólica

Detectar la presencia de Satanás no lo es todo. Antes de enfrentarlo con el exorcismo, debemos conocer el modo como él ejercita su influencia sobre una determinada persona o ambiente; con el fin de poder golpearlo con seguridad. También en este caso nos ayuda mucho el don del discernimiento, porque nos ayuda

a individualizar la forma exacta de su acción maléfica y también las causas que la determinan. En general hay cuatro formas de influjo diabólico.

a) La opresión diabólica

Tenemos opresión diabólica, cuando un demonio o más crean en torno a nosotros un clima pesado y opresor, como algo que encadena, rompe, corta las alas, traba el alma, ofusca la mente, entorpece la voluntad, distorsiona la oración y amordaza el entusiasmo. El demonio crea esta atmósfera asfixiante no solamente alrededor de las personas, sino sobretodo en las comunidades, familias, casas religiosas, etc., y se manifiesta con la frialdad recíproca, incomunicación y litigio entre los miembros. La crea a propósito en las iglesias, durante las funciones religiosas, en reuniones de carácter religioso y con fines apostólicos, suscitando primero animosidad, después nerviosismo y finalmente toda clase de ofensas personales, divisiones y resentimientos. En la finalización de ciertos encuentros, donde la polémica y los individualismos prevalecieron sobre la verdad, el verdadero triunfador es solamente él...

Cuando por diversas razones se ve impedido, se aprovecha de cualquier impertinente, haciéndole decir cosas fuera de lugar, para así poder llevar la discusión al plano de la polémica áspera y ofensiva. Alguna vez hasta usa nuestros círculos de oración, donde con el fin de turbar la serenidad, logra encontrar alguno que diga una falsa profecía o use un falso don de lenguas. Los sujetos en este caso, pueden ser buenas personas, que han recibido el bautismo del Espíritu Santo, como le sucedió a San Pablo con una esclava adivina. Por el espíritu diabólico que la poseía daba mucha ganancia a sus patrones, adivinando la suerte; presumiblemente era una cristiana, [pues] andaba detrás de ellos gritando: "*¡Estos hombres son servidores del Dios altísimo, y les anuncian a ustedes el camino de salvación!*". Así lo hizo durante muchos días hasta que Pablo, ya cansado y alertado de la presencia del demonio en esa mujer, le dijo: "*En el nombre de Jesucristo, te ordeno que salgas de ella*"; y en ese mismo momento el espíritu salió de ella (Hechos 16, 16-18). Pero el demonio hace sentir su opresión sofocante en los lugares mundanos y licenciosos como: el cine, el teatro, clubes nocturnos, salas de bailes, locales de vicio, donde se practica la prostitución y se comercia con material pornográfico, etc.

b) Infecciones diabólicas

Las infecciones diabólicas son cuando el demonio actúa sobre los sentidos internos y externos del hombre.

Sobre los sentidos internos: el sujeto, contra su voluntad, se siente invadido por fantasías inoportunas, tediosas, improvisadas y violentas, que resisten cualquier esfuerzo para alejarlas. Siente sin quererlo ataques de ira, rabia feroz, se siente empujado a la desesperación, sin conocer los motivos. No se deben confundir con las tentaciones normales, que son fruto de la debilidad de la carne y las ocasiones peligrosas, que aquí exponemos, y del carácter de la persona. Estas últimas, cuando

no son de origen diabólico, pueden vencerse fácilmente con la oración, evitando las ocasiones de pecado y con la fuerza de voluntad.

Las infecciones diabólicas, sin embargo, resisten cualquier esfuerzo personal y la mayoría de las veces son contrarias al carácter de la persona; por ejemplo, ataques de ira incontrolables en sujetos habitualmente calmos y pacientes.

Sobre los sentidos externos: el demonio actúa sobre los sentidos externos; tomando formas repugnantes, haciendo escuchar cantos obscenos, rumores horribles, golpeando las personas y maltratando y arruinando objetos pertenecientes a éstas. Basta leer las vidas de Santa Teresa de Ávila; del Cura de Ars o de Don Bosco para tener una idea de lo que es.

c) Obsesiones diabólicas

Se suelen llamar posesiones o habitaciones diabólicas, y se tienen cuando uno o más demonios se instalan realmente en una persona o en un animal.

Es un hecho misterioso que los demonios, aún siendo espíritus, quieran habitar en cuerpos de carne. Tenemos la confirmación con el endemoniado de Gerasa. La legión de espíritus malos que habitaban en él le rogaron a Jesús que les permitiera habitar en los puercos, que estaban pastando allí; entonces Jesús les dio permiso, y los espíritus salieron del hombre y entraron en los cerdos, que eran como dos mil; los cuales se arrojaron por un barranco y cayeron en el lago, donde se ahogaron (Mc 5, 1-13).

Por lo tanto, los demonios buscan cuerpos donde meterse, y no pierden ocasión para hacerlo. ¿Cuáles son estas ocasiones?

Podemos ser nosotros mismos, abriendo una brecha para que entren, al cometer asiduamente graves pecados, sin arrepentimiento. Al principio son pecados carnales, pero a medida que pasa el tiempo se hacen tan familiares que se vuelven la entrada ideal para los demonios. Así, el que se acostumbra a blasfemar abre la puerta al demonio de la blasfemia; el que comete pecado de adulterio hace entrar al demonio del adulterio, etc.

Pero no siempre los demonios entran en nosotros por nuestras propias culpas.

A veces entran en nosotros a causa de un fuerte shock, seguido de algún peligro, como un accidente automovilístico, un incendio, una amenaza de muerte, etc.; otras veces, permitimos la entrada a los demonios, aún sin quererlo, después de un gran dolor debido a una desgracia, o por un acto de desesperación.

En fin, puede haber muchas causas remotas para buscar, no en nosotros, sino en nuestros padres y antepasados. Si en los antepasados de una familia hubo algún espiritista o alguien implicado en la magia, las consecuencias repercuten a lo largo de sus descendientes, por muchas generaciones.

La posesión diabólica en una persona puede ser total o parcial.

Es total: cuando el demonio habita totalmente el cuerpo y extiende su influencia también a las capacidades psíquicas del individuo. Este es un caso muy raro, ni siquiera lo encontramos entre los endemoniados del Evangelio.

Es parcial: cuando el demonio o los demonios ocupan una cierta parte del cuerpo o de la psiquis, dejando libres las otras partes. Esto es muy común, hay muchas personas que se encuentran en este estado y sin embargo parecen normales; lo que sucede es que los demonios saben ocultarse muy bien y es muy difícil descubrirlos. No se sospecha ni siquiera de que se tienen, porque ellos se identifican con nuestro carácter, con nuestras tendencias negativas, con nuestros vicios, con nuestras ambiciones, con nuestros temores; en una palabra, con nuestras pasiones.

Nosotros advertimos los efectos pero no se nos ocurre jamás pensar que ciertas enfermedades o defectos que nos aquejan, ya sea física o psíquicamente, tienen origen en algún demonio instalado en cualquier parte de nuestro cuerpo. Aquí debemos colocar aquellos síntomas de los cuales hablamos anteriormente; los mismos, sino todos al menos algunos, no tienen explicación lógica, salvo ser producto de una causa diabólica.

Ciertas enfermedades misteriosas que escapan a cualquier diagnóstico, males extraños y rebeldes a la curación pueden hacernos sospechar que las causas no son normales o sea que los espíritus malignos pueden controlar una parte de nuestro cuerpo, causándonos enfermedades de cualquier género. Esta invasión parcial o control de un área limitada de nuestro cuerpo por los espíritus malignos puede verificarse aún en personas piadosas y santas.

Hace algunos meses, una religiosa que ya había recibido el bautismo del Espíritu Santo me pidió que rezara por su curación. Sufría de un misterioso mal en la garganta, que le impedía hablar bien y le quitaba completamente la voz cuando intentaba orar, especialmente en lenguas. Creí que le haría bien si la exorcizaba; efectivamente pocos minutos después el mal desapareció y pudo hablar y orar libremente. Repito una vez más, no debemos ver el demonio en cada enfermedad que nos aflige, pero tampoco podemos excluirlo de alguna de la que puede ser la causa.

Jesús mismo curó algunos enfermos sacando afuera el demonio que habitaba en sus cuerpos. *"Jesús estaba expulsando un demonio que había dejado mudo a un hombre; y cuando el demonio salió, el mudo comenzó a hablar. La gente se admiró de esto..."* (Lc 11, 14).

d) El dominio diabólico

La sujeción diabólica es el dominio de Satanás. El demonio la ejerce en aquellas personas que en algún momento determinado de su vida se relacionaron directamente con él, mediante prácticas que se realizan bajo el nombre de ocultismo, como espiritismo, magia, adivinación, etc., de las que ya hablamos en el ítem de las anomalías psíquicas. Satanás retiene y domina a aquellos que participaron de

ritos en su honor, en las llamadas "misas negras", los que hicieron pactos con él o que se entregaron a él.

En la isla de Haití, donde se practica el famoso vudú, muchas mamás consagran a sus bebés recién nacidos. Todas estas personas establecieron consciente o inconscientemente una relación con Satanás y por lo tanto, hasta que no corten toda relación con él, Satanás hará valer sus derechos como dominador. Un dominio que hará valer aún sobre los descendientes de las distintas generaciones; esto lo confirman las Sagradas Escrituras:

"No tengas otros dioses aparte de mí. ⁴No te hagas ningún ídolo ni figura de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en el mar debajo de la tierra. ⁵No te inclines delante de ellos ni les rindas culto, porque yo soy el Señor tu Dios, Dios celoso que castiga la maldad de los padres que me odian, en sus hijos, nietos y bisnietos" (Éx 20, 3-5).

Pido aún se me permita mencionar una experiencia personal. Hace algunas semanas, durante el exorcismo efectuado a una anciana señora poseída por el demonio, les ordené que me dijeran sus nombres. Los demonios me respondieron con una voz muy extraña, distinta de la voz de la señora, con nombres rarísimos y que su jefe se llamaba Alejandra. Después que la señora fue liberada, le pregunté si alguna vez en su vida había conocido a alguien de nombre Alejandra y ella me contentó que era el nombre de su abuela, que había sido espiritista.

El caso de la posesión diabólica es el más grave, porque siendo Satanás el dueño domina a la persona hasta hacerla su esclava.

Se puede citar como ejemplo de esto los casos de curación por medio de artimañas y otras artes diabólicas⁵. ¡Un día encontré a bordo del "Skyward" hasta un sacerdote que iba a Brasil a hacerse curar por un mago!... Todos aquellos que van a buscar la curación en "curanderos" que nunca pronuncian el nombre de Jesús y que dicen que es por medio de un ángel, que no es otro que Satanás, se exponen a la posesión diabólica, y si con curados aparentemente, deberán pagar al demonio un alto precio.

⁵ Hoy en día desgraciadamente están muy en boga procedimientos como sanación reiki, sanación pránica, programación neurolingüística, y las "cirugías" efectuadas por médiums de José Gregorio Hernández, entre otras prácticas que prescinden del Nombre de Jesús como nuestra única fuente de sanación espiritual y física y endiosan al hombre como autor de su propia sanidad; prácticas estas propias del sincretismo de la Nueva Era.

Liberación de la presencia diabólica

Jesús nos ha liberado del dominio de Satanás. El decreto de la liberación en todos los aspectos fue firmado sobre la cruz con su propia sangre. Fue entonces cuando el príncipe de este mundo fue arrojado fuera (Juan 12,31), y desde ese momento ya no tiene más derechos sobre nosotros. El apóstol dice: *"Dios nos libró del poder de las tinieblas y nos llevó al reino de su amado Hijo" (Col 1, 13)*. Pero nosotros debemos hacer nuestra esta liberación. Muchos no se dan cuenta de la gravedad de esto, porque no saben o no quieren admitir que son esclavos. Muchos ya se habituaron a gozar de la escuálida alegría de la prisión, y desconocen lo que puede ser la libertad del Espíritu. Están felices de ser oprimidos, tristes, están orgullosos de las cadenas que atan sus pies, son incapaces de dar alas a su corazón.

Sin embargo, a pesar de todo esto, ¡es tan fácil liberarse del demonio, de Satanás! Sólo basta con desearlo, con presentar al demonio el decreto de libertad, firmado por Jesús en la cruz del Calvario, basta usar los mismos poderes que Él dejó como herencia a todos los que creen en Él. Los dejó a la Iglesia jerárquica: *"Jesús reunió a sus doce discípulos, y les dio poder y autoridad para expulsar toda clase de demonios" (Lc 9, 1)*. Los dejó a los discípulos: *"Yo les he dado poder a ustedes para caminar sobre serpientes y alacranes, y para vencer toda la fuerza del enemigo, sin sufrir ningún daño" (Lc 10, 19)*. Los dejó a todos los creyentes: *"En mi nombre echarán los demonios" (Mc 16,17)*.

La Iglesia de los primeros siglos ejerció largamente este poder, instituyendo hasta un orden menor, de tercera categoría, llamado *exorcistado*, que se daba a hombres no sacerdotes, cuya misión era sacar los demonios de los poseídos. Aquí debemos distinguir entre el exorcismo solemne y formal, hecho en nombre de la Iglesia, según las normas establecidas por el Rito Romano, y el exorcismo privado que no se hace en nombre de la Iglesia.

El exorcismo formal lo respalda la Iglesia, hecho en casos excepcionales, por sacerdotes expresamente delegados por el obispo y con todas las formalidades del rito. El segundo es realizado por cualquier creyente sin ninguna autorización especial o formal. Aquí hablamos de este segundo caso de exorcismo, por eso para no confundirlo con el primero, lo denominaremos con otro nombre, es decir "liberación del demonio" o simplemente "liberación". Todos, sacerdotes y laicos, tenemos el poder de dar a nosotros esta liberación, siempre en forma privada, sin ninguna oficialidad, seamos aún sacerdotes.

En muchos años de apostolado parroquial he bendecido las personas, las casas, los campos, etc. pidiendo al Señor que mantenga alejados de estos lugares a los espíritus infernales, pero jamás intenté "ordenar" a los demonios autoritariamente. Ahora desde que estoy en la experiencia carismática, tengo mayor conciencia del poder que me confirió Jesús y lo he ejercitado en su nombre con efectos que jamás hubiera imaginado. He aprendido especialmente que no basta con el ruego y la plegaria al Señor "no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal"; esta es

inútil cuando el demonio está adentro; es necesario, en primer lugar, arrojar fuera al espíritu maligno, con fuerza e imposición.

He aprendido que los demonios, que son tremendamente fuertes, se vuelven débiles apenas se les ordena en el nombre de Jesús. Son astutos, mañosos y sagaces para mimetizarse, mentirosos para contestar preguntas, terriblemente amenazantes hasta decir que matarán a las personas antes de dejarlas; fanfarrones y soberbios para decir que no se irán jamás, pero llorones y suplicantes pidiendo que los dejen allí, porque no tienen donde ir... que no hacen mal a nadie... etc.

He aprendido que la colaboración de la víctima es imprescindible; si el poseso no colabora, los espíritus malignos no lo abandonan; algunas veces, cuando se van, dejan a la víctima sin ninguna manifestación externa, otras veces salen a través de un fuerte suspiro o un horrible vómito, o golpeando a la persona hasta hacerla caer al suelo.

He aprendido que Satanás tiene bajo su tutela muchas más personas de las que imaginamos; aún entre personas que frecuentan los sacramentos y la oración, tengan o no culpa de ello.

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente veamos cuales actos debemos cumplir para ser liberados de estos enemigos invisibles pero reales:

a) *De parte de la víctima*

La persona que debe liberarse:

- *Debe saberlo y debe quererlo.* En el caso que la persona no lo sepa o dudase, o no lo creyera, o no quisiera, se arriesga a perder el tiempo, ya que el demonio aprovechará al máximo todas las ventajas a su favor, en ese lugar donde es bien recibido.
- *Debe cooperar activamente,* haciendo y diciendo todo lo que se le sugiera.
- *Debe pedir perdón* por todos los pecados de su vida pasada, prometiendo o al menos proponiéndose hacer una confesión general.
- *Renunciar a cualquier pacto,* directo o indirecto que haya podido hacer con el demonio. En el caso de las personas implicadas en el espiritismo, magia, astrología, adivinación, etc., deben renunciar a estas artes diabólicas, y a una por una específicamente. Además, si sospechara que entre sus antepasados hubiera habido alguno que se dedicaba a estas cosas, debe declarar que rompe toda relación con aquellos parientes, en lo que respecta a esta materia.
- *Debe prometer cambiar de vida,* aceptando a Jesús como su Salvador y Señor, prometiendo querer servirle y amarle a Él solo.
- *Debe perdonar, sinceramente y de todo corazón,* a aquellos que pudieron hacerle mal. Este es un punto importantísimo, pero que no se tiene suficientemente en cuenta. Si en el alma se escondieran sentimientos de odio,

resentimientos, aversión, venganza, etc., los demonios se atrincherarían allí, y la persona no se curaría, a pesar de todas nuestras órdenes.

- *Debe ordenar* a los espíritus malignos que se vayan de su alma y de su cuerpo, en el nombre de Jesús. Si es posible, es mejor nombrarlos uno por uno, y a cada uno obligarlo a irse. Decir, por ejemplo, "demonio de la blasfemia...", "demonio de la fornicación...", del odio, etc. ¡Yo te ordeno en el nombre de Jesús, irte para siempre de mí!
- *Debe pedir a Jesús* que la llene con su amor. Una vez que la persona fue liberada de los demonios debe pedir a Jesús que llene con su amor el espacio dejado por los demonios. Es peligroso dejar el hueco vacío, aún por pocos instantes. El demonio echado podría ir a buscar la ayuda de otros siete espíritus peores que él, para volver a entrar y establecerse: *"Entonces va y reúne otros siete espíritus peores que él, y todos juntos se meten a vivir en aquel hombre, que al final queda peor que al principio"* (Lc 11, 26).
- *Debe nutrirse con la palabra de Dios*, leer cada día las Sagradas Escrituras y además debe rezar y recibir con frecuencia los Sacramentos.
- *Debe repetir la orden*, cada vez que se de cuenta que los demonios intentan nuevamente retornar.

b) De parte de los exorcistas

Siempre que sea posible, es mejor que la oración por la liberación sea hecha por un grupo de orantes, antes que por una sola persona; o sea que en el grupo es más fácil encontrar a quien tiene el don del discernimiento, a quien tiene la autoridad, a quien tiene el coraje, quien tiene la experiencia de haber vivido otro caso similar, etc., mientras que es raro encontrar todos estos requisitos reunidos en una sola persona, aunque ante la falta de un grupo, se puede hacer también con dos personas.

Así se debe proceder:

- *Sobretudo se requiere oración y ayuno*, especialmente cuando se trata de casos difíciles. Jesús mismo lo aconsejó: "Este género [de demonios] con nada puede salir, sino con oración y ayuno" (Mc 9, 29). Orar en lenguas, es un arma irresistible para los demonios, es un don al cual los demonios no saben oponerse.
- *Pedir al Espíritu Santo el don del discernimiento* para conocer la verdadera naturaleza del mal que está en la persona por la cual se hace la oración de liberación, pedir el discernimiento para detectar la identidad del demonio que se debe echar.
- *Pedir a Jesús que proteja y cubra con su sangre* a la persona poseída por el demonio, a las personas que harán el exorcismo y la casa donde se desarrollará este acto; esto es importantísimo, ya que los demonios pueden

pasar a los exorcistas o permanecer en el lugar donde la liberación se llevó a cabo.

- *Ordenar a los demonios en el nombre de Jesús* que en el momento de irse no hagan ningún daño a las personas o a las cosas, y se vayan en silencio.
- *Hacer realizar a la persona que va a liberarse* todos los actos de los que ya hemos hablado antes. Tratarla con mucha paciencia, caridad y gentileza. Se debe permanecer calmo, sereno, relajado, sonriente, evitando absolutamente crear un clima de tensión o temor.
- *Ordenar a los demonios en el nombre de Jesucristo* revelar sus nombres. Ellos habitan en las mismas personas y por lo tanto tienen cada uno su propio nombre. En general al responder a esta pregunta el nombre que ellos dicen es el que califica su actividad maléfica en el hombre. Dicen por ejemplo: Mi nombre es la blasfemia, la rebelión, la calumnia, el suicidio, los celos, el adulterio, etc.
- *Ordenar con autoridad y resolución* a los demonios dejar inmediatamente esa persona y para siempre. Llamar a los demonios uno por uno, por su nombre, y repetir para cada uno de ellos la orden de irse. Se puede decir más o menos así: "demonio de... (decir el nombre del vicio o de la enfermedad): ¡en el Nombre de Jesucristo yo te ordeno dejar inmediatamente esta persona (puede decirse el nombre) y no regresar jamás; que Jesús disponga de ti como Él quiera!"...

Los nombres de los demonios se pueden conocer, como dijimos, por su propia respuesta; también a través del don del discernimiento o por la narración o confesión que la persona que va a ser liberada ha hecho de su vida. Cuando se crea que ya se han agotado todos los nombres, se debe concluir con una orden general a todos los espíritus desconocidos, sean los que fueren o cualquiera sea el nombre que tengan.

- *Preguntar a la persona si se siente completamente liberada.* Cuando la liberación se ha efectuado, efectivamente la persona tiene una completa sensación de libertad, alivio y alegría, como si le hubieran sacado un enorme peso de su corazón, su mente hasta ese momento ofuscada y confusa se vuelve límpida y serena, el corazón que antes estaba angustiado y macerado por un martillo, se abre libre para alabar al Señor. Si la persona no se siente libre, hay que continuar hasta que el último demonio haya salido.
- *Pedir a Jesús que venga a llenar* el hueco vacío y dejado por los demonios. Si la persona está preparada, orar por su bautismo en el Espíritu Santo.

Jamás debe olvidarse que todas las órdenes deben ser dadas en el nombre de Jesús, porque solamente Él puede mandar a los demonios. Nuestra autoridad es delegada;

por lo tanto sin su firma no vale nada. Invocar continuamente el Nombre y la Sangre de Jesús. La repetición de estas palabras atormentan horriblemente a los demonios, tanto que prometen no regresar jamás con tal de no oírás pronunciar más.

Jesús dice: *"estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios"* (Mc 16, 17), y los discípulos radiantes de alegría le decían: *"¡Señor, hasta los demonios nos obedecen en tu nombre!"* (Lucas 10,17).

En fin, el Apóstol confirma

*"Por eso Dios le dio el más alto honor
y el más excelente de todos los nombres,
¹⁰para que, ante ese nombre concedido a Jesús,
doblen todos las rodillas
en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra,
¹¹y todos reconozcan que Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre"* (Filip 2,9-11).

Una última acotación: ¿Qué se debe hacer con las personas que están poseídas por el demonio pero no creen, y ni siquiera desean ser liberadas?

Ya dijimos anteriormente que por estas personas nada puede hacerse, pero podemos orar al Señor para que los ilumine y reconozcan su propio estado; al mismo tiempo podemos intimar al demonio o demonios a que no utilicen a estas personas para hacer daño a otros. Siempre podemos decir interiormente: "Demonios malditos, que están en estas personas, yo sé que están allí, por lo tanto los encadeno en el nombre de Jesucristo".

Liberación de los ambientes

También los ambientes deben y pueden ser liberados de la presencia y de la opresión de los demonios. Los padres de familia pueden liberar sus casas, los maestros sus escuelas, los obreros sus fábricas, los sacerdotes las iglesias, los campesinos sus tierras; en general todos los lugares públicos y las ciudades enteras.

La fórmula es siempre la misma: "Demonios malditos, todos los que sean y el nombre que tengan, los conozco, los encadeno, les ordeno en el Nombre de Jesucristo, salgan inmediatamente de este lugar y para siempre". Luego pedir a Jesús que con su sangre forme una fortaleza alrededor de este lugar, para evitar un nuevo ataque de las fuerzas infernales. *"Sobre todo, que su fe sea el escudo que los libre de las flechas encendidas del maligno. ¹⁷Que la salvación sea el casco que proteja su cabeza, y que la palabra de Dios sea la espada que les da el Espíritu Santo"* (Ef 6, 16-17).

Echar a Satanás en el infierno es el poder más grande que Dios concedió a los hombres; pero también es la alegría más grande que el hombre puede darle a Dios.

Cuando los setenta y dos discípulos, llenos de gloria, refirieron al Maestro los resultados de su misión, diciéndole: *"¡Señor, hasta los demonios nos obedecen en tu nombre!"* Jesús les respondió: *"Sí, pues yo vi que Satanás caía del cielo como un rayo. ¹⁹Yo les he dado poder a ustedes para caminar sobre serpientes y alacranes, y para vencer toda la fuerza del enemigo, sin sufrir ningún daño" (Lc 10,18-19).*

Detrás de esas primeras victorias, Jesús veía las otras infinitas victorias de sus amigos a través del tiempo, y no pudo hacer menos que manifestar la alegría que le inundó el corazón: *"En aquel momento, Jesús, lleno de alegría por el Espíritu Santo, dijo: 'Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así lo has querido'" (Lc 10,21).* Es la única vez que nosotros leemos en el Evangelio cómo Jesús exultante de alegría, la manifiesta externamente, porque veía el inicio de la derrota de Satanás. Continuemos aún arrojando al demonio al infierno, para seguir dando a Jesús la alegría de manifestar en el Espíritu.

El don de la ciencia

"Por medio del Espíritu, a unos les concede que hablen con sabiduría" (1 Cor 12,8)
"Y el conocimiento de la gloria del Señor llenará entonces toda la tierra" (Habacuc 2,14).

El carisma de la ciencia, o como lo llama San Pablo "el lenguaje de la ciencia", no es ese bagaje de cultura que nos formamos con el estudio, mediante el uso de la inteligencia y los esfuerzos de la voluntad. No es tampoco el conocimiento de Dios y las cosas divinas que nosotros podamos obtener del estudio de la filosofía y la teología. Puede haber grandes teólogos que no tienen el don de la ciencia. Este don no se conquista con las especulaciones de la inteligencia; sino que llega al intelecto por la revelación directa del Espíritu Santo. San Pablo lo llama "lenguaje" o "palabra de la ciencia". En el texto griego tenemos la palabra "logos" que no significa necesariamente emisión de voz o fenómeno vocal, sino más bien se refiere al pensamiento. Por lo tanto, por lenguaje de la ciencia, se entiende, un conocimiento intelectual o interior, que no se expresa necesariamente con palabras.

En nuestro caso, este conocimiento entra en el pensamiento, no a través de las vías normales del razonamiento o la percepción, sino por medio de la revelación. Por lo tanto, al don del lenguaje de la ciencia, podremos definirlo como una revelación sobrenatural relativa a situaciones, hechos, sucesos pasados, presentes o futuros que no se pueden conocer por los medios humanos. Es un fragmento de la omnisciencia de Dios revelada a nuestra inteligencia, relativo a un caso determinado. Podemos

decir también que es el diagnóstico que Dios hace de un hecho, de un problema, de un estado de ánimo, de una situación, y que nos la comunica a nuestra mente.

En particular, este don es necesario para comprender el significado profundo de las Sagradas Escrituras, a través de la luz sobrenatural, pensamientos de Dios que están bajo las palabras inspiradas por Él. Sumerge nuestra inteligencia en las verdades divinas, sin la fatiga del razonamiento. Este don del lenguaje de la ciencia no se identifica en general con el don de la ciencia, uno de los siete clásicos dones del Espíritu Santo que se acompañan con la infusión de la divina gracia.

Por cierto, este don es el que nos permite juzgar correctamente las cosas creadas en su relación con Dios, nos muestra el verdadero y real aspecto de las criaturas así como se manifiestan a los ojos de Dios. El lenguaje de la ciencia, en cambio, es una revelación particular y momentánea de un hecho aislado y determinado. No se identifica tampoco con el don de la profecía; en cuanto este último es un mensaje expresado con palabras que a veces son incomprensibles aún para quien las profetiza. El lenguaje de la ciencia, en cambio es una revelación interna, bien comprendida por el que la recibe. Tampoco se identifica con el don del discernimiento de los espíritus, porque este don se relaciona exclusivamente con determinados sujetos, o sea los espíritus, mientras que el lenguaje de la ciencia se abre en cualquier dirección.

De cualquier modo, tratándose de tan sutiles indicios, es fácil que estos dones puedan confundirse uno con otro.

Aquí tenemos algunos ejemplos del don del lenguaje de la ciencia en la Sagrada Escritura: al profeta Natán le es revelado el pecado de David y Betsabé, el profeta Eliseo tiene la visión del lugar donde acampaban ejércitos enemigos, pudiendo salvar así al pueblo de Dios; Ananías vio la conversión de Saulo. También Jesús ejercitó este don; manifestó los pecados al paralítico, la vida pasada a la mujer de Samaria; vio a Natanael bajo la higuera, vio la traición de Judas, la negación de Pedro y la fuga de los apóstoles durante la Pasión.

No pocos santos tuvieron el don del lenguaje de la ciencia. San Pío V vio desde Roma la derrota de los turcos en Lepanto. El Santo Cura de Ars, le dijo a una mujer que lloraba por la salvación de su marido, que se había arrojado de un puente: "Tu marido se ha salvado, porque pidió perdón antes de llegar al suelo". Hoy este don ha reaparecido en los grupos carismáticos.

En el Congreso Internacional Carismático realizado en South Bend, Indiana, en junio del año 1974, la señora Barbara Shlemon, que estaba en un palco en medio del estadio durante la sesión general de sanación, dijo los nombres de algunas personas curadas en aquel momento, entre los veinticinco mil participantes. En general este don del lenguaje de la ciencia va junto al lenguaje de la sabiduría.

El don de la sabiduría

"Por medio del Espíritu, a unos les concede que hablen con sabiduría" (1 Cor 12, 8)

Este noveno carisma, que San Pablo pone como primero en la lista, no es otro que la aplicación práctica del don de la ciencia: se nos expone el cuadro de la situación por resolver; por el don de la sabiduría el Señor nos revela cómo debemos actuar en dicho momento. El don de la ciencia es una información puramente sobrenatural; el don de la sabiduría sugiere el desarrollo práctico que debe seguirse. Con el don de la ciencia el Espíritu Santo nos hace ver; con el de la sabiduría nos mueve a actuar. La ciencia nos da, por decirlo así, el material sin elaborar; la sabiduría lo adapta a la construcción. Es un don de Dios, no es la sabiduría humana fruto del intelecto y la experiencia consumada. Es una manifestación del Espíritu, por lo tanto nada tiene que ver con las habilidades humanas, como la sagacidad, la astucia, el tacto o la diplomacia. Como hemos dicho, por la ciencia también podemos distinguir entre el don del lenguaje de la sabiduría y aquel común de la sabiduría; no obstante este último es el que nos hace juzgar a Dios y a las cosas divinas en sus más altos principios y nos las hace gustar, o más simplemente es el gusto por las cosas de Dios.

El lenguaje de la sabiduría en cambio es un don dado por el Espíritu, para enfrentar una situación particular, una ayuda para actuar correctamente, una revelación sobre la manera como debemos comportarnos en la elaboración de un plan de Dios, ya conocido por medio del don de la ciencia. Es el don que nos prometió Jesús que pone en nuestra boca las palabras exactas, cuando somos llevados ante el tribunal por su causa. Por lo tanto, no debemos preocuparnos por no saber qué decir, ya que el Espíritu hablará en nosotros (Mt 10, 19).

Es el don que viene en nuestra ayuda, cuando debemos tomar decisiones difícilísimas o resolver arduos problemas. Así vino en ayuda del rey Salomón cuando debió juzgar entre dos mujeres, cuál de ellas era la verdadera madre del niño vivo; de la misma forma, cuando ayudó a los apóstoles a elegir a los siete diáconos, llenos del Espíritu Santo y de Sabiduría (Hechos 6,3). Sin embargo, es un don negado a los soberbios y reservado para los amigos: *"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos" (Lucas 10,21). "Como dice la Escritura: "Haré que los sabios pierdan su sabiduría y que desaparezca la inteligencia de los inteligentes".²⁰ ¿En qué pararon el sabio, y el maestro, y el que sabe discutir sobre cosas de este mundo? ¡Dios ha convertido en tontería la sabiduría de este mundo!" (1 Cor 1, 19-20).* Aquí tenemos al humilde José, a quien le fueron revelados los sueños del faraón, y al joven diácono Esteban que lleno de gracia y virtud, hacía prodigios y señales, y los sabios soberbios del Sanedrín no podían resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba (Hechos 6, 8). Seguimos con los ejemplos y nos encontramos con la humildad de Santa Catalina de Siena, que

llena de sabiduría se encuentra como guía de la Iglesia; Bernardita y los tres pastorcitos de Fátima, humildes e ignorantes criaturas, fueron elegidos para llevar a los hombres el mensaje de la Madre Celestial.

Hoy, con el sorprendente despertar de los carismas en la Iglesia, parece que el Espíritu Santo estuviera nuevamente seleccionando a las personas más humildes e insignificantes, para revestirlas con sus dones y sobre todo de sabiduría, para confundir a los soberbios, demasiados llenos de si mismos, carentes y vacíos de Dios. Hoy vemos, por experiencia que los carismas pertenecen a todo el pueblo de Dios. Todos debemos participar de ellas para la gloria de Dios.

5. CONCLUSIÓN

Con las páginas precedentes, amigo lector, he tratado de ponerte al corriente de un extasiante descubrimiento que he hecho en estos últimos tiempos, al entrar en la Renovación Carismática. Digo descubrimiento, porque si bien conocía la existencia de los carismas, en teoría, no había creído jamás haberlos visto funcionar en mí y en los otros.

No pretendo haber escrito un tratado sobre los carismas: apenas hemos examinado algunos, y aún de estos siento que te he dicho muy poco; a pesar de los tratados teológicos que hemos tenido y que tenemos en las manos, pienso que en esta materia todavía estamos todos aprendiendo el abecé.

El objetivo que me he fijado escribiendo estas páginas no era ofrecerte un libro sobre la teología de los carismas sino, simplemente, incentivarte a recorrer un camino hasta ahora ignorado, a aventurarte en un campo todavía inexplorado. He tratado de persuadirte, con las Sagradas Escrituras en la mano, que Jesucristo te dio su misma omnipotencia, sea cual fuere el puesto que ocupes en la Iglesia, o cualquiera sea el grado de santidad que tengas. Te he informado con alegría la existencia de minas de oro que tú deberás explotar en beneficio del pueblo de Dios. Me he esforzado en persuadirte que tú puedes disponer de riquezas infinitas, para aliviar las necesidades de tus hermanos en la fe.

No digas que tú ya tienes el Espíritu Santo y con esto te basta. Harías como los avaros que están contentos solamente porque acumulan tesoros, o como algunas ricas señoras que tienen sus joyas bajo llave para adornarse de tanto en tanto y en pocas circunstancias de su vida.

El Espíritu Santo no es un tesoro que puede guardarse en la caja fuerte, sino que es un viento impetuoso, que disipa nubes y tempestades; es un río de agua viva que inunda los valles resecos, es el fuego devorador que debe quemar la tierra.

Sin embargo, te repito una vez más que no eres tú el que debe tener el Espíritu Santo, sino que el Espíritu Santo es el que debe tenerte a ti, lo que significa que su dominio sobre ti debe ser completo. No basta que tú decidas trabajar por la gloria de Dios, sin sacrificar tus ideas, tus planes, tus preferencias, tus comodidades, tus conceptos. El Espíritu Santo no te quiere con tus planes, sino que te desea completamente libre de ti mismo, para poder efectuar a través tuyo sus propios planes. Te quiere libre de ti mismo, y dispuesto a sacrificar el género de vida que habías elegido para aceptar otro conforme a sus planes sobre ti. Te quiere libre de ti mismo, pronto a dejar ese lugar que tienes hoy en la Iglesia, para desempeñar otro, tal vez más arduo, más riesgoso y menos honorífico y cómodo. Te quiere libre de ti

mismo, pronto a separarte aún de las personas más queridas y con las cuales viviste durante tantos años. Te quiere libre, listo para dejar los lugares donde te habías establecido con grandes sacrificios, para mandarte a otros lugares, donde deberás comenzar todo nuevamente y tal vez en medio de hostilidades e incomprensiones.

Te quiere libre para enviarte por el mundo a predicar el Reino de Dios sin preferencia de lugares, pero dispuesto siempre, día y noche, a hacer y deshacer tu tienda. En una palabra, Él quiere que no te pertenezcas más. *"Por tanto, hermanos míos, les ruego por la misericordia de Dios que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer" (Romanos 12,1).*

Entonces Él descenderá sobre ti, y te cubrirá completamente con sus dones y te utilizará, como utilizó los primeros apóstoles para cumplir sus maravillas. No te preocupes si ya te has rendido y aún no experimentas esta plenitud.

Después del bautismo en el Espíritu Santo, todos los dones son potencialmente tuyos, pero los verás en acción en el momento en que sean necesarios, como un soldado que no siempre está listo con sus armas en la mano, y le son dadas en el momento justo de la batalla. Permanece tranquilo, porque es cierto que el Espíritu está más ansioso de darte sus dones que tú de recibirlos.

El tiene verdadera premura en edificar el Cuerpo de Cristo y goza inmensamente cuando encuentra obreros disponibles para emplear en este cometido. Por lo tanto no demores más tu decisión de hacerte usar por Él para la construcción gloriosa de sus planes.

No esperes a sentirte revestido con sus dones: comienza a ejercitarlos con coraje, sin desmayos, hoy mismo, en la primera ocasión, ya que ellos están en ti; basta solamente con despertarlos, basta con que te liberes de tus complejos, del temor, de la timidez, de la duda.

El Espíritu Santo no tiene preferencias. Tú has sido elegido, como tantos otros, para ser el instrumento precioso que pueda cumplir sus maravillas en esta hora grande y solemne, en esta nueva era carismática que Él está abriendo en la Iglesia de Cristo.